

EL DIVINO SISTEMA DE CONSEJOS

M. RUSSELL BALLARD

**APRENDAMOS A MINISTRAR JUNTOS EN LA
IGLESIA Y EN LA FAMILIA**

PREFACIO.

El mundo en el cual vivimos en la actualidad está repleto de conceptos completamente opuestos a las enseñanzas de nuestro Señor Jesucristo. Al observar a nuestro alrededor resultan evidentes las grandes presiones impuestas por Satanás. La familia, como institución, se ve acometida, y la juventud es constantemente bombardeada por las influencias del mal. En el transcurso de las últimas décadas se nos ha bendecido con maravillosos y variados adelantos tecnológicos, pero al mismo tiempo hemos sido testigos de un trágico incremento en la inmoralidad, el aborto, el divorcio, el maltrato infantil, la adicción a las drogas, la violencia y muchos otros males sociales.

Preocupa particularmente el efecto que todo esto está teniendo en la estabilidad de la familia. Por ejemplo, un comentarista social ha escrito que "el índice actual de nacidos fuera de la legitimidad del matrimonio carece de precedentes no sólo en los dos últimos siglos, sino que tampoco los tiene, según sabemos, en la totalidad de la historia estadounidense, ni más allá de la época de la colonización" (Himmelfarb, *Demoralization of Society*). Y Lawrence Stone, destacado historiador familiar de la Universidad de Princeton, ha dicho: "El grado de desintegración matrimonial en el hemisferio occidental desde 1960 no tiene precedentes históricos de los que yo esté informado... No ha habido nada que se le pueda comparar durante los últimos dos mil años y aún más" (citado en Popenoe, "World without Fathers"). Las circunstancias son tan diferentes hoy día en comparación con mis años de adolescente, cuando era un joven obispo y hasta cuando fui obispo por segunda vez. Como lo testificó el Presidente Ezra Taft Benson: "La iniquidad se está propagando rápidamente por todos los sectores de nuestra sociedad... Está más organizada, más astutamente disfrazada y más poderosamente promovida que nunca" ("I Testify", *Ensign*, noviembre de 1988, 87).

Debido a estas condiciones, ya hace algunos años que he venido haciéndome la siguiente pregunta: ¿Cómo puede la Iglesia preparar mejor a sus miembros para hacer frente a los desafíos y las cambiantes circunstancias de esta época? Ya no resulta posible que un líder por sí solo, fuera éste un hombre o una mujer ni siquiera un padre o una madre- provea aquello que se necesita tan desesperadamente en la vida de nuestras familias y de los miembros de la Iglesia. Para estar en condiciones de guiar a los hijos de nuestro Padre Celestial hacia la vida eterna, debemos reunirnos en consejo y ayudarnos mutuamente.

A menudo pienso que la solución está en el inspirado sistema de consejos que tenemos en la Iglesia. Me resulta claro que el Señor nos ha dado un elemento magnífico para que podamos ministrar más eficazmente en favor de nuestra gente y solucionar los problemas a que se enfrentan las personas y las familias.

Descansa sobre cada uno de nosotros la responsabilidad primordial de satisfacer nuestras necesidades espirituales y temporales, y en la mayoría de los casos podemos recurrir a la ayuda, el consejo y el apoyo de familiares cercanos y otros parientes. Pero el Señor también ha establecido, tanto para usar en la Iglesia como en el hogar, un sistema de consejos destinado a fortalecer y a edificar a todo Santo de los Últimos Días. Este sistema abarca desde el Consejo de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles hasta los consejos familiares, y todos cumplen una función importante en lo que atañe a bendecir la vida de la gente y a salvar almas. Dentro de la Iglesia, gran parte de esta sagrada obra se logra a nivel de estaca y de barrio. (Al ser citados en este libro, los términos estaca y barrio también se aplican a distrito y a rama.)

Muchos de nuestros obispos y presidentes de estaca están sobrecargados con los problemas personales de los miembros de la Iglesia sobre los cuales tienen mayordomía. Se debe utilizar

todo recurso disponible para ganar la batalla por las almas de los hijos de nuestro Padre Celestial. Tengo la convicción de que la mejor manera de contribuir para que esa carga sea más liviana es pedir a los miembros de consejos de estaca y de barrio que colaboren tratando de encontrar las respuestas y llevando a la práctica las soluciones que ofrece el Evangelio de Jesucristo. Las páginas en blanco que se encuentran al final de este libro se pueden utilizar con el fin de escribir ideas para posterior implementación.

En determinados casos estaría bien incluir a los líderes de las organizaciones auxiliares en las deliberaciones destinadas a encontrar soluciones prudentes a nuestros muchos desafíos. Las hermanas líderes son miembros de consejos de estaca y de barrio, así como de comités de bienestar de estaca y de barrio. Los líderes del sacerdocio no se pueden dar el lujo de pasar por alto la experiencia, la sabiduría, la sensibilidad y la percepción que las mujeres aportan a tales deliberaciones. Uno de mis propósitos principales al escribir este libro es alentar a los líderes del sacerdocio para que inviten a las hermanas a participar más activamente en la búsqueda de soluciones para los difíciles problemas con que batallan los miembros de la Iglesia.

Nuestros líderes han hecho declaraciones concretas que nos ayudan a entender mejor la contribución vital que las hermanas pueden hacer al reino del Evangelio. Consideremos el siguiente pedido del presidente Howard W. Hunter: "Soy de la opinión que existe una gran necesidad de instar a las mujeres de la Iglesia para que se unan y respalden a las Autoridades Generales en los esfuerzos por aplacar la ola de maldad que nos rodea y por avanzar en la obra de nuestro Salvador... Si le somos obedientes, constituiremos una mayoría, pero sólo si estamos unidos podremos cumplir con lo que nos ha encomendado hacer con miras al día en que le veremos" ("To the Women of the Church", Ensign, noviembre de 1992, 96).

Es mi sincero deseo que este libro ayude a todos aquellos que han sido llamados para dirigir y para servir en el reino del Evangelio a cobrar una visión más amplia del poder que existe en los consejos que se han instituido en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

RECONOCIMIENTOS.

Agradezco a las varias personas que han contribuido a la creación de este libro. Mi secretaria, Carolyn Hyde, me ha sido de gran ayuda en la investigación, así como en la preparación y en la revisión del texto. Varios amigos y colegas han leído diferentes esbozos de esta obra y ofrecieron excelentes recomendaciones para mejorarla. La asistencia prestada por Joseph Walker y por Andrew Allison contribuyó a sacar el trabajo adelante. Ron Millett y Sheri Dew, de Deseret Book, dieron gran impulso a este proyecto desde sus primeras etapas, y otros integrantes del equipo de Deseret Book, tales como Kent Ware, Suzanne Brady, Richard Erickson y Tonya Facemyer, convirtieron el manuscrito en una publicación final. Como siempre, quiero expresar mi amor y agradecimiento a mi esposa, Barbara, por su paciencia y constante estímulo. No obstante las excelentes contribuciones y sugerencias de las anteriormente mencionadas y de muchas otras personas, solamente yo me hago responsable por lo que está escrito en este libro.

INTRODUCCIÓN.

En la introducción a mi libro Nuestra búsqueda de la felicidad, pedí al lector que analizara por un momento el significado de la palabra comprensión. "Es, en realidad," escribí, "una palabra simple- una palabra que utilizamos casi todos los días. Pero significa algo verdaderamente extraordinario. Mediante la comprensión podemos fortalecer nuestras relaciones, revitalizar vecindarios, unificar naciones y aun traer la paz a este mundo perturbado en el cual vivimos. Sin la comprensión, la consecuencia es, a menudo, el caos, la intolerancia, el odio y la contienda.

"Esto es, en otras palabras, la incomprensión" (Ballard, Nuestra búsqueda de la felicidad, 1).

Al igual que con esa obra previa, mi principal objetivo al escribir este libro es facilitar la comprensión. En este caso, me dirijo, primordialmente, a los miembros de la Iglesia que han sido llamados a desempeñar responsabilidades en uno de los muchos consejos eclesiásticos, tales como presidencias de estaca, obispados, consejos de barrio y de estaca, y presidencias de organizaciones auxiliares. También incluyo a quienes, como adultos responsables, presiden consejos familiares. Es mi sincero deseo que aquellos que lean estas páginas lleguen a entender más cabalmente lo que es un consejo de la Iglesia, cómo debe funcionar y cómo quienes los integran pueden magnificar su contribución al proceso de orientar a través de tales consejos.

En otras palabras, que lleguen a comprender.

Hace varios años se me asignó asistir a una conferencia de estaca en Europa. Cuando llegué al lugar donde se llevaría a cabo la reunión, me presentaron a la presidenta de la Sociedad de Socorro de la estaca, quien estaba muy atareada preparando un refrigerio para la presidencia de estaca y para mí. Aproveché la oportunidad para conversar con ella en forma privada y le agradecí por su fiel servicio. En el curso de la conversación, le pregunté cómo se sentía en cuanto a su llamamiento en la Iglesia.

"Élder Ballard," me dijo en un tono de cierta exasperación, "¿llegarán los hermanos en la Iglesia a entender algún día que las hermanas queremos contribuir con opiniones en los asuntos que conciernen a la Iglesia y a sus miembros?" Como se imaginarán, me sorprendió bastante su comentario y la evidente frustración que lo motivaba; así que le pedí que fuera un tanto más específica. "Hay veces que siento que no tengo voz ni voto en el consejo," añadió. "Estoy aquí para servir pero no para contribuir. Cuando hablan de diferentes maneras de llevar a cabo la misión de la Iglesia, jamás piden mi opinión, y cuando toman decisiones como líderes de estaca, nunca me reconocen como una líder capaz de hacer una contribución al desarrollo espiritual de los miembros de la estaca. Algunas veces hasta se refieren a diferentes formas de satisfacer las necesidades de las hermanas en la estaca y ni siquiera me invitan a participar de la discusión. Se me dan asignaciones, y yo hago lo que me piden, pero no siento que se me pida que aconseje. ¿Es así como todo esto debe funcionar?"

Lo primero que me vino a la mente fue: "¿Cómo es posible que suceda esto? esta hermana forma parte del consejo de estaca en su condición de presidenta de la Sociedad de Socorro. ¿Cómo es posible que no sienta tener parte en el asunto?" Le aseguré que no estaba dentro del programa del Señor hacer a un lado las magníficas aptitudes espirituales de quienes han sido llamados por inspiración para presidir organizaciones de estaca y de barrio tales como la Sociedad de Socorro, las Mujeres Jóvenes y la Primaria. Fue Dios, sin duda, quien inspiró la creación de un sistema de consejos que tiene como finalidad emplear la visión y la experiencia de todos cuantos sean llamados a servir en importantes responsabilidades de liderazgo en el barrio y en la estaca.

Pero mi conversación con aquella buena hermana me dio mucho en que pensar: ¿Cuántas de nuestras presidentas de la Sociedad de Socorro se sentirán de la misma manera? ¿Cuántas de las presidentas de la Primaria o de las Mujeres Jóvenes? ¿Cuántos de nuestros presidentes de quórum de élderes, líderes de grupo de sumos sacerdotes, miembros de sumos consejos y otros líderes de organizaciones sentirán que no se les tiene en cuenta en el consejo o dentro del barrio o la estaca en la que sirven? ¿Cuán bien entendemos el sistema de consejos? ¿Lograremos apreciar el poder, la vitalidad y el empuje que dicho sistema puede aportar a nuestros respectivos ministerios entre los hijos de Dios en estos últimos días?

Esta experiencia y otras similares me han impulsado a tratar el tema en discursos de conferencias generales. De hecho, en dos conferencias consecutivas, desde el púlpito del Tabernáculo de la Manzana del Templo de Salt Lake City, me referí a la importancia del sistema de consejos de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Intenté enseñar sobre el gran poder espiritual y la dirección inspirada que resulta de los consejos familiares, de barrio y de estaca, debidamente dirigidos. Prometí a los padres que sus hogares serán enormemente bendecidos si encarán todos los asuntos como familia. También prometí a los líderes de barrio y de estaca que su servicio será más eficaz si aprenden a integrar la sabiduría, la experiencia, la fe y el testimonio de cada miembro de los consejos de la Iglesia.

Después de mi primer discurso sobre el tema, estaba ansioso por determinar si mis palabras habían sido comprendidas, particularmente por nuestros buenos obispos. Tal vez se deba a mis antecedentes empresariales, pero estoy siempre interesado en ver resultados. Así que en las sesiones de capacitación que dirijo en varios lugares del mundo, dedico gran parte de la atención a la importancia del consejo de barrio. Como parte de la capacitación formo, con quienes asisten a la reunión, un consejo de barrio simulado. A uno de los obispos presentes se le asigna dirigir el consejo y se le da el caso hipotético de una familia menos activa. Entonces le pido al obispo que use el consejo de barrio para formular un plan con el fin de activar a la familia en cuestión.

Sin excepción, el "obispo" toma la iniciativa en la situación y dice: "Éste es el problema, y esto es lo que pienso que debemos hacer para solucionarlo," y después hace asignaciones a los diferentes miembros del consejo de barrio. Supongo que es un buen ejercicio en el arte de delegar, pero no alcanza siquiera a emplear la experiencia y la sabiduría de los miembros del consejo para solucionar el problema. Entonces sugiero al obispo que trate de nuevo, pero que esta vez pida algunas ideas y recomendaciones de los demás miembros de su consejo antes de tomar una decisión. Particularmente lo insto a que procure las ideas de las hermanas. Con esto trato de enseñar el concepto de que, aun cuando el hombre y la mujer tienen diferentes responsabilidades, ambos incorporan a su servicio en la Iglesia antecedentes, talentos, experiencias y puntos de vista de diversa índole. No es ningún secreto que el hombre y la mujer tienden a ver las cosas desde sus respectivos puntos de referencia- los cuales son igualmente válidos e igualmente útiles y necesarios en la función que cumplen nuestros consejos. No es extraño que cuando el obispo invita a los miembros del consejo a aportar ideas durante la sesión de capacitación, es como abrir las compuertas de los cielos y que, de pronto, una impresionante corriente de inspiración empiece a fluir entre los miembros del consejo al planear la manera de hermanar a una familia menos activa.

Al ser testigo de esta misma escena en reiteradas ocasiones, decidí que no estaría de más escribir detalladamente sobre la importancia de los consejos, ya que existe una gran necesidad en la Iglesia de que los líderes, particularmente los presidentes de estaca, obispos y padres, entiendan y cultiven el poder espiritual que ofrece el sistema de consejos. No hay problema familiar, de barrio o de estaca que no se pueda superar si procuramos la solución a la manera del Señor, o sea, consultando juntamente.

Antes de continuar, sin embargo, tal vez deberíamos dedicar un momento a considerar una definición del término consejo, para asegurarnos de que estamos encarando el tema desde la misma perspectiva. Después de todo, si buscamos la palabra en el diccionario, encontraremos muchas definiciones. En lo que concierne a nuestro análisis, quisiera ofrecer la siguiente definición de los consejos de la Iglesia, extraída de la publicación *Encyclopedia of Mormonism*

El concepto de consejos en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días abarca tanto una filosofía de proceder administrativo como la descripción de una unidad o un cuerpo organizativo. Existen consejos formalmente constituidos, tales como el Consejo de los Doce Apóstoles, . . . sumos consejos de estaca y consejos de barrio o de estaca integrados por oficiales de quórumes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares. A esos consejos se añaden otros especialistas (en actividades deportivas, de mayores solteros, etc.) de acuerdo con necesidades específicas. Los consejos de la Iglesia coordinan y programan actividades, recopilan información, planean programas o eventos, y toman decisiones y resuelven problemas dentro de sus respectivas unidades...

La filosofía de un consejo es lo que el sicólogo Thomas O'Dea denominó una "democracia de participación" en la cultura mormona (*The Mormons* [Chicago, 1964], pág. 165). En las reuniones regulares de consejo se consideran necesidades tanto individuales como de las respectivas organizaciones. Tras reconocer las circunstancias particulares de una determinada unidad, de una zona geográfica o de un grupo de personas, el consejo determina los programas y las actividades que necesita planear y correlacionar. (El consejo no tiene el poder de adoptar ninguna decisión final; esa responsabilidad descansa sobre el líder de la unidad, tal como el presidente de estaca o el obispo.)

Los consejos son algo más que mecanismos de coordinación de operaciones; también sirven como conductos para la instrucción y el desarrollo de la familia, del barrio, de la estaca, de la región, del área y de la Iglesia en general. Mediante su participación en los consejos, los miembros aprenden a tratar asuntos organizativos más grandes. En los consejos se exponen al liderazgo en acción, aprenden a planificar, a analizar problemas, a tomar decisiones y a coordinar. La participación en los consejos contribuye a la preparación de los miembros para futuras responsabilidades de liderazgo. ("Priesthood Councils," en Ludlow, *Encyclopedia of Mormonism*, 3:1141-42)

Considero que ha llegado el día en que no podemos tener esperanzas de edificar una Iglesia ni de traer el corazón y el alma de nuestros miembros a Cristo sin emplear cada uno de los recursos que el Señor nos ha dado para que podamos aprovechar nuestras oportunidades y hacer frente a los obstáculos que se interponen en nuestro paso. Por ejemplo, los líderes en todas partes de la Iglesia están enormemente preocupados ante la falta de madurez espiritual de muchos miembros. Nos preocupa la inactividad de tantos nuevos miembros de la Iglesia. Es mi parecer que la respuesta a estas preocupaciones está en entender y en usar debidamente nuestros consejos, especialmente el consejo de barrio. ¿Cuesta acaso demasiado creer que los obispos y los presidentes de rama de la Iglesia pueden echar mano a todas las fuentes de ayuda de que disponen para poner fin a esta pérdida innecesaria de tantos de los hijos de nuestro Padre Celestial?

Si el líder misional de barrio entendiera que las organizaciones auxiliares son recursos para ayudar en la obra misional, podría sugerir a la presidencia de la Sociedad de Socorro que visite la casa de una familia de investigadores en el momento en que los misioneros estuvieran enseñándoles las charlas, y que inviten a la madre de la familia a asistir a una actividad o reunión de la Sociedad de Socorro. No es necesario llevar a cabo una reunión adicional; todo lo que se requiere es un líder misional alerta que pida la ayuda del consejo de barrio para trabajar con los misioneros a fin de hermanar a una familia en la Iglesia. Del mismo modo se puede pedir la

participación de los líderes de Hombres Jóvenes, de Mujeres Jóvenes y de la Primaria para ayudar a aquellos miembros de esa misma familia que pertenezcan a cada organización. Se dan cuenta de cuán fácil y apropiado resultaría generar un proceso de hermanamiento que contribuya a la conversión y a la retención de un hombre, una mujer o un jovencito que esté investigando la Iglesia? Si en las reuniones de consejo cada uno de sus miembros se mostrara interesado en colaborar con los misioneros, creo que muchos más de nuestros conversos serían completamente hermanados en la Iglesia.

El mismo concepto se aplica a casi toda otra situación que concierna a un barrio, a una rama, a una estaca o a una familia. Por ejemplo, nos preocupan los miembros menos activos de la Iglesia. Pasamos muchas horas en diferentes reuniones hablando de ellos y planeando la mejor manera de influir positivamente en sus vidas. ¿Se dan cuenta del posible poder del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares trabajando en forma conjunta para llegar sistemáticamente a las familias y a las personas en forma individual? Considero que la solución al problema de la actividad al que se enfrentan nuestros barrios y nuestras estacas está en los consejos del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares. También creo que Satanás no quiere que comprendamos cómo usar eficazmente el sistema de consejos.

A las Autoridades Generales nos ha estado preocupando por años la pesada carga que llevan sobre sus hombros nuestros obispos y presidentes de rama. En lo que a mí respecta, la mejor manera de aliviar parte de esa carga es dar una mayor participación a los consejos.

Durante la gran parte de mi vida adulta, antes de ser llamado como Autoridad General en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, y siguiendo los pasos de mi padre, trabajé como concesionario de automóviles. A lo largo de los años aprendí a apreciar el sonido y el rendimiento de un motor bien ajustado. Para mí, particularmente, es algo casi musical desde el suave ronroneo del motor de un coche parado, hasta el vibrante rugido de un acelerador a fondo. Y la fuerza que representa el sonido es todavía más electrizante. No hay casi nada que se compare a la experiencia de sentarse detrás de la dirección de un magnífico automóvil cuando todos los pistones funcionan como es debido y todas sus piezas se complementan.

Por otro lado, no hay nada que exaspere más que un coche que no funcione como debe. No importa cuán hermosamente esté pintado ni cuán cómodo sea su interior, un auto con un motor de funcionamiento limitado es apenas un estuche vacío. Aun cuando es posible que un automóvil ande con unos pocos cilindros en funcionamiento, jamás llegará tan lejos ni será su marcha tan rápida, ni será su andar tan suave y placentero, como cuando está debidamente ajustado. Y cuando unos pocos cilindros tienen que hacer el trabajo de varios, el grado de rendimiento decrece considerablemente.

Lamentablemente, hay demasiadas estacas, demasiados barrios y demasiadas familias en la Iglesia que funcionan con la fuerza de unos pocos cilindros inclusive hay algunas que están tratando de lograrlo con apenas uno. El barrio de un solo cilindro es aquel en el cual el obispo se hace cargo de todos los problemas, toma todas las decisiones, lleva a la práctica todas las asignaciones y hace frente a todos los desafíos. Entonces, al igual que sucede con cualquier otro cilindro sobrecargado, empieza a fallar y termina quemándose.

Recuerdo una conversación que tuve una vez con un joven obispo. Al referirse con afecto a su ministerio, confesó aquello que más le abrumaba. "Mi mayor frustración," me dijo, "es no contar con todo el tiempo que necesito para hacer todo cuanto tiene que ser hecho".

Cuán vívidamente recordé ese sentimiento de frustración al pensar en la época cuando yo había sido obispo; así que traté de mantenerme serio cuando le dije: "¡No creo que haya habido jamás otro obispo en toda la historia de la Iglesia que se haya sentido como usted!".

Naturalmente que las demandas que pesan sobre nuestros obispos son enormes. Hay determinadas llaves del sacerdocio que únicamente ellos poseen, así como ciertas funciones en el barrio que solamente ellos pueden cumplir. Pero los obispos no son llamados para hacer todo por todos, sino que se les llama para presidir y para guiar y para extender el amor de Dios a todos Sus hijos. Pero nadie, y mucho menos nuestro Padre Celestial, espera que hagan todo por sí solos.

Lo mismo se puede decir de nuestros presidentes de estaca, presidentes de quórum, presidentes y presidentas de las organizaciones auxiliares y de las madres y los padres en el seno familiar. Todos tienen responsabilidades que absorben gran parte de su tiempo, sus aptitudes y su energía; pero de nadie se espera que lo hagan solos. Dios, el Gran Organizador, inspiró la creación de un sistema de comités y de consejos. Si se les entiende debidamente y si se les forma y emplea con cuidado, ese sistema hará más liviana la carga de cada líder y extenderá el alcance de su ministerio, combinando el sentido común, el talento y la prudencia de muchos líderes que tienen el derecho de recibir la guía y la inspiración del Espíritu Santo. El sistema de consejos también actúa como salvaguardia de la Iglesia, ofreciendo respaldo y fuerzas en aquellos aspectos en los que un líder, por sí solo, tal vez sea insuficiente.

Como miembro del Quórum de los Doce Apóstoles yo integro un buen número de consejos y de comités generales de la Iglesia. Una de las mayores bendiciones en mi vida ha sido la oportunidad de servir junto a hombres y mujeres de gran dedicación, cuyo deseo más grande es hacer la voluntad de nuestro Padre Celestial. Muchas y maravillosas han sido las experiencias que hemos tenido al deliberar y buscar soluciones en forma conjunta, muchas veces por largas horas, formulando planes, programas y normas que sirvan para bendecir y fortalecer por igual a todos los miembros de la Iglesia en estos tiempos tan difíciles y desafiantes.

Aun cuando considero que dicho servicio es una oportunidad extraordinaria, no tengo reparo en afirmar que nuestra tarea no resulta siempre tan fácil como podría parecer. Con la gran diversidad de idiomas, de culturas y de idiosincrasias que existen en la actualidad dentro de la Iglesia, todos los planes elaborados a nivel general tienen que ser tanto amplios como estrechos; lo suficientemente amplios para satisfacer las distintas necesidades de millones de miembros en docenas de países, y lo suficientemente estrechos para alcanzar a cada uno en forma individual. Con tal fin es que los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares se arrodillan regularmente ante el Señor, para procurar Su guía. Y es así que nos hemos visto edificados por el espíritu de inspiración- y aun de revelación que hemos recibido.

En muchos aspectos, nuestros consejos generales de la Iglesia funcionan de la misma manera en que los consejos de las unidades y familiares deberían funcionar. Bajo la dirección del sacerdocio y la influencia del Espíritu Santo, estos consejos deben invitar a un intercambio libre y abierto y a una comunicación clara y fluida. Nuestros objetivos mutuos deben ser siempre claramente entendidos. Todo cuanto hacemos, todo cuanto enseñamos, todo plan que diseñamos debe tener como finalidad ayudar a los hijos de Dios a disfrutar las bendiciones plenas del Evangelio. En este esfuerzo, los consejos deben servir de apoyo a las familias, y tratar de no competir nunca con ellas.

Por lo tanto, nuestras reuniones de consejo tienen que ver con responsabilidades y deberes, y no con jurisdicciones. Ofrecen a los quórumes del sacerdocio y a las organizaciones auxiliares de la Iglesia la oportunidad de unirse en un espíritu de cooperación fraternal con la finalidad de ayudar a nuestro Padre Celestial a lograr Su obra y Su gloria de "llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre" (Moisés I:39). Lo mismo acontece en nuestros consejos familiares, sólo que allí padres e hijos aunan fuerzas de una manera decisiva y dinámica para asegurar que no haya lugares vacíos alrededor de la mesa familiar eterna.

Y nunca ha habido un momento como éste en que fueran tan necesarios esos esfuerzos conjuntos entre los miembros de la familia y entre los hombres y mujeres líderes de la Iglesia en favor de los hijos de nuestro Padre Celestial. Vivimos días peligrosos, y ellos requieren absoluta vigilancia de parte de aquellos a quienes se ha confiado la responsabilidad de velar por el reino. Nuestras responsabilidades individuales son enormes, pero igualmente importantes son las responsabilidades que compartimos con los demás en el hogar y en la Iglesia de aunar nuestros esfuerzos para ser una bendición en la vida de los miembros de nuestra familia y de todos nuestros hermanos y hermanas eternos.

LA SINERGIA ESPIRITUAL.

La ciencia define la sinergia como la "acción combinada de diversas acciones tendientes a lograr un efecto único [mayor que la suma de las acciones individuales]" (véase Diccionario Pequeño Larousse, 1997). El antiguo moralista Esopo solía ilustrar este concepto sosteniendo un palo y pidiendo entre quienes lo escuchaban un voluntario que creyera poder romperlo. Por cierto que la persona rompía el palo fácilmente. Entonces Esopo juntaba dos palos de idéntico tamaño y le pedía al mismo voluntario que los rompiera al mismo tiempo. Esto era más difícil pero generalmente lo podía hacer sin mayor dificultad. El proceso se repetía agregando un palo a la vez, hasta que el voluntario ya no podía romperlos. La moraleja de la ilustración de Esopo era sencilla: individualmente somos débiles, pero juntos somos fuertes.

Dios nunca tuvo la intención de que, ante situaciones y responsabilidades importantes, Sus hijos tomaran decisiones en forma individual. Durante nuestra existencia premortal, Él mismo reunió a un gran concilio ante el cual presentó Su glorioso plan para nuestro bienestar eterno. Su iglesia está organizada con consejos a todos los niveles, empezando por el Consejo de la Primera Presidencia y del Quórum de los Doce Apóstoles en línea descendente hasta llegar a los consejos de estaca, de barrio y familiares. El Apóstol Pablo enseñó que el Señor organizó la Iglesia, con apóstoles, profetas y otros oficiales y maestros, "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe" (Efesios 4:12-13).

En su carta a los santos de Corinto, Pablo comparó a los miembros de la Iglesia y sus varias responsabilidades con el funcionamiento del cuerpo humano:

. . . El cuerpo no es un solo miembro, sino muchos . . .

Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él quiso.

Porque si todos fueran un solo miembro, ¿dónde estaría el cuerpo?

Pero ahora son muchos los miembros, pero el cuerpo es uno solo.

Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros . . .

Para que no haya desavenencia en el cuerpo, sino que los miembros todos se preocupen los unos por los otros.

De manera que si un miembro padece, todos los miembros se duelen con él, y si un miembro recibe honra, todos los miembros con él se gozan (1 Corintios 12:14,18-21, 25-26).

Las Escrituras dejan en claro que aun cuando nuestras funciones respectivas puedan ser diferentes y tal vez cambien de tanto en tanto, todas son igualmente importantes para el debido

funcionamiento de la Iglesia. Tenemos necesidad de que los quórumes del sacerdocio se afirmen a sí mismos y cumplan con sus responsabilidades divinamente ordenadas, de la misma manera que necesitamos que la Sociedad de Socorro, la Primaria, las Mujeres Jóvenes, la Escuela Dominical y los comités de actividades realicen sus funciones vitales. Y es menester que todas esas organizaciones inspiradas trabajen juntas en consejos, ofreciéndose ayuda mutua según se la necesite, para el beneficio de las personas y de las familias.

Hace pocos años, Sherry, una mujer divorciada y madre de dos hermosas hijas, se mudó a un nuevo barrio. Había estado inactiva en la Iglesia por mucho tiempo, pero últimamente sentía anhelos espirituales. Así que se alegró mucho cuando la presidencia del quórum de élderes se ofreció para ayudar en la mudanza y hasta aceptó la invitación que le hicieron para asistir a una reunión social esa misma semana.

A la noche siguiente pasó a visitarla la presidencia de la Sociedad de Socorro, y después lo hicieron también la asesora de una de sus hijas en el programa de las Mujeres Jóvenes y la maestra de la Primaria de su otra hija. Para cuando el obispado llegó a verla esa noche, Sherry sentía como que ya conocía a todos los miembros del barrio. Cada una de las visitas había sido cálida y amigable, y cuando llegó el domingo, Sherry y sus hijas estaban ansiosas de ir a la Iglesia.

"Ninguna de esas personas me conocía", dijo Sherry más tarde, "y pese a ello, me hicieron sentir como que había regresado al lugar donde había vivido toda la vida".

Y en cierta manera, así era. Las demostraciones de afecto e interés genuino le dieron el valor que necesitaba para hacer cambios importantes en su vida. En menos de una semana recibió un llamamiento en el barrio y sus hijas estaban totalmente envueltas en las actividades de sus respectivos grupos.

A medida que Sherry se sintió acogida y aceptada por los miembros e integrada al nuevo barrio, también empezó a sentir la influencia del Espíritu del Señor. Su testimonio se vio revitalizado y su fe restaurada. Tras poco más, de un año de haberse mudado al barrio, muchos de sus nuevos amigos y vecinos la acompañaron al entrar al templo, donde hizo sagrados convenios que hasta el día de hoy guarda fielmente.

No hace mucho tiempo tuve la oportunidad de hablar sobre tal experiencia con el obispo de Sherry. "Realmente quisiera poder decir que las cosas siempre suceden de ese modo", me comentó. "Hay veces que las cosas resultan bien y otras que no, pero cuando la totalidad del programa de la Iglesia se combina en la acción de un consejo, como al concentrarse en las necesidades de una familia o de una persona, pueden llegar a producirse verdaderos milagros".

Doy testimonio de que esos milagros pueden producirse siempre que estemos preparados para trabajar juntos- los hombres y las mujeres que servimos en los quórumes y en las organizaciones auxiliares de la Iglesia -a fin de que se produzcan. No estamos embarcados en una obra de hombres o de mujeres; ésta es la obra de Dios y nosotros estamos a Su servicio.

El presidente Ezra Taft Benson dijo en una ocasión:

Hay un principio que se cita en Doctrina y Convenios el cual, a pesar de estar dirigido específicamente a los quórumes más altos de la Iglesia, se aplica a todos los consejos en el gobierno de la misma. Esto es lo que leemos en la sección 107: . . ."Las decisiones de estos quórumes [o consejos] . . . se deben tomar con toda rectitud, con santidad y humildad de corazón, mansedumbre y longanimidad, y con fe, y virtud, y conocimiento, templanza, paciencia, piedad, cariño fraternal y caridad" [D&C 107:30] . . . A mí me da la impresión de que éste es el modelo que el Señor desea que sigamos al operar por medio de los consejos del sacerdocio en todos los niveles del gobierno de la Iglesia. Debemos ser uno en todos los aspectos de esta obra . . . pues

todas las cosas son espirituales para aquel a quien reconocemos como el Maestro. ("Church Government through Councils", Ensign, mayo de 1979, 88-89.)

Siempre he observado que cuando los líderes hacen el debido uso de comités y consejos, muchas vidas son bendecidas. Al igual que un automóvil cuidadosamente fabricado que opera al máximo grado de eficacia, tales organizaciones de la Iglesia hacen avanzar la obra del Señor más rápidamente y en forma más extensa. Están unidas, y juntas disfrutan mucho más del viaje por la carretera del servicio en la Iglesia.

Una manera importante de hacer crecer la unidad y la eficacia de nuestros consejos de barrio y de estaca es tener presente que todos los miembros de dichos consejos tienen una doble responsabilidad: no sólo representan las necesidades y los puntos de referencia de las respectivas organizaciones que han sido llamados a dirigir, sino que además cada uno de ellos sirve como miembro del consejo, compartiendo de una manera equitativa una mayordomía para con el éxito de la obra del Señor en esa parte del reino. Por lo tanto, cuando se trata un asunto que afecta de una manera u otra a todos los miembros del barrio o de la estaca, se debe dar suma consideración a los puntos de vista y a las recomendaciones de todos y cada uno de los miembros del consejo, tanto de los hermanos como de las hermanas. Tal proceder generará decisiones más prudentes así como un cometido mayor al llevar a la práctica aquello que se decida hacer.

EL PODER DE LOS CONSEJOS.

A lo largo de mis años de servicio en la Iglesia, he sido testigo de ejemplos extraordinarios del poder que hay en la función de los consejos. Hace unos años, cuando servía como obispo, una familia de nuestro barrio pasó por una dura crisis cuando el padre quedó sin empleo. Bastante preocupado por su situación, les visité para asesorarles y para ofrecer el apoyo y la asistencia de la Iglesia. Pese a la dificultad por la que atravesaban, se mostraron renuentes a mi ofrecimiento, así que presenté el asunto ante el comité de bienestar y el consejo del barrio. En un espíritu de amorosa confidencialidad, compartí con ellos mi preocupación por aquella buena familia y pedí sus ideas sobre cómo podríamos ayudarla. Nuestra presidenta de la Sociedad de Socorro se ofreció para hablar con la madre de la familia a fin de determinar sus necesidades inmediatas y hacer lo que estuviera a su alcance para obtener las cosas más apremiantes todo lo cual, por supuesto, correspondía a su responsabilidad, de acuerdo con el programa de la Iglesia. En menos de dos días ella logró lo que yo no había podido lograr, y la familia, con humildad y agradecimiento, aceptó la ayuda ofrecida. El presidente del quórum de élderes habló con el padre lo cual, por supuesto, tenía el derecho y el deber de hacer y juntos buscaron maneras de mejorar su situación laboral. Nuestro presidente de los Hombres Jóvenes advirtió que la casa de aquella familia necesitaba una buena mano de pintura, así que hizo los arreglos para que sus presbíteros trabajaran con el grupo de sumos sacerdotes en esa tarea.

En el curso de mis conversaciones con los padres, me enteré de que estaban seriamente endeudados y atrasados en el pago de la hipoteca. Basándome en las pautas aprobadas del sistema de bienestar, les pregunté si tenían algún familiar que estuviera dispuesto a tenderles una mano en ese momento de necesidad, pero recibí poca información al respecto. Sin embargo, la presidenta de la Sociedad de Socorro, se enteró de que la madre tenía un hermano en muy buena situación económica.

"Sería la última persona a quien le pediría nada", dijo la madre. "Hace años que no nos hablamos. No puedo ir después de todo este tiempo y decirle: ¿Te acuerdas de mí? Soy tu hermana. ¿Podrías prestarme dinero?"

Entendí perfectamente el dilema en el que se encontraba pero, no obstante ello, consideré que era importante seguir el orden establecido por la Iglesia. Finalmente, tras hablar más a fondo sobre el asunto, ella me autorizó para que me pusiera en contacto con su hermano, quien vivía en una ciudad distante. Lo llamé y le expliqué las circunstancias tan difíciles en las que se encontraba su hermana menor. A los tres días el hombre llegó a Salt Lake City y ayudó a su hermana a poner en orden su situación económica. Mientras tanto, el presidente del quórum de élderes siguió ayudando al padre de la familia a buscar un empleo estable con un ingreso decente. En poco tiempo, la familia gozó de una mayor seguridad que nunca hasta ese momento. Lo que es más importante, sin embargo, es que como familia también estaban más unidos que antes. Creo que jamás vaya yo a olvidar el momento tan emotivo en que aquella buena hermana se reencontró con su hermano después de tantos años de alejamiento. Aun cuando él se había distanciado de la Iglesia, se creó un vínculo espiritual inmediato que se puede entender únicamente dentro del contexto del Evangelio. Así que, probablemente, no le sorprenderá a nadie saber que como resultado de aquella experiencia, el hermano con el tiempo volvió a la actividad plena en la Iglesia y renovó su relación con su familia. Y todo eso sucedió debido a los inspirados esfuerzos de un fiel consejo de barrio que funcionó conforme al programa que Dios diseñó para Sus hijos por medio de Sus siervos.

A lo largo de años de experiencias tales, he llegado a la firme conclusión de que el sistema de consejos de la Iglesia ha sido divinamente estructurado para ser una bendición en la vida de los hijos de nuestro Padre Celestial. Y para ser totalmente sincero, a veces me cuesta entender cómo es que tantos de nuestros líderes no logran captar la visión de la medida en que el trabajo a través de los consejos puede ampliar su capacidad para lograr todo cuanto el Señor espera de ellos dentro de sus respectivas mayordomías.

Por ejemplo, uno de los más grandes desafíos a que se enfrenta la Iglesia en la actualidad es la necesidad de hermanar y retener al creciente número de nuevos conversos. En ciertas partes del mundo, donde año tras año se bautiza a una cantidad equivalente al número necesario para formar un nuevo barrio, ésta es una tarea por demás ardua. Sería muy difícil, si no imposible, para un obispo o presidente de rama tan siquiera considerar la realización de esta asignación sin los continuos esfuerzos de los abnegados consejos en los que sus miembros actúan en forma mancomunada para el beneficio de todos los hijos de Dios en su barrio o rama.

De igual manera, el consejo de barrio que en forma regular trata de determinar cómo los quórumes y las organizaciones auxiliares pueden ofrecer oportunidades de hermanamiento a todos cuantos están investigando la Iglesia, puede hacer mucho por cultivar un sentido de aceptación dentro del barrio. Por ejemplo, si las hermanas de la Primaria invitaran a los niños de las familias de investigadores a asistir a la Primaria, esos niños harían nuevos amigos y sentirían que la Iglesia realmente está interesada en ellos. Por cierto que esto ayudaría a los misioneros en el proceso de conversión. Todos los miembros del consejo deben buscar la forma de dar a los investigadores la oportunidad de entablar una relación con otras personas además de los misioneros. El líder misional del barrio puede coordinar este esfuerzo a través del comité ejecutivo del sacerdocio y directamente con los líderes de las organizaciones auxiliares. Debemos tener presente que el líder misional del barrio se reúne todas las semanas con los misioneros regulares para hablar de las familias a las que están enseñando y coordinar sus esfuerzos.

En un sentido muy real, el consejo de barrio es el "brazo receptor" de la Iglesia. Si los consejos de barrio funcionan como es debido, todo nuevo converso será hermanado, se le asignarán maestros orientadores y maestras visitantes y se le extenderá un llamamiento apropiado a los pocos días de su bautismo. Asimismo, los menos activos recibirán llamamientos que les harán saber que los miembros del barrio los necesitan y los aman.

Desde el año 1985 he servido como miembro de un consejo compuesto de doce hombres. Provenimos de diferentes orígenes y llevamos al Quórum de los Doce Apóstoles una gran diversidad de experiencias en la Iglesia y en el mundo. Tengan la seguridad de que en las reuniones no nos sentamos simplemente aguardando que el presidente de nuestro quórum nos diga lo que debemos hacer. Intercambiamos ideas y nos escuchamos mutuamente con profundo respeto hacia las diversas aptitudes que cada uno aporta al quórum. Tratamos toda una gama de temas, desde los relacionados con la administración de la Iglesia hasta aquellos ligados a acontecimientos mundiales, y lo hacemos con toda franqueza y amplitud de criterio. Hay asuntos que se discuten por semanas, por meses y hasta por años antes de que se adopte una decisión. No siempre estamos de acuerdo durante el curso inicial de nuestras deliberaciones. Sin embargo, una vez que se toma una decisión, la respaldamos sin reservas.

Claro está que en el Quórum de los Doce Apóstoles jamás olvidamos el principio rector de la revelación por medio de aquellos que poseen las llaves del sacerdocio para dirigir y ejercer autoridad. Aun cuando el sentimiento y las opiniones vertidas en los consejos son esenciales para el éxito del gobierno en el Evangelio, quienes servimos en los consejos de la Iglesia debemos tener cuidado de no confundir nuestro papel en ese proceso. El consejo no es un foro democrático. No existe el poder de vetar ni se aplica el concepto de mayorías. A pesar de lo importante que es

el aporte de los consejos para la operación de cada unidad de la Iglesia, nunca sobrepasa la dirección del Santo Espíritu que se manifiesta a través de la revelación dada a quienes poseen las llaves de autoridad.

El presidente David O. McKay se refirió una vez a una reunión del Quórum de los Doce Apóstoles en la que surgió una pregunta sobre un tema de enorme trascendencia. Él y los demás apóstoles eran de la firme opinión de que se debía seguir un cierto curso de acción, y estaban preparados para dar a conocer su parecer en una reunión con la Primera Presidencia más tarde ese día. Mas para su sorpresa, el presidente Joseph F. Smith, contrario a lo que era su costumbre, no pidió la opinión del quórum en cuanto a dicho asunto. En cambio, se puso de pie y dijo: "Esto es lo que quiere el Señor".

"Pese a no ser compatible con lo que [nosotros] pensábamos", escribió el presidente McKay, "el presidente Francis M. Lyman, Presidente de los Doce, fue el primero en ponerse de pie para decir: "Hermanos, hago la moción de que ésa sea la opinión y dictamen de este consejo".

"Apoyo esa moción", dijo otro de los miembros, y así fue adoptada en forma unánime. No habían transcurrido seis meses cuando la sabiduría de aquel líder quedó demostrada" (Gospel Ideals, pág. 264).

Estamos agradecidos por el principio de la revelación en la Iglesia. Pero no debemos subestimar el valor de la opinión de los miembros de un consejo en el proceso deliberativo. Éste es uno de los componentes del milagro de los consejos de la Iglesia. Al escucharnos mutuamente y al prestar atención al Espíritu, los miembros de los consejos podemos hacer avanzar la obra del Señor de maneras muy significativas. Y al apoyarnos los unos a los otros y mediante nuestra participación en los consejos de la Iglesia, empezamos a entender cómo es que Dios toma a hombres y mujeres comunes y corrientes y los transforma en líderes extraordinarios. Pues los mejores líderes no son aquellos que trabajan hasta quedar exhaustos por tratar de hacerlo todo por sí mismos; los mejores líderes son quienes siguen el plan de Dios de procurar el consejo de sus consejos.

Cuando los líderes de la Iglesia permiten a quienes el Señor haya llamado para servir con ellos ser parte de un equipo interesado en encontrar soluciones, los resultados pueden llegar a ser maravillosos. Tanto la experiencia como el grado de comprensión personal se verán estimulados, lo cual nos ayudará a encontrar soluciones más atinadas. Al permitir que todos se expresen y den a conocer sus opiniones, les edificaremos. Al darles la oportunidad de participar y de aprender, estaremos preparando a futuros líderes. Y cuantas más personas sientan responsabilidad hacia un determinado problema, tanto más desearán ser parte de la solución, lo cual incrementa enormemente las posibilidades de éxito.

Una vez que los debidos consejos estén formados y en operación, los líderes podrán empezar a ver más allá de las necesidades inmediatas de los miembros de cada unidad y estarán en condiciones de hacer una contribución mayor a la comunidad y a la sociedad en general. No existe razón alguna para pensar que no se pueden incluir en el temario de una reunión de consejo de barrio asuntos tales como la delincuencia, el desempleo o abusos de cualquier tipo. Los obispos podrían preguntar a los consejos de barrio: "Cómo podemos nosotros influir positivamente, tanto en la comunidad como en nuestras familias, en lo que tiene que ver con estos importantes asuntos?". Y no tomaríamos cartas en la problemática de la comunidad sólo por sentirnos satisfechos, sino que lo haríamos porque está dentro de nuestra responsabilidad como Santos de los Últimos Días y como cristianos.

En otras palabras, uno de los aspectos más favorables del sistema de consejos es la flexibilidad que ofrece a la creación y a la aplicación de soluciones locales a problemas locales. Y

a medida que las necesidades de las personas, de las familias y de las comunidades vayan cambiando de tanto en tanto, los consejos de barrio y de estaca al operar bajo la dirección del sacerdocio y seguir las pautas aprobadas por la Iglesia podrán concentrar su sabiduría colectiva y la inspiración divina en tales necesidades; bendiciendo y edificando, de ese modo, a todos aquellos a quienes llegue su influencia. El Señor nos exhorta, diciendo: ". . . razonemos juntos para que entendáis" (D&C 50:10). El propósito de este libro es reseñar en forma más o menos detallada el plan del Señor de que "razonemos juntos" por medio de consejos de familia, de barrio y de estaca. Exploraremos las bases doctrinales del sistema de consejos, nos referiremos a las funciones y a los propósitos de una gran variedad de consejos y ofreceremos sugerencias prácticas para sus líderes y para sus integrantes. Este mundo en que vivimos requiere, tanto de los miembros como de los líderes de la Iglesia, las mejores ideas y el uso más sabio de todos y cada uno de los recursos que nuestro Padre Celestial nos ha dado para el beneficio y la protección de Sus hijos y de Su Iglesia.

Todos los ejemplos y las experiencias que mencionaré son reales, pero he decidido no emplear nombres de personas ni de lugares a fin de proteger el carácter privado de aquellos que me han hecho partícipe de tales casos. Muchas de esas experiencias reales las compartieron conmigo por escrito algunos presidentes de estaca, oficiales de organizaciones auxiliares de estaca y de barrio, obispos y otras personas que han sido testigos del maravilloso poder que emana de la función de nuestros consejos.

Pero antes de referirnos a esas experiencias, echemos una mirada a la historia espiritual de los consejos, empezando por el más importante de todos el cual ninguno de nosotros realmente recuerda el gran Concilio de los Cielos.

CAPITULO 1

EL CONCILIO DE LOS CIELOS.

Mi abuelo materno, Hyrum Mack Smith, era el hijo ' mayor del presidente Joseph F. Smith, sexto l Presidente de la Iglesia. La muerte inesperada de mi abuelo en 1918, dos meses antes de cumplir cuarenta y seis años, fue motivo de gran tristeza para todos cuantos lo conocían y lo estimaban, particularmente su padre, el profeta. Sumido en el dolor causado por la pérdida de su querido hijo, el presidente Smith dedicó largo tiempo a fervientes oraciones y a la reflexión espiritual en busca de consuelo en los días posteriores al fallecimiento. Meditó especialmente en cuanto al plan divino de salvación eterna y sus ramificaciones en lo que atañe a cada uno de nosotros en esta vida y en la venidera.

El 3 de octubre de 1918, pocos meses después de la muerte de Hyrum, el presidente Smith se hallaba sentado en su habitación "meditando sobre las escrituras" (D&C 138:1) cuando recibió una maravillosa visión. El presidente Smith tuvo la singular oportunidad de mirar más allá del velo y de ver algo de lo que aconteció en el mundo de los espíritus antes de esta vida, así como lo que va a suceder en la existencia que nos aguarda en el más allá.

Lo que él aprendió durante esa experiencia tan singular fue extraordinario. Por ejemplo, llegó a entender este importante concepto en cuanto a los primeros líderes de la Iglesia tales como su padre y su tío, Hyrum y José Smith, así como Brigham Young, John Taylor, Wilford Woodruff y otros: "Aun antes de nacer, ellos, con muchos otros, recibieron sus primeras lecciones en el mundo de los espíritus, y fueron preparados para venir en el debido tiempo del Señor a obrar en su viña en bien de la salvación de las almas de los hombres" (D&C 138:56).

Una de las lecciones principales que nuestro Padre Celestial nos enseñó en ese "mundo de los espíritus" fue la relacionada con la importante función de los consejos y de aconsejarnos mutuamente en el contexto del gobierno del Evangelio. Desde el principio mismo, Dios llevó a cabo Su obra por medio de un sistema de consejos.

El primer consejo del que tenemos referencia ocurrió antes de que fuera creado el mundo en el cual vivimos, y se verificó en un lugar en el que todos nosotros hemos estado pero que no podemos recordar. Dios, nuestro Padre Celestial, fue la autoridad presidente en esa reunión tan significativa. A Su lado estaba Su primogénito, Jehová, a quien ahora conocemos como Jesucristo. No sabemos exactamente cómo fue dirigido este Concilio de los Cielos, ni el proceso que se siguió. Aun cuando nos referimos al Concilio de los Cielos como un consejo único, es posible que se hayan efectuado varias reuniones en las que se enseñó el Evangelio, se preordenó a profetas y a otros, y se hicieron asignaciones a varias personas. El presidente Joseph Fielding Smith hizo la siguiente declaración sobre los consejos en la vida premortal: "Cuando llegó el momento de ser avanzados en la escala de nuestra existencia y de pasar por esta probación terrenal, se realizaron concilios y los hijos espirituales recibieron instrucción en cuanto a los asuntos relativos a las condiciones de este estado mortal y en cuanto a la razón de tal tipo de existencia" (Doctrina de Salvación, 1:54).

Sabemos que en determinado momento del proceso, se anunció el plan que nuestro Padre Celestial tenía para el gozo y el progreso eternos de Sus hijos e hijas. Como participantes en ese evento, se nos concedió el privilegio de aceptar o rechazar el plan según fue propuesto, y estoy seguro de que prestamos cuidadosa atención al tratarse temas tales como la creación del mundo, la caída de Adán y Eva, la Expiación, la Resurrección y el Juicio Final (véase "Council in Heaven,"

en Ludlow, Encyclopedia of Mormonism, 1:328-29). Nos regocijamos (véase Job 38:7) al pensar en la vida mortal y en su promesa y sus posibilidades, aun cuando es posible que nos haya preocupado la probabilidad de fracasar.

Sabemos que Satanás intentó enmendar el plan a fin de exaltarse a sí mismo por encima de Dios (véase Moisés 4:1; Isaías 14:12-14). Puesto que el tema del albedrío era crucial en el plan de nuestro Padre (véase D&C 29:35; Moisés 4:1, 3) y debido a que escogió a Su Hijo Amado, quien se había ofrecido para ser el Redentor (Moisés 4:2), Lucifer se rebeló y pasó a ser Satanás, y persuadió a una tercera parte de las huestes celestiales para que lo siguieran. Entonces sobrevino lo que se conoce como la Guerra en los Cielos, a consecuencia de la cual los espíritus rebeldes fueron expulsados (Moisés 4:3-4; Abraham 3:28).

Claro que no tenemos conocimiento de todo cuanto aconteció durante ese consejo premortal, pero si nos basamos en lo que sí conocemos, la manera en que nuestro Padre Celestial administró el Concilio de los Cielos ilustra detalladamente varios principios clave en cuanto a la forma de tomar decisiones por medio de los consejos.

EL LÍDER EFICIENTE TIENE VISIÓN.

Ante todo, como líder del consejo, Dios se presentó con un plan. A pesar de que es cierto que nuestros consejos terrenales se pueden usar eficazmente para trazar planes de acción, también es verdad que el líder debe presentarse ante el consejo con, por lo menos, una cierta visión. No es necesario que esa visión ofrezca cada detalle de lo que queremos hacer. Pero si el consejo ha de adoptar decisiones relevantes, el líder tiene que saber en qué dirección tenemos que encaminarnos y qué es lo que queremos que suceda. Sin ese liderazgo y sin esa visión clara, ¿cómo sabrá el consejo si se ha tomado o no una decisión apropiada?

Cuando un líder en la Iglesia inspira a los miembros de un consejo con visión, les ayuda a concentrarse en su verdadera misión a fin de que ayuden a la gente en vez de limitarse a administrar programas. Al mismo tiempo, este enfoque crea un poderoso espíritu de equipo que contribuye a la buena relación de trabajo entre quienes integran el consejo.

La visión es un ingrediente imprescindible en estos procesos. ¿Por qué fue la reacción de Nefi en cuanto al deseo de su padre de seguir la guía del Señor y conducir a su familia al desierto, tan diferente de la de sus hermanos mayores, Lamán y Lemuel? ¿Se debió acaso al hecho de que Nefi acudió al Señor en oración y le pidió que le concediera un testimonio o visión personal de lo que el Señor le había indicado a Lehi, su padre? "Y sucedió que yo, Nefi, siendo muy joven todavía, aunque grande de estatura, y teniendo grandes deseos de conocer los misterios de Dios, clamé por tanto al Señor, y he aquí que él me visitó y enterneció nri corazón, de modo que creí todas las palabras que mi padre había hablado; así que no me rebelé en contra de él como lo habían hecho mis hermanos" (1 Nefi 2:16). Nefi procuró su propia visión y como resultado de ello se enterneció su corazón. Recibió una visión clara del lugar al que se dirigía su familia y así estuvo en condiciones de comprometerse a seguir al Señor. Como lo explicó Salomón: "Sin [visión] el pueblo se desenfrena" (Proverbios 29:18).

Casi universalmente, la gente se muestra más motivada cuando percibe un cierto propósito en lo que se tiene que hacer y se siente parte de una causa mayor. Es el privilegio y al mismo tiempo la responsabilidad de los líderes ofrecer a aquellos a quienes dirigen una visión clara y profunda.

' Nota del traductor: En la versión de la Biblia en español se lee "Sin profecía el pueblo se desenfrena," mientras que en inglés se usa el término visión. A fin de preservar la regularidad de

la terminología empleada por el autor dentro de este contexto en particular, se decide usar la traducción directa de la palabra del inglés entre corchetes.

EL LÍDER EFICIENTE ESTIMULA A LA LIBRE EXPRESIÓN.

Segundo, el Concilio de los Cielos permitió que se presentaran diferentes planes. Lo que Satanás propuso a los allí reunidos era muy diferente del plan de nuestro Padre Celestial. Obviamente los argumentos esgrimidos por Satanás fueron persuasivos ya que muchos de nuestros hermanos y hermanas en el espíritu escogieron seguirle. Del mismo modo, nuestros consejos deben siempre dedicar tiempo a tratar y a considerar diferentes puntos de vista. No siempre estaremos de acuerdo con lo que digan otras personas, pero todos nos beneficiaremos con la oportunidad de expresar nuestro parecer y de considerar opiniones o enfoques sobre un determinado problema, que tal vez sean diferentes del nuestro.

Tales experiencias, sin embargo, recalcan la necesidad de que los líderes estén preparados mental, emocional y espiritualmente y que de antemano consideren el asunto detenidamente y por medio de la oración, a fin de establecer la visión mencionada anteriormente. Un aspecto significativo del manto de liderazgo, particularmente en lo que se refiere a la autoridad presidente, es el privilegio y la responsabilidad de trazar el curso que habrán de seguir aquellos que estén dentro de su mayordomía, indicando claramente la dirección en la que el consejo debe encaminarse.

EL LÍDER EFICIENTE RESPETA EL DON DEL ALBEDRÍO.

Otro importante principio que observamos en el Concilio de los Cielos es que todos los miembros de ese consejo tenían el preciado don del albedrío. Esas deliberaciones no fueron un ejercicio en compulsión ni un estudio en dominio aunque bien se podría afirmar que de todos los consejos jamás llevados a cabo, éste fue dirigido por el líder más digno de ser investido con la más absoluta autoridad. Más bien, éste fue un ejercicio en albedrío. Al tomar en consejo estas decisiones eternas tan significativas, nuestro Padre Celestial ofreció la máxima demostración de cómo la más libre y amplia expresión de ideas, en combinación con un liderazgo visionario, comúnmente genera buenas decisiones. Aun cuando la libertad generalmente trae aparejados ciertos riesgos, desafíos y responsabilidades, también brinda un poder enorme a aquellos que deciden emplearla con prudencia. Y también da a todos cuantos tengan tal derecho, un cierto grado de propiedad sobre las decisiones del consejo, experiencia que ha demostrado ser vital en el funcionamiento exitoso de todo consejo. Nadie puede quejarse de no haber entendido o de no haber tenido la oportunidad de participar.

Si bien el Concilio de los Cielos nos ofrece una excelente muestra del gobierno del Evangelio ejercido a través de consejos mayores (tal como consejos de barrio y sumos consejos de estaca), hay otro consejo premortal que nos enseña importantes lecciones en cuanto a la forma de trabajar con grupos más pequeños y más íntimos (como presidencias y obispados). En la Perla de Gran Precio se nos enseña que un consejo de Dioses, operando bajo la dirección de nuestro Padre Celestial, trabajó en forma conjunta para crear físicamente el mundo en el cual vivimos: "Entonces el Señor dijo: Descendamos. Y descendieron en el principio, y ellos, esto es, los Dioses, organizaron y formaron los cielos y la tierra" (Abraham 4:1).

Durante todo el proceso de la creación, este consejo trabajó en estrecha relación, recibiendo instrucciones específicas de Dios, llevándolas a la práctica cuidadosamente y volviendo para dar el informe de su progreso y para recibir instrucciones adicionales. Cuando llegó el momento de crear al hombre, Abraham nos dice que "los Dioses tomaron consejo entre sí" en cuanto a la manera en que esto habría de hacerse. Entonces "dijeron: Descendamos y formemos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y le daremos dominio sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo, sobre el ganado y sobre toda la tierra y toda cosa que se arrastra sobre la tierra" (Abraham 4:26).

Reservaremos la mayor parte de nuestro análisis de las deliberaciones de presidencias, obispados y otros consejos menores para el capítulo 6. Pero ahora vamos a considerar varios principios puestos de manifiesto por el consejo de la Creación, siendo que ellos se aplican a los líderes de la Iglesia y a los consejos a todos los niveles.

EL LÍDER EFICIENTE DA INSTRUCCIONES CLARAS Y PRECISA.

Extendido el llamamiento a una nueva presidenta de la Primaria, quien estaba en ese momento considerando los nombres de sus posibles consejeras.

El presidente de la estaca quedó atónito. "Yo no quería que se relevara a la presidenta de la Primaria", dijo. "¡Simplemente consideré que era un buen momento para cambiar a sus consejeras y tal vez a algunas otras hermanas miembros de la mesa directiva! "

Si tan sólo se hubiese comunicado claramente con su consejero, ese buen presidente de estaca habría evitado una situación extraordinariamente incómoda. Lo que es más, el segundo consejero tendría que haber aclarado su asignación ante su líder en vez de sacar conclusiones propias de lo que debía hacer en ese caso. Por lo menos en ese asunto, la comunicación entre los miembros de esa presidencia de estaca dejó bastante que desear.

EL LÍDER EFICIENTE TRABAJA EN ETAPAS.

El relato de la Creación ofrece importantes lecciones a quienes sirven en obispados y en otros consejos de presidencia. A oficiales tales como presidentes y obispos, la Creación bosqueja tres elementos de liderazgo a ser logrados por medio de un consejo. Primero, adviértase cómo nuestro Padre Celestial dio instrucciones claras y precisas. Envío a Sus representantes escogidos con una expectativa bien definida y después les permitió escoger la mejor manera de encargarse de los detalles.

Un presidente de estaca a quien conozco aprendió por dura experiencia la importancia de emitir instrucciones precisas. Durante una reunión de presidencia de estaca, le mencionó a su segundo consejero que creía que había llegado el momento de reorganizar la presidencia de la Primaria de la estaca. El consejero estuvo de acuerdo y quedó a la espera de instrucciones más específicas. Al no recibirlas, dio por sentado que el presidente quería que él actuara correspondientemente. En la siguiente reunión de presidencia de estaca, el consejero informó que había.

La segunda lección en liderazgo que la Creación enseña a presidentes, obispos, líderes de grupo y padres, tiene que ver con la naturaleza detallada de las instrucciones dadas por Dios. Él no dijo a los miembros de Su consejo: "Id y cread un mundo". Aun cuando tenía una visión

completa de lo que quería que se lograra, llevó a Su consejo por el proceso paso a paso, dándole amplia oportunidad de informar, de asesorarse y de poner en práctica las instrucciones recibidas.

Un obispo conocido mío comprendió, inmediatamente después de haber sido llamado, que su desafío más grande iba a ser el programa del Sacerdocio Aarónico del barrio. No solamente era ésa su responsabilidad más apremiante, según el divino mandato, sino que constituía un problema particular en su barrio, debido a circunstancias muy especiales por las que ese programa estaba atravesando. Al reunirse con sus consejeros por primera vez en calidad de obispado, dedicaron bastante tiempo a analizar la situación.

"Temo que ya hayamos perdido a algunos de esos jóvenes", dijo uno de los consejeros.

"Y a los que están asistiendo a las reuniones de la Iglesia no les va a agradar mucho la idea de hacer algo más de lo que han estado haciendo en la noche de actividades", comentó el otro.

El obispo había estado orando y reflexionando detenidamente en cuanto a esta importante responsabilidad desde el momento en que le habían confiado el llamamiento, y tenía una visión bastante clara de lo que era necesario hacer. Pero también sabía que no se podría lograr todo de una sola vez, así que el nuevo obispado empezó a avanzar en etapas.

"¿Quién es el líder del sacerdocio del barrio más apto para trabajar con los jóvenes?" preguntó el obispo.

Los dos consejeros inmediatamente nombraron a un hermano que en ese momento estaba sirviendo en un llamamiento de estaca. El obispo lo consideró por un momento y sintió que, efectivamente, ésa era la persona indicada.

"¿No creen que sería un excelente asesor del quórum de diáconos?" preguntó el obispo.

"Claro que sí", respondió el primer consejero. "Sería excelente para cualquier cargo al que se le llame. Pero en el caso de que la estaca apruebe su llamamiento para trabajar en el barrio, ¿no cree que sería mejor llamarlo como presidente de los Hombres Jóvenes, para que se encargue de la totalidad del programa?"

"Hermanos", dijo el obispo, "nosotros somos la presidencia del Sacerdocio Aarónico del barrio. Si alguien tiene que 'encargarse' del programa, debemos ser nosotros. Pero si es que vamos a reestructurar el programa, tenemos que hacerlo desde los cimientos hacia arriba; y a mí me da la impresión que eso implica empezar con el quórum de diáconos más firme que sea posible".

Los consejeros sintieron que había sabiduría en lo que estaba diciendo el obispo. El presidente de estaca estuvo de acuerdo con relevar al hermano en cuestión para que sirviera en el barrio y en poco tiempo aquella unidad contaba con un excelente quórum de diáconos. Con el tiempo, el éxito se fue expandiendo hacia el quórumes de maestros y el de presbíteros. Para cuando el obispo fue relevado, todos los que unos años antes eran diáconos, estaban listos para salir en una misión, y el barrio tenía uno de los mejores programas del Sacerdocio Aarónico de la estaca y, posiblemente, de toda la Iglesia. Eso sucedió, en parte, porque el obispo comprendió el proceso de trabajar en etapas. Es interesante advertir que la totalidad del programa del Sacerdocio Aarónico mejoró como resultado del ejemplo de aquel sobresaliente quórum de diáconos.

EL LÍDER EFICIENTE DELEGA.

La tercera lección que presidentes, obispos, líderes de grupo y padres pueden aprender del consejo de la Creación es que nuestro Padre Celestial no hizo todo Él solo aun cuando bien habría

podido hacerlo. En su condición de Dios, tenía toda la autoridad y el poder necesarios para crear el mundo, y sin duda Él era quien tenía la visión completa del proyecto. Pese a ello, decidió delegar responsabilidades, pidiendo informes regulares para asegurarse de que todo se estaba haciendo debidamente.

¿Por qué haría Él tal cosa, especialmente cuando tal vez habría sido más rápido y más eficaz que Él lo hubiera hecho por Sí mismo? En mi opinión, una de las razones por las que lo hizo así fue para establecer un modelo que nosotros pudiéramos seguir. Al delegar una obra tan importante como lo fue la de crear la tierra, no nos dejó demasiado margen para justificar nuestra sobrestimación personal cuando no estamos dispuestos a delegar tareas correspondientes a nuestros llamamientos y oficios en la Iglesia.

Recientemente oí el caso de una nueva presidenta de la Sociedad de Socorro quien decidió que tenía que visitar personalmente a cada hermana del barrio en' el día de su cumpleaños. Después decidió que debía entregarles una tarjeta de felicitación. Luego decidió que debía acompañar la tarjeta con una hogaza de pan casero, el cual ella misma hornearía. Después decidió que el pan y la tarjeta debían estar envueltos en un paño que ella misma bordaría. Y al fin decidió que el obsequio no estaría completo a menos que fuera acompañado por un frasco de conservas caseras.

Tras pocos meses de llevar a cabo sus entregas, esa buena hermana fue a ver al obispo para pedir que se la relevara. "Es demasiado trabajo", le dijo. "No me es posible hacerlo".

No le llevó mucho tiempo al obispo llegar al fondo del problema. "El obsequio de cumpleaños es una buena idea", dijo, "pero quizás necesite un poco de ayuda". El obispo le explicó que había ciertas tareas que únicamente ella debía atender, pero que todas las demás podían ser delegadas. Juntos encontraron la manera de dar a varias hermanas la oportunidad de participar en una versión un tanto menos exigente del proyecto de los cumpleaños, abriendo puertas de hermanamiento y servicio a algunas mujeres que necesitaban desesperadamente ese tipo de participación. Por medio de la delegación, la presidenta encontró la forma de concretar la idea que había concebido sin tener que invertir todo su tiempo y energía.

Tanto los presidentes como los obispos deben dar su máxima prioridad y atención a aquellos asuntos de los que solamente ellos tienen la autoridad de encargarse, dejando en manos de otras personas- consejeros y miembros de consejos las tareas que éstos puedan efectuar. Cualquier líder que se vea atrapado en una interminable lista de detalles, corre el riesgo de socavar la eficacia de su ministerio.

Existe otra razón por la cual es bueno delegar, y es la de preparar líderes para el servicio futuro. Una de las evidencias más importantes del liderazgo eficaz es el número de hermanos y hermanas que están listos para cumplir con las responsabilidades que se les asignen.

El antiguo patriarca bíblico Jetro dio sabios consejos a su yerno, Moisés, cuando el anciano visitó a la familia de su hija y vio las constantes demandas que el pueblo hacía pesar sobre su profeta. "No está bien lo que haces", le dijo Jetro a Moisés. "Desfallecerás del todo, tú, y también este pueblo que está contigo; porque el trabajo es demasiado pesado para ti; no podrás hacerlo tú solo" (Éxodo 18:17-18).

Entonces Jetro le enseñó a su yerno cómo delegar una porción de sus responsabilidades a otras personas. No sólo que esa delegación haría las cosas más llevaderas para Moisés, dijo Jetro, sino que también sería una bendición para quienes servían junto a él, pues ellos compartirían la carga (véase Éxodo 18:22). Cuando uno comparte una carga, ésta se vuelve más real y más ferviente. Resulta difícil sentir interés en asuntos hacia los cuales uno no tiene ninguna

responsabilidad o que no afectan nuestra vida de una manera significativa. Por esa razón el consejo de Jetro a Moisés se aplica también a los líderes de hoy.

EL LÍDER EFICIENTE DA UN BUEN EJEMPLO DE ESFUERZO PERSONAL.

En el consejo de la Creación también hay lecciones para quienes sirven como consejeros; lecciones que se refieren a la importancia de escuchar, de seguir instrucciones detenidamente y de "regresar y dar informe." Pero tal vez el principio más básico ilustrado por aquellos que cumplieron con las instrucciones de nuestro Padre Celestial durante la Creación, fue el principio de "vayamos y hagamos."

Cuando Dios le dijo a Jehová que efectuara ciertas tareas creadoras, Él no respondió diciendo: "vamos a ver" o "trataremos" o "buscaremos algo de tiempo entre todo lo que tenemos para hacer". Más bien, Él simple y firmemente dijo: "Descendamos . . ." (Abraham 4:1). Su actitud indicó que estaba ansioso por hacer lo que el Padre le pidiera, en vez de sentarse a hablar del asunto. "No puedo yo hacer nada por mi mismo"; dijo el Señor, ". . . porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió, la del Padre" (Juan 5:30).

El Señor fue ejemplo de esa actitud durante toda Su vida mortal. Aun de niño Él entendió la importancia de "ir" y de "hacer". Cuando se separó de Su familia durante un viaje de Jerusalén a Nazaret, Sus padres finalmente lo encontraron en el templo, "sentado en medio de los doctores de la ley, oyéndoles y preguntándoles.

"Y todos los que le oían, se maravillaban de su inteligencia y de sus respuestas.

"Y cuando le vieron, se sorprendieron; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué nos has hecho así? He aquí, tu padre y yo te hemos buscado con angustia.

"Entonces él les dijo: ¿Por qué me buscabais? ¿No sabíais que en los negocios de mi Padre me es necesario estar?" (Lucas 2:46-49).

Durante todo Su ministerio Jesús enseñó a quienes le seguían en cuanto a la importancia de hacer. Al final de la parábola del buen samaritano, en la cual se resalta el valor de hacer por sobre creencias y promesas vanas, el Señor preguntó al que le escuchaba: "¿Quién, pues, de estos tres te parece que fue el prójimo del que cayó en manos de los ladrones?" El dijo: El que usó de misericordia con él. Entonces Jesús le dijo: Ve, y haz tú lo mismo" (Lucas 10:36-37; énfasis agregado).

En otra ocasión, les recordó a quienes le seguían: "No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mateo 7:21; énfasis agregado). Y aun en el momento en que contemplaba el doloroso fin de Su jornada terrenal, resaltó Su mensaje de resolución eterna hacia la voluntad de Dios con esta humilde declaración de obediencia: "Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Lucas 22:42).

Nuestros profetas de los últimos días son muy bien conocidos por frases tales como: "Emprendamos la marcha", "hazlo" y "hazlo ya". Yo he oído al presidente Gordon B. Hinckley decir que el único método que él conoce de hacer las cosas es, primero, arrodillarse y orar y después, ponerse de pie y hacer lo que se deba hacer. Ese deseo impetuoso de "ir" y "hacer" la voluntad del Señor ha sido la característica distintiva de nuestros profetas presidentes durante toda su vida.

Por cierto que "ir y hacer" no siempre resulta fácil ni conveniente. A veces requiere algo de sacrificio de nuestra parte; sacrificio de tiempo, de energía o de voluntad personal. Pero casi

siempre es digno de cualquier esfuerzo que hagamos, especialmente si tiene que ver con seguir las instrucciones de inspirados líderes de consejo de ir y traer almas a Cristo.

EL LÍDER EFICIENTE ENSEÑA POR MEDIO DEL PRECEPTO Y EL EJEMPLO.

Nadie puede poner en tela de juicio el grado de dedicación del Señor al concepto de los consejos. En dos ocasiones en tiempos antiguos Él organizó personalmente Su Iglesia en la tierra, y las dos veces le proveyó consejos rectores. Tanto en la Tierra Santa del Nuevo Testamento como en la tierra prometida del Libro de Mormón, dedicó una considerable cantidad de tiempo a enseñar y a capacitar a Sus consejos y a los líderes de éstos, y después les envió a compartir con otras personas lo que habían aprendido. Aun cuando las circunstancias que rodearon esas dos experiencias fueron diferentes, tienen, por lo menos, dos elementos esenciales en común que hablan de la administración ejemplar de los consejos por parte del Señor.

Primero, enseñó a sus antiguos consejos detenidamente por medio del precepto y del ejemplo. Les enseñó cómo orar y después oró con ellos y por ellos. Les enseñó cómo administrar el sagrado sacramento de la Cena del Señor y después bendijo el pan y el vino y se los dio. Les dijo cómo usar la autoridad del sacerdocio para bendecir la vida de otras personas, y después empleó Su propia autoridad para efectuar milagros entre ellos. Próximo al fin de Su ministerio terrenal, Jesús celebró la fiesta de la Pascua en compañía de Sus amados discípulos. Aun cuando se enfrentaba a los momentos culminantes de Su vida mortal, cargados de dolor y sufrimiento, Su atención estaba centrada en aquellos que le seguían. Después de la fiesta, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó.

Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjugarlos con la toalla con que estaba ceñido. Entonces vino a Simón Pedro; y Pedro le dijo: Señor, ¿tú me lavas los pies?. Respondió Jesús y le dijo: Lo que yo hago, tú no lo comprendes ahora; mas lo entenderás después. Pedro le dijo: No me lavarás los pies jamás. Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Le dijo Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos y la cabeza . . . Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, vosotros también debéis lavar los pies los unos a los otros. Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis. De cierto, de cierto os digo: El siervo no es mayor que su señor, ni el enviado es mayor que el que le envió. Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis (Juan 13:4-9, 12-17).

¡Oh, si los líderes de consejos pudieran captar el valor del servicio mutuo tal como lo enseña este poderoso ejemplo del Señor!

EL LÍDER EFICIENTE SIRVE CON AMOR.

Segundo, Él amó a quienes sirvieron con Él en los consejos. "Como el Padre me ha amado, así también yo os he amado," les dijo a Sus Apóstoles (Juan 15:9). Después añadió: "Este es mi mandamiento: Que os améis unos a otros, como yo os he amado" (Juan 15:12).

"Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros" (Juan 13:34-35).

Es imperativo que todos cuantos servimos juntos en el reino de Dios lo hagamos cimentados en el amor: amor hacia el Señor, amor hacia la obra y amor los unos por los otros. No importa cuán intenso sea nuestro esfuerzo ni con cuánto tesón nos ciñamos a los manuales y a las pautas; si no nos amamos verdaderamente los unos a los otros, no tendremos la capacidad de transmitir el poder pleno del Evangelio de amor. Y no puedo menos que creer que nuestros miembros se sentirán más inclinados a buscar el consejo de líderes en los que puedan percibir amor sincero. Los milagros parecen seguir a los líderes de la Iglesia que son motivados por un profundo sentimiento de amorosa dedicación para con las personas a quienes presiden.

Al viajar por todas partes en la Iglesia, he advertido que las congregaciones de diferentes estacas tienden a reflejar la actitud de sus líderes. El mismo espíritu de amorosa hermandad y cooperación que se percibe entre los miembros de la presidencia de estaca, parece inevitablemente hacerse presente en las reuniones. Lamentablemente, también se da lo opuesto.

"Amados", escribió el Apóstol Juan, "amémonos unos a otros; porque el amor es de Dios. Todo aquel que ama, es nacido de Dios, y conoce a Dios.

"El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor.

"En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él.

"En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados.

"Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros" (1 Juan 4:7-11).

Un barrio con el que estoy familiarizado experimentó un gran incremento en la asistencia de los miembros menos activos cuando un nuevo obispo decidió dedicar diez minutos de cada reunión de consejo de barrio a analizar maneras en que los miembros del consejo pudieran extender una mano fraternal a quienes estuvieran espiritual o temporalmente necesitados. Bajo la dirección de ese compasivo obispo, se hicieron asignaciones de hermanamiento, combinando personas con intereses comunes. Durante un período de tres años, a medida que los miembros del consejo demostraron amor y consideración hacia las personas con quienes estaban trabajando, más de diez familias se reactivaron.

LA GRAN DIFERENCIA.

Desde el principio, entonces, "de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna" Juan 3:16). En aquellos consejos de la vida premortal se nos dio la oportunidad de venir a la tierra a trabajar en pos de nuestra salvación a través de la gracia y el amor de nuestro Señor Jesucristo.

Con el amor de Cristo que emana de todos los consejos de la Iglesia y se extiende por los quórumes, las organizaciones auxiliares, los barrios y las estacas, se puede marcar una gran diferencia en nuestra vida y en la vida de los miembros de nuestra familia, así como en la de todos los hijos de nuestro Padre Celestial. Y el marcar esa gran diferencia es, después de todo, la gran misión de los consejos de la Iglesia, que tienen sus orígenes en los concilios celestiales de los que fuimos testigos y participantes en nuestra vida premorta

CAPITULO 2

LOS CONSEJOS GENERALES DE LA IGLESIA.

A fines de junio de 1829, se verificó una importante transición en la historia de la restauración del Evangelio de Jesucristo. Tras completar la traducción del Libro de Mormón, José Smith invitó a su familia a ir con él a la casa de Peter Whitmer en Fayette, estado de Nueva York, donde, por primera vez, se les permitiría leer aquel texto que por muchos meses había acaparado toda su atención.

Apenas llegaron a Fayette, el pequeño grupo compuesto por José, sus padres, Martin Harris, Oliver Cowdery y David Whitmer, empezó a leer el manuscrito. "Nos regocijamos sobremanera", escribió sobre aquella ocasión Lucy Mack Smith, la madre de José. "Nos pareció a aquellos de nosotros que no comprendíamos la magnitud de la obra, que la parte más difícil había quedado atrás" (Smith, History of Joseph Smith by His Mother, 151).

A pesar de que José Smith apenas comenzaba el largo y arduo proceso de la Restauración, estaba listo para recibir algo de ayuda. Aun cuando había muchos que creían en él y que apoyaban sus esfuerzos, a veces poniendo mucho a riesgo, no se llamó a nadie para compartir la carga de la enorme mayordomía que había sido depositada sobre los hombros del profeta. Durante los nueve años anteriores, él había estado prácticamente sólo en su trabajo y en su testimonio.

Es por eso que debe haber sido con enorme expectativa que José decidió hablar con Martin Harris durante los servicios espirituales que el grupo llevó a cabo en la mañana siguiente al día que regresó de Fayette. Le dijo: "Martin Harris, tienes que humillarte ante Dios en este día, a fin de poder obtener perdón por tus pecados. Si lo haces, es la voluntad de Dios que veas las planchas, en compañía de Oliver Cowdery y David Whitmer".

Lucy Mack Smith, quien estaba presente esa mañana, dijo: "Aquellas palabras fueron declaradas con una solemnidad que hasta este día, cuando me vuelven al recuerdo, me corre una viva emoción por todo el cuerpo" (ibid., 152).

De acuerdo con la revelación, el Señor le mandó a José que llamara a Martin Harris, a Oliver Cowdery y a David Whitmer para ser testigos especiales del Libro de Mormón

para que mi siervo José Smith, hijo, no sea destruido, para que en esta obra realice yo mis propósitos justos para con los hijos de los hombres.

Y testificaréis de haberlas visto, así como mi siervo José Smith, hijo, las vio; porque es por mi poder que él las ha visto, y porque tenía fe.

Y ha traducido el libro, sí, la parte que le he mandado; y vive vuestro Señor y vuestro Dios, que es verdadero.

Por tanto, habéis recibido el mismo poder, la misma fe y el mismo don que él; y si cumplís estos últimos mandamientos míos que os he dado, las puertas del infierno no prevalecerán en contra de vosotros; porque mi gracia os es suficiente y seréis enaltecidos en el postrer día.

Y yo, Jesucristo, vuestro Señor y Dios, os lo he hablado, a fin de realizar mis propósitos justos para con los hijos de los hombres. Amén (D&C 17:4-9).

Poco después de haber extendido el llamamiento para ser testigos, los cuatro hombres se retiraron a una arboleda cercana para recibir la revelación que les había sido prometida. Horas después, esa misma tarde, regresaron a la casa de David Whitmer, donde José exclamó: "Padre,

madre, no saben cuán feliz estoy; el Señor ha permitido que otras tres personas además de mí, vieran las planchas. Vieron a un ángel, quien les testificó, y ellos habrán de dar testimonio de la veracidad de lo que yo he dicho, pues ahora ellos saben por sí mismos que yo no he tratado de engañar a nadie. Me siento como si se me hubiera quitado una carga que era demasiado pesada para mí. Siento regocijo en mi alma pues ya no estoy totalmente solo ante el mundo" (Smith, History of Joseph Smith by His Mother, 152). Poco más de un año después, La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días fue organizada, con José Smith como "el primer élder de esta iglesia" (D&C 20:2). Al mismo tiempo, el Señor reveló instrucciones a los apóstoles, a los élderes, a los presbíteros, a los maestros, a los diáconos y a los miembros de la Iglesia, detallando deberes y responsabilidades para cada uno, al aceptar ellos su parte de mayordomía dentro del ministerio de José. Finalmente la Iglesia fue organizada en quórumes y consejos, llamándose a sus correspondientes presidencias "para administrar en las cosas espirituales" (D&C 107:8).

De acuerdo con la revelación, "Las decisiones de estos quórumes, o cualquiera de ellos, se deben tomar con toda rectitud, con santidad y humildad de corazón, mansedumbre y longanimidad, y con fe, y virtud, y conocimiento, templanza, paciencia, piedad, cariño fraternal y caridad; porque existe la promesa de que si abundan estas cosas en ellos, no serán sin fruto en cuanto al conocimiento del Señor" (D&C 107:30-31).

"Por tanto", continuó diciendo el Señor, "aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuera nombrado. El que sea perezoso no será considerado digno de permanecer, y quien no aprenda su deber y no se presente aprobado, no será considerado digno de permanecer" (D&C 107:99-100).

Tras haber experimentado la soledad espiritual en las primeras épocas de su ministerio y por haber sido enseñado por el Señor, José Smith tenía un respeto muy grande por la obra de los consejos de la Iglesia de Jesucristo. Poco después de organizar el primer sumo consejo, el profeta puso las manos sobre la cabeza de los doce miembros y les dio una bendición, para que pudieran tener sabiduría y poder para exhortar en rectitud tocante a todos los asuntos que fueran llevados ante ellos. También oró que pudieran verse libres de los males a los que más se exponían, y que sus vidas se vieran prolongadas en la tierra . . .

Después les dio a los ayudantes de los presidentes la solemne responsabilidad de cumplir con su deber en justicia y en temor a Dios. También dio similar responsabilidad a los doce miembros del consejo, todo en el nombre de Jesucristo.

Todos alzaron las manos al cielo como seña del convenio sempiterno, y el Señor les bendijo con Su Espíritu. Entonces declaró el consejo organizado conforme al antiguo orden, y también conforme a la voluntad del Señor (History of the Church, 2:32-33).

Pese al compromiso establecido de servir a Dios, a los colaboradores de José Smith les resultó difícil en varias ocasiones adaptarse al concepto de los consejos. El profeta escribió:

En un consejo de los sumos sacerdotes y los élderes . . . llevado a cabo en mi casa, en Kirtland, en la noche del 12 de febrero de 1834, declaré que yo debía explicar ante el consejo la dignidad del oficio que me había sido conferido por la ministración del ángel de Dios, por Su misma voz, y por la voz de esta Iglesia; que nunca había explicado a consejo alguno el orden en que se debía llevar a cabo, lo cual, tal vez, haya privado a los consejos de algunas o de muchas bendiciones.

Y continué diciendo que ningún hombre está capacitado para juzgar sobre un asunto que se trate en un consejo, a menos que su propio corazón sea puro; y que a menudo estamos tan llenos de prejuicios, o tenemos tal viga en nuestro propio ojo, que no estamos en condiciones de tomar las debidas decisiones.

Pero volviendo al tema del orden, en la antigüedad los consejos se llevaban a cabo con tan estricta propiedad, que a nadie se le permitía susurrar, demostrar desdén, inquietud ni salir del lugar, hasta tanto no se obtuviera una respuesta del Señor por revelación, o del consejo por medio del Espíritu, lo cual no se ha observado en esta Iglesia hasta el presente. Se daba por entendido en los días antiguos que si un hombre podía permanecer en la reunión, también podían los demás; y si el presidente podía dedicar su tiempo, también podían hacerlo los miembros; pero en nuestros consejos, generalmente, uno estará inquieto, otro se dormirá; uno orará y otro no; la mente de uno estará en lo que esté tratando el consejo, mientras que otra persona estará mentalmente en algún otro lado.

Nuestros hechos son registrados y en un día futuro serán presentados ante nosotros, y si no juzgamos acertadamente o si lastimamos a nuestros semejantes, es posible que ellos, ahí mismo, nos condenen. Estas cosas son de gran consecuencia; de una consecuencia mucho mayor de lo que yo pueda expresar en palabras. Pregúntaos, hermanos, cuánto tiempo habéis dedicado a orar desde que escuchasteis sobre este consejo; y si estáis ahora preparados para reuniros en consejo para tratar sobre el alma de vuestro hermano (History of the Church, 2:25-26).

Casi exactamente un año más tarde, el Señor reveló a José Smith información adicional en cuanto a la forma en que el gobierno de los consejos podría llegar a aliviar algo de la presión que pesaba sobre él como líder de la Iglesia:

El día 8 de febrero, en el año 1835 de nuestro Señor, siendo éste el día de reposo, el profeta José Smith llamó a los élderes Brigham y Joseph Young a su recámara en su residencia de Kirtland, Ohio. Tras darles algunos antecedentes, pasó a relatar a estos hermanos una visión del estado y la condición de los hombres que murieron en el Campamento de Sión, en Misuri. Les dijo: "Hermanos, he visto a esos hombres que han muerto de cólera en nuestro campamento; y sabe el Señor que si yo recibo una mansión tan refulgente como la de ellos, no pido nada más". El profeta lloró durante esta revelación, y por cierto tiempo no pudo ni hablar. Cuando hubo desahogado sus sentimientos al describir la visión, retomó la conversación y se dirigió al hermano Brigham Young, a quien le dijo: "Quisiera que notificara a todos los hermanos que viven en las ramas, dentro de una distancia razonable de este lugar, que se reúnan en una conferencia general el próximo sábado. En esa ocasión habré de llamar a doce testigos especiales para abrir las puertas del Evangelio a naciones del extranjero, y usted", dijo (hablándole a Brigham Young), "será uno de ellos".

Después pasó a referirse con más amplitud a los deberes de su llamamiento. El interés que entonces originó ese anuncio, produjo en la mente de los dos élderes presentes, una gran sensación y muchas reflexiones al haber informado con anterioridad al hermano Brigham Young que él sería uno de los testigos, pero sin decir nada a Joseph, hasta que hubo expresado muchos de sus sentimientos en cuanto a los Doce, lo cual llevó un poco de tiempo. Entonces se dirigió al élder Joseph Young con notoria formalidad, como si la visión se extendiera aún más, y le dijo: "Hermano Joseph, el Señor le ha hecho Presidente de los Setenta". Habían oído de Moisés y de los setenta élderes de Israel, y que Jesús había llamado a "otros setentas", pero nunca habían oído antes del llamamiento de Doce Apóstoles y de Setentas en esta Iglesia. Sonaba extraño aquello de que "el Señor le ha hecho Presidente de los Setenta", como si ya hubiera tenido lugar, lo cual hizo que esos hermanos se maravillaran. El profeta no dijo que se llamaría a otros para que fueran portadores del mensaje en el extranjero, pero es posible que eso haya quedado sobreentendido por las palabras que usó en ese momento. Al aceptar el élder Brigham Young lo que se le había pedido, todas las ramas fueron notificadas y el siguiente sábado 14 de febrero se llevó a cabo una conferencia general con todos los hermanos en Kirtland, en la nueva escuela, en la planta baja de la imprenta, reunión en la cual los Doce fueron llamados y ordenados, tras lo cual se levantó la

conferencia por dos semanas (Joseph Young, padre, "History of the Organization of the Seventies" [1878], 1-2; citado en History of the Church, 2:181).

LOS CONSEJOS ECLESIAÍSTICOS GENERALES.

Con el correr de los años, las formas y los métodos de gobierno y administración de la Iglesia se han modificado para satisfacer las cambiantes necesidades de las épocas. Pero siempre se han caracterizado por la manera en que encontraron continua solidaridad y fortaleza en los consejos. El presidente Stephen L Richards dijo en 1953:

No sé si sería posible que organización alguna tuviera éxito en la Iglesia . . . sin adoptar la virtud más extraordinaria de nuestro gobierno eclesiástico. ¿A qué me refiero? Considero que la virtud más extraordinaria de nuestro gobierno eclesiástico es administrar por medio de consejos. El Consejo de la Presidencia, el Consejo de los Doce, el consejo de la presidencia de estaca, o quórum, si preferimos emplear esa palabra, el consejo del obispado, y el quórum [o] consejo de la presidencia de quórum. He tenido suficiente experiencia para reconocer el valor de los consejos. Rara vez transcurre un día en que no dé testimonio de la sabiduría de Dios, al crear consejos . . . para gobernar Su reino. En el espíritu dentro del cual obramos, se reúnen hombres que poseen opiniones aparentemente divergentes y antecedentes diametralmente distintos, y bajo la influencia de ese espíritu, aconsejándose mutuamente, llegan a un acuerdo, y ese acuerdo . . . representa la sabiduría del consejo, actuando bajo el Espíritu (En Conference Report, octubre de 1953, 86; énfasis en el original).

Al igual que en la época de José Smith, el consejo presidente de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días en la actualidad, es la Primera Presidencia. Dicho consejo consiste del Presidente de la Iglesia y sus dos consejeros. Conforme al mandato espiritual: "las llaves del reino . . . siempre corresponden a la presidencia del sumo sacerdocio" (D&C 81:2). Los miembros de ese consejo son sostenidos por la totalidad de los miembros de la Iglesia como "profetas, videntes y reveladores", a quienes se les permite "recibir los oráculos para toda la iglesia" (D&C 124:126), y ellos tienen "el derecho de officiar en todos los oficios de la Iglesia" (D&C 107:9).

Durante mi período de servicio en el Quórum de los Doce Apóstoles, he tenido el privilegio de ver a la Primera Presidencia funcionar dentro de una gran variedad de situaciones y circunstancias. Además de haberme sentido siempre impresionado por la fortaleza y la capacidad individuales de los hombres que integran la presidencia, me ha inspirado en grado superlativo la forma extraordinaria en que se desempeñan como un consejo ejemplar y siguen haciéndolo aun cuando no todos los miembros del consejo estén en condiciones plenas de funcionar.

Después de la Primera Presidencia, en lo que se refiere a la línea de autoridad en la Iglesia, está el Quórum de los Doce Apóstoles, el consejo del cual yo formo parte. De acuerdo con las Escrituras, a los apóstoles se les llama en calidad de "testigos especiales" del nombre de Cristo (D&C 27:12) con la misión específica de "declarar [Su] evangelio, tanto a los gentiles como a los judíos" (D&C 18:26). Como consejo "constituyen un quórum, igual en autoridad y poder" a la Primera Presidencia (D&C 107:24). Tal como lo explicó el presidente Joseph Fielding Smith, esto significa que los Doce "tienen poder para asumir el control de los asuntos de la Iglesia cuando la Presidencia quede acéfala por el fallecimiento del Presidente" (Doctrina de Salvación, 1:243). Por cierto que cuando el Presidente de la Iglesia muere, la Primera Presidencia queda inmediatamente disuelta, los consejeros del presidente vuelven a ocupar sus respectivos lugares en el Quórum de los Doce Apóstoles, y ese quórum pasa a presidir la Iglesia hasta que se nombre a un nuevo presidente. En los doce años en que he integrado el Quórum de los Doce, he tenido oportunidad

de participar en ese proceso tres veces, siendo testigo de la formación de una nueva Primera Presidencia bajo la autoridad de tres profetas contemporáneos diferentes: los presidentes Ezra Taft Benson, Howard W. Hunter y Gordon B. Hinckley. A excepción de un breve tiempo después del fallecimiento de un presidente de la Iglesia, el Quórum de los Doce funciona dentro de su mayordomía sagrada de "enseñar, exponer, exhortar, bautizar y velar por la iglesia" (D&C 20:42).

La redacción de "La proclamación para la familia" es un buen ejemplo de cómo debe funcionar el proceso de un consejo. En el curso de nuestras reuniones regulares, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles llegaron a un acuerdo en cuanto al concepto de la proclamación debido a la gran necesidad que existe en la Iglesia, así como en el mundo entero, de tener una idea cabal de la función divinamente ordenada del hogar y de la familia. El Quórum de los Doce Apóstoles está compuesto por un grupo de hombres de diversos antecedentes y poseedores de aptitudes espirituales extraordinarias, aptitudes en las cuales nos amparamos cuando redactamos el documento. Requirió numerosas revisiones y ajustes en nuestras reuniones de consejo, antes de que la Primera Presidencia lo aprobara para proclamarlo al mundo entero. Todo miembro de la Iglesia debería leer y entender esa proclamación tan importante.

Reconocemos la magnitud de brindar al mundo tal proclamación y admonición de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles. Nuestra tarea fue cumplida gracias a la diversidad de antecedentes, aptitudes y dones espirituales de los miembros del quórum, y al empleo del programa de consejos inspirado por el Señor.

Refiriéndose tanto a la Primera Presidencia como al Quórum de los Doce, el Señor dijo que "las decisiones de estos quórumes, o cualquiera de ellos, se deben tomar con toda rectitud, con santidad y humildad de corazón, mansedumbre y longanimidad, y con fe, y virtud, y conocimiento, templanza, paciencia, piedad, cariño fraternal y caridad; porque existe la promesa de que si abundan estas cosas en ellos, no serán sin fruto en cuanto al conocimiento del Señor" (D&C 107:30-31).

Ésa es una promesa de vital importancia para todos cuantos sirven en estos importantes consejos de la Iglesia.

El élder Rulon G. Graven, ex miembro del Segundo Quórum de los Setenta, describió en una ocasión el proceso de adopción de decisiones que se sigue en las reuniones del Quórum de los Doce Apóstoles:

“Como Secretario Ejecutivo del Quórum de los Doce he tenido el privilegio de estar presente en algunos de los principales consejos de la Iglesia y de ser testigo del proceso de comunicación que tiene lugar al tratarse importantes asuntos eclesiásticos. Gracias a tales experiencias, he podido ver que las deliberaciones se efectúan bajo la influencia del Espíritu. Me consta que la rectitud de las personas que integran esos consejos contribuye enormemente al grado de inspiración y eficacia de tales reuniones.

Me ha parecido interesante observar a las Autoridades Generales trabajar en base a un nutrido temario, y verles tratar cada asunto con suma eficiencia. He notado que cada una de las autoridades está interesada, no tanto en expresar su propio punto de vista, sino en escuchar la opinión de los demás y en contribuir al clima que debe prevalecer en las reuniones de consejo. Son sensibles a las ideas de los demás y muy rara vez interrumpen a quien está haciendo uso de la palabra. Durante las deliberaciones, no tratan de forzar sus propias ideas sino que prefieren determinar, en base al intercambio, qué es lo mejor para el reino.

Quisiera compartir una experiencia típica de una reunión del Quórum de los Doce. Siempre trabajan en base a un temario. Cada miembro de los Doce recibe una copia del mismo la noche antes de la reunión a fin de tener la oportunidad de leer y considerar cada uno de los puntos que

serán tratados. Cuando se reúnen, generalmente intercambian expresiones de afecto y respeto. Tras una oración de apertura, en la cual se pide la presencia del Espíritu en la reunión, el Presidente de los Doce menciona uno por uno los puntos del temario. Es posible que haga algún breve comentario preliminar que considere necesario relativo a cada punto, y después presenta el asunto o pide a uno de los Doce que lo presente para ser tratado.

Las Autoridades Generales expresan libremente sus ideas y sentimientos. Son hombres de sólidas convicciones y de notable experiencia; hombres de una gran capacidad analítica. Hablan según se sientan inspirados a hacerlo. Se esfuerzan por percibir las manifestaciones del Espíritu concernientes a los asuntos que estén tratando, lo cual puede resultar en un cambio personal de parecer y de sentir a fin de estar en armonía con la totalidad del consejo. Cuando el Presidente de los Doce percibe que se llega a un consenso de opinión en un punto particular del temario, tal vez pedirá una recomendación, o quizás uno de los Doce presentará una. La recomendación resume en forma extraordinaria el sentir de todo el consejo. Entonces el presidente dice: "Tenemos ante nosotros una recomendación. ¿Es necesario dar consideración adicional al asunto?". Otra vez, cada uno de los Doce tendrá la oportunidad de expresarse. En tal caso, no repiten lo que ya se ha dicho; de hecho, son excepcionalmente breves, a fin de dar cabida a todos los puntos de vista del consejo. Después que hayan hablado todos cuantos hubieren tenido el deseo de hacerlo, es posible que la recomendación se modifique, tras lo cual uno de los Doce la presentará en forma de moción y otro la respaldará. Entonces el Presidente de los Doce pide el voto del quórum, y así los Doce toman decisiones en armonía, unidad y fe, con el juicio combinado de cada miembro y en acuerdo con el Espíritu" (Called to the Work, 111-113).

Como lo explicó el presidente Gordon B. Hinckley, es a través de las reuniones de consejo de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles, efectuadas todas las semanas en el Templo de Salt Lake, que se gobierna la Iglesia por revelación:

"Todas las preguntas importantes sobre normas, procedimientos, programas o doctrina, la Primera Presidencia y los Doce las consideran conjuntamente en forma detenida y por medio de la oración. Estos dos quórumes, el Quórum de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce, reunidos juntamente, consideran todas esas preguntas, dando a todos los presentes la más absoluta libertad de expresar su parecer.

Y ahora cito . . . las palabras del Señor: "Y toda decisión que tome cualquiera de estos quórumes se hará por la voz unánime del quórum; es decir, todos los miembros de cada uno de los quórumes tienen que llegar a un acuerdo en cuanto a sus decisiones, a fin de que éstas tengan el mismo poder o validez entre sí" (D&C 107:27).

Ninguna decisión emana de las deliberaciones de la Primera Presidencia y los Doce sin que la unanimidad entre todos aquellos a quienes concierna. Al iniciarse la consideración de asuntos, es posible que haya diferencias de opinión, lo cual es natural. Estos hombres son el producto de variados antecedentes; son hombres que piensan por sí mismos. Pero antes de alcanzar una decisión final, se logra unanimidad de criterio y de expresión . . .

Yo añado en forma de testimonio personal que durante los veinte años que he servido como miembro del Consejo de los Doce y a lo largo de los ... años que he integrado la Primera Presidencia, jamás se ha adoptado una decisión de magnitud sin que se observara este procedimiento. He sido testigo de opiniones divergentes presentadas en estas deliberaciones. Por medio de este proceso de hombres que se expresan sin inhibición, se ha logrado la purificación de ideas y conceptos. Pero nunca observé desacuerdos serios ni enemistad personal entre mis hermanos. Por el contrario, he podido ver algo hermoso y extraordinario: el esfuerzo por unificar criterios bajo la guía del Santo Espíritu y bajo el poder de la revelación, hasta alcanzar una armonía total y un absoluto acuerdo. Únicamente después de eso es que se adopta una decisión.

Testifico que se trata del espíritu de revelación puesto de manifiesto una y otra vez en la dirección de la obra del Señor” (“God Is at the Helm”, Ensign, mayo de 1994, 54, 59).

Existen otros ejemplos de quórumes y consejos que tienen jurisdicción sobre toda la Iglesia: la Presidencia de los Setenta, los Quórumes de Setenta, el Obispado Presidente y las presidencias de las organizaciones auxiliares generales (la Sociedad de Socorro, las Mujeres Jóvenes, los Hombres Jóvenes, la Escuela Dominical y la Primaria) y sus respectivas mesas directivas. Hay también una gran variedad de comités que funcionan como consejo bajo la dirección de Autoridades Generales en la administración de áreas concretas de responsabilidad. Aun cuando las asignaciones específicas y los respectivos aspectos de enfoque tal vez cambien de cuando en cuando, es absolutamente esencial aplicar el concepto de los consejos en la debida manera a fin de que resulten eficaces en el plan general del Evangelio.

Otros consejos similares operan en todo el mundo en las áreas, estacas, misiones, distritos, barrios y ramas de la Iglesia. Nos referiremos a dichos consejos con mayor detalle en capítulos posteriores; pero hay un asunto muy importante que se debe explorar antes, puesto que tiene una aplicación trascendental en muchos consejos de la Iglesia.

EL PAPEL DE LA MUJER EN LOS CONSEJOS ECLESIASTICOS.

Al considerar los numerosos consejos y comités que existen en la totalidad de la organización de la Iglesia, se advertirá que los mismos son dirigidos por el sacerdocio. Hay una buena razón para que sea de ese modo. Como lo dijo el presidente John Taylor en una ocasión, el sacerdocio es "el gobierno de Dios, tanto en la tierra como en los cielos, ya que es por ese poder, medio o principio que todas las cosas son gobernadas en la tierra y en los cielos, y es por ese poder que todas las cosas son sostenidas. Governa todas las cosas, dirige todas las cosas, sostiene todas las cosas y tiene que ver con todas las cosas relacionadas con Dios y con la verdad" (Millennial Star, 1 de noviembre de 1847, 321; citado en Taylor, Gospel Kingdom, 129).

Al mismo tiempo, deben recordar todos cuantos poseen esa autoridad que "los derechos del sacerdocio están inseparablemente unidos a los poderes del cielo, y que éstos no pueden ser gobernados ni manejados sino conforme a los principios de la rectitud" (D&C 121:36).

¿Y cuáles son esos "principios de la rectitud" mediante los cuales uno puede gobernar por lo menos usar -" los poderes del cielo"? El Señor le enseñó a José Smith que el poder o la influencia del sacerdocio se mantiene a través de rasgos de carácter tales como "persuasión . . . longanimidad, benignidad, mansedumbre y . . . amor sincero . . . bondad y . . . conocimiento puro, lo cual ennoblecerá grandemente el alma sin hipocresía y sin malicia" (D&C 121: 41-42). Al considerar los rasgos y las características por medio de los cuales Dios da poder a Su pueblo, los hallo totalmente compatibles con los delicados atributos tradicionalmente ligados a la espiritualidad, a la benignidad, a la mansedumbre, al amor y a la bondad, tan evidentes en muchas de las mujeres de la Iglesia. También sé que hay mucha persuasión, longanimidad y conocimiento puro, así como poca hipocresía y malicia, entre las hermanas que típicamente sirven en los consejos de la Iglesia a los cuales se les asigna, tanto a nivel general como local.

En un discurso dado ante Representantes Generales en 1989, el élder Marvin J. Ashton, entonces miembro del Quórum de los Doce Apóstoles, dijo:

“Reconocemos la magnitud y las virtudes del dedicado trabajo hecho por las organizaciones auxiliares, especialmente aquellas encabezadas por las hermanas: la Primaria, las Mujeres Jóvenes y la Sociedad de Socorro. A medida que tanto los quórumes como las organizaciones auxiliares se ven fortalecidos y empiezan a cumplir con sus responsabilidades en el logro de la misión de la

Iglesia, la carga tan pesada que actualmente descansa sobre los obispos, en muchos aspectos se verá aliviada . . . No somos ajenos a la gran contribución de las mujeres en la Iglesia. El trabajo de nuestras maravillosas hermanas es vital . . . Es de extrema importancia que los consejos y los comités de estaca y de barrio estén continuamente interesados en los asuntos que incumben a la familia, a la mujer, a la juventud y a los niños. Dichos asuntos deben ser un componente regular de los temarios de esas reuniones, y nuestras líderes deben tomar parte en las deliberaciones. Nuestras hermanas son compañeras en el liderazgo y su contribución permite que todos los miembros reciban los beneficios de la Iglesia, así como la atención, el desarrollo y la protección que la Iglesia ofrece. Tengan a bien no pasar por alto la gran fortaleza que proviene de nuestras hermanas” (discurso dado en el Seminario para Representantes Regionales, el 31 de marzo de 1989, 2).

Veamos ahora la siguiente declaración hecha por el presidente Gordon B. Hinckley:

“Qué enorme fuente de recursos son las mujeres de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Ustedes aman esta Iglesia, aceptan su doctrina, honran el lugar que ocupan en su organización y traen brillo, fuerza y belleza a sus congregaciones. Cuán agradecidos estamos a todas ustedes. Cuánto las amamos, respetamos y honramos . . .

Ustedes aportan una buena medida de integridad. Son poseedoras de gran fortaleza. Provistas de dignidad y tremendas aptitudes, llevan adelante los excelentes programas de la Sociedad de Socorro, de las Mujeres Jóvenes y de la Primaria. Enseñan en la Escuela Dominical. Caminamos junto a ustedes como compañeros y hermanos con respeto y amor, con honor y admiración. Fue el Señor quien determinó que el hombre poseyera el sacerdocio en Su Iglesia, y fue también Él quien les dio a ustedes la capacidad de complementar esta grande y maravillosa organización que es la Iglesia y reino de Dios. Doy testimonio ante el mundo entero del valor que ustedes tienen, de su gracia y bondad, de sus aptitudes extraordinarias y de sus magníficas contribuciones (“Women of the Church” Ensign, noviembre de 1996, 70).

Este sabio consejo del Presidente de la Iglesia transmite el espíritu en cuanto al papel de las mujeres cuando participan en consejos de estaca y de barrio. Se necesitan testimonios más firmes y cometidos más profundos, y las hermanas líderes pueden ayudar al sacerdocio a encontrar soluciones y a enseñar, fortalecer y preparar a las madres, a las jovencitas y a los niños, a fin de que tengan un amor y una dedicación más grandes hacia el Señor Jesucristo y Su Iglesia.

Por lo tanto, quisiera instar a los hermanos del sacerdocio que presiden consejos de barrio y de estaca, a que aprovechen el gran poder, la intuición y la sabiduría que las mujeres pueden aportar a dichas reuniones de consejo. Nuestras hermanas están en condiciones de ofrecer el poder de la fe mediante el cual fue "constituido el universo por la palabra de Dios" (Hebreos 11:3). Ellas ofrecen el poder de la pureza, a través del cual podemos ser "purificados así como [el Señor] es puro" (Moroni 7:48). Y ellas generalmente poseen el poder del amor, el cual el apóstol Pablo destacó como la mayor de todas las virtudes divinas (véase 1 Corintios 13:13). Es carente de visión aquel líder del sacerdocio que no aprecia el valor de pedir a las hermanas que compartan el discernimiento y la inspiración que poseen.

Cierta líder de una de las organizaciones auxiliares generales de la Iglesia me contó una muy buena experiencia que había tenido con su obispo cuando servía como presidenta de la Sociedad de Socorro de su barrio. "No hacía mucho tiempo que ocupaba mi cargo cuando fue llamado aquel nuevo obispo", me comentó. "Una de las primeras cosas que hizo después de ser ordenado y apartado fue pedirme que me reuniera con él en su oficina. Me dijo que quería que yo supiera que le resultaría imposible cumplir con su llamamiento y con sus responsabilidades para con el Señor a menos que yo le mantuviera debidamente informado. Me pidió que le hiciera saber en cuanto a las cosas que preocupaban a las hermanas del barrio y me dijo que quería que yo supiera que

cuando asistiera a la reunión del consejo de barrio, ellos prestarían mucha atención a todo cuanto yo tuviera para decirles. Esa actitud dio una perspectiva completamente diferente al respeto que sentía hacia mi llamamiento, porque supe entonces que mi aporte era necesario."

La Iglesia necesita a las hermanas. Ya sea que usted tenga ochenta o dieciocho años de edad, que sea casada o soltera, que hable inglés o español, que viva en una gran ciudad o en una aldea, que tenga hijos o no, que se haya recibido en la universidad o que tenga escasa educación, que su esposo sea inactivo o que sea presidente de estaca, ¡la necesitamos! Usted y sus talentos, su capacidad y su sentido común son de gran necesidad para la Iglesia. Tal como dijo Eliza R. Snow, la segunda Presidenta General de la Sociedad de Socorro: "No hay hermana que esté tan aislada o que carezca de tanta visión como para no poder hacer mucho en pos de la edificación del reino de Dios en la tierra" (Discurso dado en una reunión de la Sociedad de Socorro el 14 de agosto de 1873; citado en *Woman's Exponent*, 15 de septiembre de 1873, 62).

Nuestro Padre Celestial ama a todos Sus hijos por igual, perfecta e infinitamente. Su amor por Sus hijas no es diferente del que tiene por Sus hijos. Nuestro Salvador, el Señor Jesucristo, también ama al hombre y a la mujer por igual. Su expiación y Su Evangelio son para todos los hijos de Dios. Durante Su ministerio terrenal, Jesús sirvió a hombres y a mujeres de la misma manera. Sanó tanto a hombres como a mujeres, y enseñó tanto a los hombres como a las mujeres.

El Evangelio de Jesucristo santifica al hombre y a la mujer de la misma forma y por medio de idénticos principios. Por ejemplo, los principios de la fe y del arrepentimiento, la ordenanza del bautismo y el don del Espíritu Santo se aplican igualmente a todos los hijos de Dios sin importar su género. Lo mismo acontece con los convenios y las bendiciones del templo, donde tanto el hombre como la mujer deben recibir todas las ordenanzas de la salvación. La obra y la gloria de nuestro Padre es llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna de Sus hijos. Él nos ama a todos por igual y el más grande de Sus dones, el don de la vida eterna, está disponible para todos.

Aun cuando el hombre y la mujer son iguales ante Dios, en lo que se refiere a oportunidades eternas, tienen deberes distintos dentro de Su plan, y aun así, esas funciones y esos deberes diferentes son igualmente importantes. Debemos entender que Dios ve a todos Sus hijos con infinita sabiduría y perfecta equidad. Por consiguiente, Él puede reconocer y hasta promover aquellas particularidades que nos distinguen y al mismo tiempo proporcionar las mismas oportunidades de crecimiento y desarrollo.

Cuando vivimos con Él como Sus hijos e hijas en el espíritu, Él asignó diferentes responsabilidades para el hombre y para la mujer en la vida mortal. A Sus hijos les dio el sacerdocio y los deberes ligados a la paternidad, mientras que a Sus hijas les confirió las responsabilidades de la maternidad, acompañada, cada una, de sus respectivas funciones. La creación del mundo, la expiación de Jesucristo y la restauración del Evangelio en los últimos días por medio del profeta José Smith, son acontecimientos ligados por un único propósito: permitir que todos los hijos espirituales de nuestro Padre Eterno obtuvieran cuerpos mortales y entonces, mediante el don del albedrío moral, llevar a cabo el plan de redención hecho posible por la expiación del Señor. Dios preparó todo esto para nuestro provecho, a fin de que pudiéramos regresar a nuestro hogar celestial vestidos de inmortalidad y de vida eterna, para vivir junto a Él como familia.

Una familia puede vivir con Él sólo si un hombre y una mujer son sellados, el uno al otro, en matrimonio por la eternidad mediante el poder del santo Sacerdocio. Reconocemos que muchas personas en la Iglesia desean esta gran bendición pero tienen pocas esperanzas de realizarla en esta vida. Sin embargo, la promesa de la exaltación sigue siendo una meta alcanzable para cada uno de nosotros. Los profetas han explicado claramente que Dios no privará a Sus hijos e hijas de

ninguna bendición, siempre que ellos lo amen, tengan fe en Él, guarden Sus mandamientos y perseveren fielmente hasta el fin.

Gran parte de lo que el hombre y la mujer deben hacer para ser dignos de obtener la exaltación como familia se basa en responsabilidades y objetivos compartidos. Muchos de los requisitos son exactamente los mismos para el hombre y para la mujer. Por ejemplo, tanto al hombre como a la mujer se les requiere obediencia a las leyes de Dios. Los requisitos para entrar al templo son los mismos para ambos, y todos cuantos entran a ese sagrado edificio se hacen elegibles para ser revestidos de poder y encuentran allí una casa de instrucción, una casa de gloria, una casa de Dios. El hombre y la mujer deben orar de la misma manera. Los dos tienen el mismo privilegio de recibir respuesta a sus oraciones y, por consiguiente, de obtener revelación personal para su beneficio espiritual.

Tanto el hombre como la mujer deben rendir servicio a su familia y a otras personas, pero las maneras específicas en que lo hacen, a veces son diferentes. Por ejemplo, Dios reveló por medio de Sus profetas que los hombres deben recibir el sacerdocio, ser padres y, con bondad y amor puro y genuino, guiar y nutrir a sus respectivas familias en rectitud, utilizando como modelo la manera en que el Señor guía la Iglesia. Al hombre también se le ha dado la responsabilidad primordial de satisfacer las necesidades temporales y físicas de su familia. La mujer tiene la capacidad de traer hijos al mundo y ha recibido la función y la oportunidad primordiales de guiar, nutrir y enseñar a sus pequeños, dentro de un ambiente de amor, seguridad y espiritualidad. Como parte de esta sociedad divinamente confirmada, el marido y la mujer trabajan conjuntamente, aportando cada cual sus contribuciones singulares a la familia. Tal pareja ofrece a los hijos nacidos de esa unión un hogar donde crecer y desarrollarse bajo el amparo de una madre y un padre. Al delegar diferentes responsabilidades al hombre y a la mujer, nuestro Padre Celestial provee las mayores oportunidades de crecimiento, servicio y progreso.

La razón por la cual se ofrece este modelo, no está del todo clara. El Señor ha determinado revelar únicamente Su voluntad en este asunto, no Su razonamiento. Por cierto que en lo que a nosotros concierne, las razones no son importantes ya que el tema no está abierto al debate. Los consensos de opinión son irrelevantes en lo que atañe a la doctrina de Dios, ya que ésta nos es dada por revelación y no por legislación ni negociación. Para nosotros, lo único que realmente importa es decidir si vamos a aceptar o no la doctrina del sacerdocio y ajustarnos o no a sus preceptos. No es ni más ni menos que un asunto de fe.

Claro que hay veces que nuestra fe es puesta a prueba. Resulta fácil entender la razón por la cual muchas hermanas se sienten frustradas cuando forman parte de un consejo junto a líderes del sacerdocio y no se les invita a aportar nada substancial a las deliberaciones. Es mucho lo que ellas tienen para ofrecer cuando se trata de encontrar soluciones a los problemas que confrontan los líderes del sacerdocio. Tal vez el Señor pensó en un arrogante líder del sacerdocio que desecharía la sabia opinión de cualquier miembro de un consejo, cuando dio la siguiente exhortación al profeta José Smith: ". . . cuando intentamos encubrir nuestros pecados, o satisfacer nuestro orgullo, nuestra vana ambición, o ejercer mando, dominio o compulsión sobre las almas de los hijos de los hombres, en cualquier grado de injusticia, he aquí, los cielos se retiran, el Espíritu del Señor es ofendido, y cuando se aparta, se acabó el sacerdocio o autoridad de tal hombre" (D&C 121:37).

En otras palabras, quien cree gozar de un privilegio especial en virtud del sacerdocio, no entiende la naturaleza de su autoridad. El sacerdocio se ejerce por medio del servicio y no de la sujeción; por compasión y no por compulsión; por el interés y no por el control. Quienes piensan de otra manera, operan fuera de los confines de su autoridad y están totalmente equivocados.

Tras haber dejado esto en claro, estamos preparados para continuar nuestro análisis de los consejos locales de la Iglesia. Al hacerlo, nos unimos al presidente Joseph F. Smith, en su anhelo de la llegada del día "cuando todo consejo del sacerdocio en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días comprenderá su deber, asumirá su propia responsabilidad, magnificará su llamamiento y ocupará su lugar en la Iglesia, de acuerdo con toda la inteligencia y la destreza de sus miembros . . . Cuando lleguen a ser totalmente sensibles a las cosas que de ellos se requieren, cumplirán con sus deberes más fielmente, y la obra del Señor tendrá una influencia mucho más poderosa en el mundo" (en Conference Report, abril de 1906, 3).

CAPITULO 3

LOS CONSEJOS PRESIDENTES LOCALES.

En vista del acelerado crecimiento de la Iglesia y del rápido despedazamiento de la fibra moral de la sociedad mundial, resulta cada vez más imperativo facultar a los líderes de estacas, barrios y familias para que hagan lo necesario, en armonía con los principios del Evangelio, para acercar al ser humano a Cristo. Cada persona y toda circunstancia son, en cierta forma, singulares. Si bien los principios son de aplicación universal, las prácticas no lo son. Como bien lo sabe todo padre o madre que haya tratado de criar al segundo hijo exactamente igual que al primero, lo que da buenos resultados en una situación tal vez fracase en otra.

La función central del liderazgo es enseñar, primero por medio del ejemplo y segundo por el precepto. Después los líderes pasan a ser una fuente de ayuda a medida que aquellos bajo su guía asumen la responsabilidad y ejercen la iniciativa de hacer lo que fuese necesario, de acuerdo con los principios que les hayan sido enseñados, para cumplir con sus objetivos.

La más avanzada, universal y práctica de las filosofías de liderazgo que jamás haya sido concebida, está encerrada en esta sencilla declaración hecha por el profeta José Smith: "Yo les enseño principios correctos y ellos se gobiernan a sí mismos" (citado por John Taylor, en *Journal of Discourses*, 10:57-58). Las Presidencias de Área deben enseñar a las presidencias de estaca la visión general, la dirección, el propósito y los principios correctos de la Iglesia, y después deben permitir que dichas presidencias gobiernen o administren sus respectivas estacas. Se aplica un modelo similar a los obispos y sus barrios y a los padres y sus familias. "Por tanto, aprenda todo varón su deber, así como a obrar con toda diligencia en el oficio al cual fuere nombrado" (D&C 107:99).

Este proceso de facultar requiere que los líderes ejerzan gran paciencia al trazar una conducta cristiana, al crear relaciones de confianza, fijar funciones y metas claras, identificar fuentes de ayuda, y requerir responsabilidad. Generalmente, los líderes de la Iglesia enseñan principios y no prácticas. Los miembros de los inspirados consejos de estaca, de barrio y familiares aprenden a convertir principios en prácticas apropiadas por medio de los susurros del Espíritu Santo. Por ejemplo, después de enseñar el principio de la oración familiar diaria, un padre tal vez pregunte: "¿Cómo y cuándo deberíamos hacer nuestras oraciones familiares?". Quizás la familia decida hacer su oración diaria antes de que los niños vayan a la escuela por las mañanas, y es posible que esto se transforme en una práctica familiar por muchos años. Más adelante, a la familia tal vez le resultará más práctico hacer la oración familiar a la hora de la cena o antes de retirarse a dormir. Las prácticas quizás cambien, pero los principios y los propósitos fundamentales no cambian.

Al trabajar con sus consejos, los líderes deben prestar detenida atención a esta admonición del Señor: "Porque he aquí, no conviene que yo mande en todas las cosas; porque el que es compelido en todo es un siervo perezoso y no sabio; por tanto, no recibe galardón alguno. De cierto digo que los hombres deben estar anhelosamente consagrados a una causa buena, y hacer muchas cosas de su propia voluntad y efectuar mucha justicia; porque el poder está en ellos, y en esto vienen a ser sus propios agentes . . ." (D&C 58:26-28; énfasis agregado). Cuando son facultados de esa manera, los miembros de un consejo llegarán a ser asombrosamente ingeniosos y estarán dispuestos a tomar la iniciativa de hacer lo que sea necesario para lograr propósitos dignos dentro de las pautas de principios bien delineados.

Además de enseñar propósitos y principios, es importante que los líderes enseñen explícitamente lo que no se debe hacer, tal como lo hizo el Señor en varios de los Diez Mandamientos. Esto mantiene abiertos los debidos caminos hacia la creatividad del consejo para que, actuando con responsabilidad, se puedan lograr buenos resultados en vez de pensar: "Bueno, hicimos lo que se nos dijo que hiciéramos y no funcionó. ¿Qué quieren que hagamos ahora?"

EL PRINCIPIO DE LA UNANIMIDAD.

Uno de los importantes principios que gobiernan los consejos rectores en La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, es el de la unanimidad. En términos generales, los temas considerados por los consejos presidentes se deben discutir y evaluar hasta que se apruebe un curso de acción en forma unánime. En el Quórum de los Doce Apóstoles, por ejemplo, los asuntos en los que no se llega a una decisión unánime, siempre quedan pendientes hasta que por medio de la deliberación y de la oración se alcance la unanimidad. Pese a que tenemos a un presidente a quien respetamos superlativamente y a estar organizados dentro de una línea clara de autoridad, procuramos el consenso de opinión en todo lo que hacemos. Como resultado de ello, ha habido casos en los que un asunto continuó siendo considerado y ajustado por un cierto período hasta que finalmente llegamos a la unanimidad de criterio deseada. De ese modo, las deliberaciones resultan en una decisión mejor y más completa.

Por supuesto que no siempre es posible dedicar esa misma cantidad de tiempo a las decisiones que deben tomar las presidencias de estaca y los obispados. Hay asuntos que requieren una acción rápida; pero a veces, aun cuando un tema se debata y se consideren ideas detenidamente, siguen existiendo puntos de vista diferentes. En tales casos, es la responsabilidad del presidente de estaca o del Obispo adoptar una decisión final fundamentada en los sentimientos y las impresiones que haya tenido mediante las llaves del sacerdocio y el manto de autoridad que descansan sobre él. Entonces pasa a ser la responsabilidad de todos los miembros del consejo presidente apoyar y sostener la decisión de su líder como si fuera la decisión unánime del consejo.

El Presidente James E. Faust, hablando hace varios años en la sesión del sacerdocio de una conferencia general, recalcó la vital importancia de este principio:

Es preciso que haya una unidad constante entre los que poseemos [la] autoridad [del sacerdocio]. Debemos ser leales a los líderes que han sido llamados a presidir sobre nosotros y a poseer las llaves del sacerdocio. Las palabras del presidente J. Reuben Clark, hijo, todavía resuenan en nuestros oídos: "Hermanos, seamos unidos."

Él también explicó: "Un aspecto esencial de la unidad es la lealtad, la cual es una cualidad muy difícil de poseer, y requiere la habilidad de poner a un lado el egoísmo, la codicia, la ambición y todas las características mezquinas de la mente humana. No se puede ser leal a menos que se esté dispuesto a entregarse a sí mismo... Hay que dejar de lado las preferencias y los deseos personales y tener presente sólo la gran meta final" (J. Reuben Clark, hijo, Inmortalidad y vida eterna, Curso de Estudio de del Sacerdocio de Melquisedec, 1968-1969, págs. 155-63)...

En las asambleas gubernamentales de algunos países, hay grupos a los que en inglés llamamos "la oposición leal", pero esa expresión no se aplica al Evangelio de Jesucristo. El Salvador nos hizo la siguiente advertencia: "Sed uno; y si no sois uno, no sois míos" (D&C 38:27). El Señor ha puesto bien en claro que "toda decisión que tome cualquiera de estos quórums se hará por la voz unánime del quórum; es decir, todos los miembros de cada uno de los quórums tiene que llegar a un acuerdo en cuanto a sus decisiones..." (D&C 107:27). Esto significa que, después de una conversación franca, el consejo toma una decisión bajo la dirección

del oficial que preside, que es el que tiene la autoridad para tomar la decisión final. Después, todos apoyan la decisión, puesto que nuestra unidad proviene del concordar plenamente con principios correctos y de seguir la inspiración del Espíritu de Dios. ("Guardemos los convenios y honremos el sacerdocio", Liahona, enero de 1994, págs. 42, 43-44.)

Poco después de haber sido llamado yo como obispo, todos los obispos de nuestra estaca se reunieron con la presidencia de estaca en lo que entonces era el consejo de obispos de estaca. En aquellos días se nos pidió a los obispos de la unidad que colaboráramos en la preparación del presupuesto anual del programa de bienestar de la estaca, proceso en el cual habíamos estado ofreciendo nuestras recomendaciones por el espacio de varias reuniones. Llegado el momento, la presidencia presentó, para nuestro voto de sostenimiento, una propuesta de presupuesto final y me sorprendió que dos obispos votaran en contra debido a un par de puntos con los que no estaban de acuerdo.

"¿Qué tal, hermanos, si vuelven a considerar el asunto y oran al respecto?", sugirió amablemente nuestro presidente de estaca. "Volveremos a votar sobre el tema en nuestra próxima reunión".

Cuando el consejo de obispos de estaca se reunió nuevamente, volvió a presentarse el presupuesto de bienestar a votación. Una vez más, los dos obispos se expresaron en sentido contrario, y esta vez el presidente de estaca ya no fue tan amable.

"Hermanos, éste es el presupuesto de bienestar con el cual, como presidencia de estaca, nos sentimos muy satisfechos", dijo enérgica aunque cortésmente. "Hemos escuchado las recomendaciones de ustedes y hemos hecho todo lo posible por incorporar sus sugerencias. Pero ahora tomamos una decisión que consideramos ha sido validada por el Espíritu.

"Es mi humilde opinión", continuó diciendo el presidente, "que Dios está actuando por medio de nosotros o que hemos caído como líderes. O sea que el asunto es muy sencillo: nos apoyan a nosotros y al presupuesto, o le escriben una carta a la Primera Presidencia pidiendo que nos releven. Muy bien, entonces, todos cuantos estén a favor del presupuesto de bienestar que hemos propuesto para la estaca, sírvanse manifestarlo de la manera usual".

Esa vez, todos los obispos del consejo levantamos la mano en señal de aprobación. A los pocos meses, cada uno de nosotros percibió la sabiduría y la inspiración que habían respaldado la recomendación de la presidencia de nuestra estaca.

El mismo principio se aplica a los consejos menores, o sea, los obispados y las presidencias de organizaciones auxiliares de estaca y de barrio. Siempre se debe buscar la unanimidad a través de intercambios de opinión francos y abiertos. Cuando se presenta una diferencia de criterio y no se requiere una decisión inmediata, algunas veces es atinado permitir que transcurra cierto tiempo a fin de que los miembros del consejo tengan la oportunidad de pensar sobre su decisión y tal vez arribar a la unanimidad en forma natural. Pero cuando llega el momento de adoptar una decisión y hay posiciones divergentes, el líder del consejo tiene que confiar en el Espíritu y tomar la decisión que él o ella considere mejor. En ese momento es particularmente importante que todos los miembros del consejo apoyen y sostengan la decisión del líder- aun cuando se trate de una decisión con la que no estén personalmente de acuerdo- y que tengan fe en el espíritu de revelación que descansa sobre la persona en autoridad. Si no podemos hallar unanimidad en la decisión en sí, al menos podemos hallarla en el apoyo dado a nuestro líder y en nuestro deseo de ver que la obra del Señor avance de una manera positiva y dentro del mejor espíritu de cooperación. A pesar de que tenemos diferentes puntos de vista y opiniones, cuando salimos de una reunión de consejo somos uno, y apoyamos la decisión final de ese consejo como si fuera nuestra propia decisión individual.

"Sed de un mismo sentir," exhortó el apóstol Pablo a los primeros líderes cristianos en Corinto (2 Corintios 13:11). Y a los santos en Filipos él escribió: "Solamente que os comportéis como es digno del evangelio de Cristo, para que . . . [estéis] firmes en un mismo espíritu, combatiendo unánimes por la fe del evangelio" (Filipenses 1:27). Por medio del profeta José Smith, el Señor aconsejó a sus seguidores de los últimos días: "Sed uno; y si no sois uno, no sois míos" (DEC 38:27). Esta exhortación divina es profundamente importante en todo consejo de la Iglesia, especialmente en las estacas y los barrios. Si somos uno en propósito, espíritu, principio y fe, entonces no tiene mayor importancia si no siempre somos de una misma opinión. Las opiniones cambian y se pueden ver fácilmente alteradas por el paso del tiempo, la experiencia y las circunstancias. Pero los principios, los propósitos, la espiritualidad y la fe, son valores perseverantes que nos unirán por encima de los desacuerdos o las disputas.

LA CONFIDENCIALIDAD EN LOS CONSEJOS.

Otro importante principio rector de los consejos presidentes de la Iglesia es el de la confidencialidad. Resultaría muy difícil recalcar demasiado la importancia de mantener los asuntos tratados en los consejos dentro de la más absoluta reserva. El profeta José Smith dijo en una ocasión: "La razón por la que no se nos revelan los secretos del Señor, es porque no los guardamos sino que los divulgamos; ni siquiera guardamos nuestros propios secretos sino que ventilamos nuestros problemas ante el mundo; aun ante nuestros enemigos. ¿Cómo podríamos, entonces, guardar los secretos del Señor? Yo puedo guardar un secreto hasta el día del juicio final" (History of the Church, 4:479).

Un obispo aprendió por experiencia propia cuán destructivo puede ser que los miembros de un consejo no sean cuidadosos en salvaguardar las cosas que se tratan en las reuniones. Uno de tales miembros inadvertidamente dejó una copia del temario de la reunión del consejo en un banco de la capilla. La hoja, en la cual había hecho algunas anotaciones tocantes a una familia de cuyos problemas el consejo había estado hablando, fue encontrada por un miembro adolescente de dicha familia.

No cuesta mucho imaginar el efecto que esa acción descuidada tuvo sobre la familia en cuestión. Al enterarse de que habían sido tema de conversación entre los líderes del barrio se sintieron sumamente mortificados. A pesar de que el obispo y los demás miembros del consejo solamente estaban interesados en ayudarles, el daño causado por la falta de cuidado hizo que resultara muy difícil volver a ganarse la confianza de la familia.

Todo miembro de un consejo tiene la obligación de proteger el carácter confidencial de todos los asuntos que trata y analiza. A menudo a las presidencias y obispados se les confían asuntos de naturaleza muy reservada, y comprometen su posición de liderazgo cuando comparten irresponsablemente tal información. Un presidente de estaca fijó la norma de que los miembros del sumo consejo no debían discutir los asuntos tratados por el consejo fuera de las reuniones, ni siquiera entre ellos. Jamás existe razón alguna para que los miembros de un consejo compartan con otra persona (ni siquiera con su cónyuge) detalles de los temas tratados, particularmente aquellos relacionados con necesidades individuales o diferencias de opinión. Si nuestro objetivo es ser una bendición en la vida de la gente y no herir a nadie, debemos simplemente mantener en reserva las cosas confidenciales.

EL VALOR DE ESCUCCHAR ATENTAMENTE.

Los presidentes y los obispos que emplean los consejos de la Iglesia de la manera más eficaz son aquellos que dedican la mayor parte del tiempo de las reuniones a escuchar. Si usted es el oficial presidente, lo anterior no quiere decir que deba permanecer sentado sin pronunciar una palabra. Lo que significa es que tiene que escuchar atentamente lo que sus consejeros y los demás miembros del consejo dicen y sienten, y que debe hacer preguntas pertinentes y penetrantes cuando no entienda la posición de ellos. Aun cuando es cierto que la decisión y la orientación final descansa sobre la persona que ha sido llamada para presidir, no tiene objeto contar con miembros de un consejo con características, experiencias y aptitudes particulares, si no va a prestar atención a lo que tienen para decir. Haga saber a los miembros del consejo que usted valora sus sugerencias y que realmente desea que expresen sus respectivas opiniones. Puesto que el oficial presidente es quien marca la pauta en cada reunión, está en usted asegurarse de que quienes sirven bajo su dirección sientan que su participación es bien recibida. Por lo general, resulta provechoso escuchar otras opiniones antes de dar la suya. Demasiado a menudo, cuando un líder expresa su opinión primero, la discusión concluye prematuramente. "No tomen todos la palabra al mismo tiempo", dijo el Señor, "sino hable uno a la vez y escuchen todos lo que él dijere, para que cuando todos hayan hablado, todos sean edificados de todos y cada hombre tenga igual privilegio" (D&C 88:122).

Al mismo tiempo, aquel que es llamado a integrar un consejo de la Iglesia debe recordar que su participación constituye un privilegio. Con dicho privilegio viene aparejada la responsabilidad de desempeñarse dentro de los confines de la organización, de estar preparado, de compartir, de defender vigorosamente la posición que él o ella considere correcta. Pero igualmente importante es la responsabilidad de apoyar y sostener la decisión final del líder del consejo.

Lo que es más, cada uno de los miembros de un consejo tiene el deber de estar espiritualmente a tono al participar en las reuniones del mismo a fin de hacer una contribución positiva a los asuntos que se están tratando. Por ejemplo, el Profeta José Smith enseñó que "antes de hacer una objeción a cualquier asunto presentado para la consideración del consejo, una persona debe asegurarse de estar en condiciones de esclarecer el tema en vez de complicarlo, y de que su objeción esté fundamentada en la rectitud, lo cual se puede lograr al determinarse a estudiar la voluntad del Señor, cuyo Espíritu siempre pone de manifiesto y demuestra la verdad a todos cuantos lo posean" (History of the Church, 2:370). Al hacer esto, nuestros consejos serán conducidos dentro de un espíritu de amor y compasión y se ajustarán al ejemplo del Señor, quien "aconseja con sabiduría, con justicia y con gran misericordia" (Jacob 4:10).

Al escuchar a los miembros del consejo, los presidentes y los obispos pueden compartir con otros líderes las responsabilidades que descansan sobre ellos. Ya hemos hecho referencia al consejo que un suegro bueno y justo en Israel, llamado Jetro, dio a su yerno Moisés. Jetro observó cuando se sentó Moisés a juzgar al pueblo; y el pueblo estuvo delante de Moisés desde la mañana hasta la tarde.

Viendo el suegro de Moisés todo lo que él hacía con el pueblo, dijo: ¿Qué es esto que tú haces con el pueblo? ¿Por qué te sientas tú solo, y todo el pueblo está delante de ti desde la mañana hasta la tarde? Y Moisés respondió a su suegro: Porque el pueblo viene a mí para consultar a Dios.

Cuando tiene asuntos, vienen a mí; y yo juzgo entre el uno y el otro, y declaro las ordenanzas de Dios y sus leyes.

Entonces el suegro de Moisés le dijo: No está bien lo que haces. Desfallecerás del todo, tú, y también este pueblo que está contigo; porque el trabajo es demasiado pesado para ti; no podrás hacerlo tú solo.

Oye ahora mi voz; yo te aconsejaré, y Dios estará contigo. Estás tú por el pueblo delante de Dios, y somete tú los asuntos a Dios.

Y enseña a ellos las ordenanzas y las leyes, y muéstrales el camino por donde deben andar, y lo que han de hacer.

Además escoge tú de entre todo el pueblo varones de virtud, temerosos de Dios, varones de verdad, que aborrezcan la avaricia; y ponlos sobre el pueblo por jefes de millares, de centenas, de cincuenta y de diez.

Ellos juzgarán al pueblo en todo tiempo; y todo asunto grave lo traerán a ti, y ellos juzgarán todo asunto pequeño. Así aliviarás la carga sobre ti, y la llevarán ellos contigo.

Si esto hicieres, y Dios te lo mandare, tú podrás sostenerte, y también todo este pueblo irá en paz a su lugar. (Éxodo 18:13-23)

No solamente ésta es una gran lección para todos nosotros en cuanto a la importancia de la delegación de la autoridad del sacerdocio, sino que también nos muestra la necesidad de que los presidentes y los obispos permitan a sus consejeros, a los líderes de las organizaciones auxiliares y a otros colaboradores "llevar la carga con ellos." Tengan presente, presidentes y obispos, que los llamamientos de quienes trabajan junto a ustedes son tan divinamente inspirados como el de ustedes, y que tienen, por consiguiente, el derecho de recibir inspiración en sus responsabilidades específicas. Respáldense en ellos, aprendan de ellos, ámenles y escúchenles.

EL LIDERAZGO DE LOS CONSEJOS.

Ahora quisiera también ofrecer esta sugerencia a presidentes y obispos: Nunca olviden que, como líderes de los consejos, ustedes son principalmente responsables de todas las decisiones que se tomen. Es posible que esto parezca contradecir lo que hemos dicho en cuanto a la importancia de escuchar el parecer de los demás miembros del consejo, pero no hay ninguna contradicción. Más bien es una extensión natural del proceso de liderazgo de los consejos de la Iglesia. El modelo ideal es directo y sencillo: llamar a buenas personas a servir junto a ustedes, prestar atención a su consejo y después escuchar los susurros del Espíritu Santo para tomar buenas decisiones. El éxito de un consejo no requiere que se tomen decisiones como grupo, sino que el líder del consejo saque provecho de la capacidad, la experiencia y la inspiración de los miembros al adoptar buenas decisiones bajo la influencia del Espíritu. Aun cuando buscamos unanimidad, la decisión final descansa siempre sobre el líder del consejo.

Un obispo me contó que en una ocasión, poco después de haber sido llamado a ese oficio, se necesitaba una nueva presidenta en la organización de las Mujeres Jóvenes del barrio. "Tenía una idea bien clara de quién debía ser la nueva presidenta", comentó el obispo, "pero cuando hablé con mis consejeros en cuanto al llamamiento, ellos propusieron otro nombre y lo respaldaron con un buen argumento.

"Yo era un nuevo obispo y sentía un profundo respeto por los dos buenos hombres que servían como consejeros", continuó diciendo. "Creo que tenía más confianza en ellos que en mi propia capacidad espiritual, ya que decidí hacer a un lado lo que sentía personalmente y aceptar la recomendación de ellos como la determinación del consejo".

Como no le fue posible al obispo extender el llamamiento antes de salir de la ciudad en un viaje de negocios, le pidió a su primer consejero que hablara con la hermana a la que habían decidido llamar. Cuando se comunicó con su consejero un par de días más tarde para preguntarle cómo marchaba todo, éste le dijo que había tenido un problema. La hermana, una mujer fiel y dedicada, sintiéndose incómoda con el llamamiento, había pedido que se le diera uno o dos días para pensar sobre el asunto.

"Hay algo que no termina de convencerme", le explicó ella al consejero después de haber orado acerca del asunto. "Nunca rechacé ningún llamamiento en mi vida y tampoco diré que no a éste. Pero me sentiría mejor si le preguntara al obispo si está realmente seguro de que esto es lo que el Señor quiere para las jóvenes del barrio. Si es así, entonces comprenderé que el problema soy yo y con gusto aceptaré la asignación".

"Por supuesto que tiene que sentirse incómoda", respondió el obispo cuando su consejo le explicó la situación. "No es esto lo que el Señor quiere. Él me hizo saber quién debía ser llamada como presidenta de las Mujeres Jóvenes, y yo no le hice caso".

El obispo dio instrucciones a su consejero de que le explicara a esa buena hermana que no había nada de malo en su percepción espiritual. También le dijo que después procediera a extender el llamamiento a la hermana en la que el obispo había pensado en primera instancia.

La respuesta de la hermana fue confirmatoria: "Desde hace dos semanas que he tenido la impresión de que sería llamada a este cargo".

"La experiencia no me enseñó a pasar por alto a mis consejeros", dijo el obispo. "El parecer de ellos fue importante, ya que la hermana a quien ellos habían sugerido fue llamada a servir como asesora en el programa de las Mujeres Jóvenes, cargo en el que hizo un trabajo excelente. Pero aprendí que de todas las voces que debía escuchar como obispo, la más importante era la voz del Espíritu que trataba de guiar mis pensamientos, mis palabras y mis hechos."

Es importante que todo miembro de un consejo entienda la función tan importante y singular del líder del consejo y que aprenda a no sentirse ofendido cuando la decisión tomada no sea la misma que él habría sugerido. La adopción de decisiones no es la responsabilidad primaria de un consejero. Los consejeros son llamados precisamente para eso, para aconsejar, así como para ayudar, fortalecer y apoyar. Su función es participar, activa y sinceramente, en el proceso de tomar decisiones, así como apoyar y sostener todas las determinaciones del consejo y de ponerlas en práctica por medio de sus respectivas organizaciones.

EL USO DE LOS CONSEJOS PARA LOGRAR LA MISIÓN DE LA IGLESIA.

Claro está que el principio rector fundamental de todo consejo eclesiástico es lograr la misión de la Iglesia. Todo lo analizado, todos los planes hechos, toda actividad coordinada debe tener como objetivo central traer almas a Cristo por medio de la proclamación del Evangelio, del perfeccionamiento de los santos o de la redención de los muertos; o una combinación de las tres. Si un punto del temario no se puede ligar lógicamente y naturalmente a una de estas tres extraordinarias metas eternas, sin tener que transformarlo totalmente para que pueda encajar, entonces es posible que no tenga cabida en ese temario.

De cuando en cuando, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce pondrán especial énfasis en los principios fundamentales del Evangelio para ayudar a los líderes a lograr la misión de la Iglesia. Todos los consejos de la Iglesia tienen que estar al corriente de todos los nuevos puntos de énfasis de la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce y estar preparados para

apoyarlos. Tengo la impresión de que muchos líderes y miembros de consejos se sorprenderán al descubrir cuánto más productivo resultará su trabajo cuando lo vean desde el punto de vista de salvar almas por medio de la misión de la Iglesia.

Un joven obispo a quien conozco aprendió este importante concepto de un buen presidente de estaca. "Había servido como obispo más o menos por un año", me dijo. "Tenía excelentes consejeros con quienes estábamos trabajando con mucho empeño y dedicando bastante tiempo y energía a nuestros respectivos llamamientos. Efectuábamos excelentes actividades y nuestras reuniones estaban siempre bien planeadas y puestas en práctica. Estábamos haciendo todo cuanto pensábamos que teníamos que hacer, pero no parecíamos estar logrando nada de mayor significado en la vida de los miembros del barrio. Estábamos tan embebidos en nuestros deberes que nunca nos quedaba tiempo para atender las cosas que eran realmente importantes. Muy pocas vidas de miembros menos activos estaban siendo influenciadas, ningún candidato a élder estaba siendo ordenado al Sacerdocio de Melquisedec, nuestros jóvenes no estaban saliendo como misioneros y hasta habíamos perdido la cuenta de cuándo bautizamos al último converso en nuestro barrio".

¿Suena familiar? Muchos de nosotros hemos tenido esa misma experiencia. Los llamamientos de la Iglesia requieren mucho tiempo, particularmente si estamos sirviendo en una presidencia o en un obispado. Hay tanto para hacer y tantos detalles que coordinar. Hay veces que nos concentramos tanto en el esfuerzo de traer personas al centro de reuniones que nos olvidamos de traerlas a Cristo. Demasiado a menudo, esa falta de enfoque se refleja en nuestras reuniones de consejo. En el transcurso de esas reuniones dedicamos todo el tiempo a coordinar eventos y correlacionar programas. En vez de encargarnos de los asuntos del Señor- los cuales casi siempre tienen que ver con influir en la vida de personas y de familias- nos enmarañamos con asuntos administrativos. Se presentan informes, se hacen asignaciones y la reunión es considerada un éxito, aun cuando no haya habido una discusión seria de cómo emplear los recursos de la organización en la proclamación del Evangelio, el perfeccionamiento de los santos y la redención de los muertos, todo lo cual requiere llegar al corazón de la gente.

No debe llamarnos la atención, entonces, que muchos presidentes y obispos se sientan tan abrumados y decepcionados como se sentía mi joven amigo. Si su llamamiento se ha transformado simplemente en una larga lista de cosas que se deben hacer- actividades que planear, lecciones que se deben preparar, asignaciones que se deben llevar a cabo, reuniones que se tienen que realizar- puede resultar realmente desalentador. Es únicamente cuando trasponemos los detalles administrativos de nuestros llamamientos y concentramos nuestra atención en los principios de ministrar a los hijos de Dios y de ofrecerles las bendiciones del Evangelio, que los oficios de la Iglesia alcanzan su verdadera magnitud y nosotros experimentamos la dicha y la satisfacción plenas que se obtienen al servir en el reino.

Por ejemplo, una reunión sacramental cuidadosamente planeada debe ser un banquete espiritual en el cual adoramos y aprendemos acerca de nuestro Padre Celestial y de Su Amado Hijo, nuestro Señor y Salvador, Jesucristo. Una vez por semana, nuestros miembros deberían sentir el poder del Espíritu. La reunión sacramental debe ofrecer tal oportunidad. Los obispos que están demasiado absorbidos por los detalles frecuentemente dedican más tiempo a asuntos insignificantes y menos a asegurarse de que las reuniones sacramentales sean en verdad un banquete de alimento espiritual. En tales ocasiones sería oportuno pedir sugerencias a los consejeros y a los miembros del consejo de barrio sobre maneras de hacer que cada reunión sacramental resulte ser una experiencia espiritual donde haya más reverencia. También debe permitirse que los consejos ayuden en la tarea de enseñar a los miembros que la capilla es un lugar especial en nuestros edificios, al cual vamos con un espíritu de respeto hacia Dios y

manifestamos nuestra reverencia hacia Su Santo Hijo. No me cabe duda de que si se lo pide el obispo, los presidentes de las organizaciones auxiliares enseñarán en sus reuniones la necesidad de incrementar el grado de reverencia en las reuniones sacramentales. Las hermanas pueden enseñarse mutuamente y enseñar a sus familias que la capilla es un lugar especial, el único lugar donde podemos adorar y honrar a nuestro Señor Jesucristo al participar de la Santa Cena y al renovar nuestros convenios con Él. Todos los líderes pueden contribuir para que los susurros apacibles del Espíritu Santo se puedan percibir en nuestros servicios de adoración, colmando de luz y alimento espirituales. Al prestar atención a esos asuntos que derivan directamente de nuestros esfuerzos por lograr la misión de la Iglesia, los consejos presidentes cambian su visión de administrar por la de ministrar, y los miembros del consejo sienten la dicha que proviene de hacer un aporte positivo a la vida de la gente.

Afortunadamente, el bien intencionado pero abrumado obispo al que nos referimos antes, tenía un presidente de estaca muy perspicaz que entendía ese principio.

"¿Tiene una copia del temario de una de sus reuniones de obispado?", le preguntó el presidente durante una de sus entrevistas personales del sacerdocio. Cuando vio el temario, el presidente lo estudió por un momento y lo puso sobre su escritorio. "¿Cuándo se refieren a las necesidades espirituales de los miembros?", preguntó.

Sorprendido por la pregunta, mi amigo respondió: "Bueno, hablamos de eso en todo momento".

El presidente de la estaca volvió a mirar el temario. "No veo ese asunto aquí para nada", observó.

"Tal vez no esté incluido como uno de los puntos del temario, pero hablamos de eso", comentó el obispo.

"Déme un ejemplo", pidió el presidente.

Entonces fue mi amigo quien estudió el temario por un momento. "Aquí está", dijo finalmente, señalando un punto de la agenda titulado Nuevos llamamientos. "Nos referimos a la necesidad de llamar a nuevos maestros en la Primaria y en la Sociedad de Socorro". El obispo hizo una pausa denotando cierta incomodidad y después añadió: "Recuerdo que hablamos de cuán importante es llamar a buenos maestros".

"Eso está muy bien", dijo el presidente. "Pero todavía tengo la curiosidad de saber por qué razón ustedes no tratan específicamente lo tocante a las necesidades espirituales de sus miembros. Recuerde, obispo, que proclamar el Evangelio, perfeccionar a los santos y redimir a los muertos son pautas que nos ayudan a aumentar la espiritualidad de nuestra gente y, por consiguiente, a fortalecer la Iglesia".

"Lo sé, presidente", dijo el obispo. "Y nos referimos a esas cosas, sólo que no las hacemos constar como puntos del temario".

"Ya veo", comentó el presidente, "y sigo preguntándome por qué no. Lo que hay en este temario son unas cuantas tareas de mantenimiento: nuevos llamamientos, anuncios de estaca, listas de entrevistas, informes de actividades y preparación de calendarios. Con todo lo que tienen para tratar, cualquier alusión a la forma de satisfacer necesidades espirituales sería puramente incidental o se dejaría para lo último, cuando ya no queda tiempo para tratar esos asuntos con la dedicación que merecen".

El obispo observó nuevamente su temario y advirtió el último punto de consideración Activación y recordó cuán a menudo no habían tenido tiempo para referirse a él. "Creo que

comprendo lo que me quiere decir, presidente", dijo. "Pero no estoy completamente seguro de lo que debemos hacer. O sea, esos temas de mantenimiento se tienen que considerar".

"Por cierto que sí", contestó el presidente. "Pero no deben ser los temas a los que se les dé mayor atención en la reunión de obispado". Hizo una breve pausa y tomó un formulario de uno de los cajones de su escritorio. "Mire", agregó, "éste es el temario de nuestra última reunión de presidencia de estaca". El obispo vio que después de la primera oración y el pensamiento espiritual, la lectura de las minutas y los informes de asignaciones, el temario de la reunión estaba dividido en tres secciones: Proclamar el Evangelio, perfeccionar a los santos y redimir a los muertos, con puntos específicos para tratar bajo cada encabezamiento. Tras un repaso más detenido, advirtió que había unos cuantos nombres de personas en el temario y muy pocos asuntos administrativos.

"¿Cómo les es posible hacer esto?" preguntó. "La estaca parece marchar eficientemente. ¿Cómo hacen que todo siga su curso sin dedicar suficiente tiempo a los detalles y planes?"

"Por cierto que dedicamos tiempo a esas cosas", respondió el presidente. "Pero lo hacemos rápidamente en el momento de dar informes al principio de la reunión y atendemos los aspectos de mantenimiento fuera de la reunión de la presidencia. Nuestro objetivo es dedicar el mayor tiempo posible en nuestras reuniones a las cosas que más importancia tienen. Y lo que importa más, casi siempre, se refiere a la gente: sus necesidades, sus intereses, su fe y cómo todo eso está relacionado con la fortaleza espiritual de la Iglesia".

Mi joven amigo captó la esencia del sabio consejo de su presidente de estaca y empezó a reestructurar el temario de sus reuniones de obispado de acuerdo con las necesidades espirituales y personales de los miembros del barrio. "Al principio", comentó más adelante, "nos resultaba un poco extraño dedicar tanto tiempo a hablar de las necesidades de la gente y de otros temas profundos, y no estábamos tan organizados como solíamos estar antes. Pero ahora, ya hemos aprendido a dirigir los asuntos del barrio sin pasar todo el tiempo en nuestras reuniones de obispado hablando de ellos. Y notamos que estamos mucho más íntimamente envueltos en la vida de los miembros y más capacitados para ayudarles a elevarse espiritualmente mediante la aplicación de los principios fundamentales del Evangelio".

Lo que él aprendió a través de esa experiencia se aplica a todo obispado, a toda presidencia y a todo consejo de la Iglesia. El mantener ese enfoque fundamental en las reuniones y en la atención de las necesidades de la gente, es una de las cosas más importantes que un presidente o un obispo puede hacer. La persona que presida un consejo es quien marca el paso que los demás deben seguir dentro de la organización. Una reunión de presidencia o de obispado es el lugar ideal para fijar un punto de enfoque claro hacia aquello que más importancia debería tener en todos los consejos de la Iglesia: traer almas a Cristo y afirmarlas con un testimonio espiritual sólido.

Todo consejo tiene que escoger entre las cosas que realmente importan y las que no. Es la responsabilidad de los consejeros y otros miembros del consejo ayudar al presidente, al obispo o al líder de la organización auxiliar a concentrarse en lo más relevante de todo: el progreso espiritual de cada persona que viva dentro de los límites de esa unidad de la Iglesia. Si dedicamos todo nuestro tiempo a hablar sobre trivialidades, entonces nuestro trabajo será trivial. Pero ésta es la obra de Dios, y de trivial no tiene absolutamente nada. Si concentramos nuestros esfuerzos y mantenemos claros nuestros objetivos, podemos dar buen uso a nuestros consejos a fin de que se cumpla con la misión de la Iglesia en nuestras estacas, nuestros barrios, quórumes y organizaciones auxiliares.

EL ÉNFASIS EN LA CAPACITACIÓN DE LOS MIEMBROS.

Con el objeto de ayudar a los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares a concentrar sus esfuerzos en el logro de la misión de la Iglesia, la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles emitieron un documento titulado "Puntos que los líderes deben poner de relieve al capacitar a los miembros," el cual contiene las siguientes pautas:

La familia: Enseñen la importancia suprema que tienen el hogar y la familia como la unidad de organización básica de la Iglesia. Insten a todos los miembros de la familia, a padres e hijos, a estudiar las Escrituras, a orar con regularidad y a seguir el ejemplo de nuestro Salvador en todas las cosas.

Los adultos: Insten a todos los adultos a ser dignos de recibir las ordenanzas del templo. Enséñenles a buscar los nombres y los datos de sus antepasados y a efectuar por ellos las sagradas ordenanzas del templo.

Los jóvenes: Ayuden a todos y a cada uno de los hombres jóvenes a prepararse para recibir el Sacerdocio de Melquisedec, así como para recibir las ordenanzas del templo y ser dignos de cumplir una misión regular. Ayuden a todas las mujeres jóvenes a prepararse para ser dignas de hacer y guardar convenios sagrados y recibir las ordenanzas del templo.

Todos los miembros: Los líderes, los miembros y los misioneros regulares y de estaca deben trabajar en colaboración en el esfuerzo mancomunado por convertir, retener y activar en la Iglesia a los hijos de nuestro Padre Celestial. Enseñen a los miembros a proporcionarse lo necesario para mantenerse tanto ellos mismos como a sus familiares y a los pobres y los necesitados según la manera del Señor.

Éstas son las cosas que importan. Éstas son las cosas que marcarán una diferencia positiva en la vida de la gente. Y éstas son las cosas que deben constituir el objetivo primordial de todo consejo presidente en la Iglesia al unirnos al Señor en Su obra y Su gloria de "Llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre" (Moisés 1:39).

CAPITULO 4

LOS CONSEJOS DE ESTACA Y DE DISTRITO.

Un amigo, a quien llamaré Brent, estaba un poco descorazonado con su nuevo llamamiento en la Iglesia. Durante la mayor parte del año anterior había tenido, según él, "el mejor de todos los llamamientos": maestro del curso de la Escuela Dominical para el grupo de inquisitivos, entusiastas y bien disciplinados jóvenes de dieciséis y diecisiete años de edad. Habían vivido experiencias maravillosas juntos, plenas de extraordinarios principios del Evangelio, muchas risas y alguna que otra lágrima. El grupo se había unido de una manera muy significativa y cuando el presidente de la Escuela Dominical le informó a Brent que no querían interrumpir el ímpetu espiritual que existía en su clase y que deseaban que siguiera enseñándola por un año más, él quedó encantado.

Ésa fue la razón por la cual le preocupó que el nuevo obispo del barrio les llamara a él y a su esposa para una entrevista. Siendo que su esposa ya estaba sirviendo como presidenta de la Sociedad de Socorro, sacaron en conclusión que no se trataba de un nuevo llamamiento para ella. Así fue que Brent no se sorprendió demasiado cuando el obispo le llamó a servir como presidente de los Hombres Jóvenes.

"Al principio me sentí un poco desilusionado", admitió Brent. "No quería dejar a mi clase, pero considerando que el presidente de los Hombres Jóvenes es también el asesor del quórum de presbíteros, podría seguir en contacto con los varones que iban a la clase de la Escuela Dominical y también tendría la oportunidad de trabajar con las jovencitas en la Mutual, así que no me llevó mucho tiempo acostumbrarme a la idea. De hecho, había ganado mucho entusiasmo para el momento en que, a la semana siguiente, tuvimos nuestra conferencia de estaca".

En esa ocasión la estaca a la que pertenecía Brent fue dividida, lo cual requirió la reorganización de muchas cosas. Para cuando había terminado la conferencia, Brent ya no tenía el llamamiento de apenas una semana como presidente de los Hombres Jóvenes de su barrio, sino que ahora era miembro del nuevo sumo consejo de la estaca. Y ahí fue donde se produjo su desilusión.

"No es el cambio tan repentino lo que me desagrada; comprendo que siempre suceden cosas así en una iglesia de rápido crecimiento y tan dinámica", comentó Brent. "Me siento de este modo porque . . . ¡es una asignación de estaca!".

Entendí lo que trataba de decirme. Ya habíamos hablado del asunto en una ocasión anterior cuando sirvió como miembro de otro sumo consejo. Cuando lo conocí, Brent era obispo y estaba encantado con la oportunidad de servir a nivel de barrio, ya que podía estar cerca de la gente y eso le permitía influir positivamente en la vida de cada persona.

"Uno puede realmente ayudar a las personas en una asignación de barrio; puede marcar una gran diferencia", dijo. "Las asignaciones de estaca son nada más que . . . bueno, administrativas. Son puros papeleos, detalles, una reunión tras otra, pero en realidad, como hacer, no se hace nada. Para decir la verdad, ¿cuándo fue la última vez que oyó a alguien decir que el discurso de un miembro del sumo consejo le cambió la vida?" Muchas personas que han servido en asignaciones de estaca tal vez comprendan exactamente cómo se sentía mi amigo Brent. El resultado del servicio eficaz suele percibirse en forma más inmediata, más clara y más personal en los llamamientos de barrio que en los de estaca. En los llamamientos de barrio, ministramos a la

gente; en los de estaca, enseñamos y ministramos a aquellos que ministran. Pero ese ministerio puede resultar igualmente importante y, con el tiempo, igualmente profundo, si es que tomamos en serio nuestro llamamiento de estaca y le damos la misma determinación e idéntica dedicación que daríamos a un llamamiento en el barrio. La líder de las Mujeres Jóvenes de estaca que es capaz de ayudar a su colega de barrio a comprender el programa y a ser más eficiente en su servicio, que puede darle una visión clara de la magnitud de su llamamiento, en realidad será una bendición tanto para las jovencitas como para la líder de barrio, sólo que lo hará en forma indirecta. El ayudar a un maestro o a un asesor a llegar más y mejor a los jóvenes de su barrio constituye un gran servicio. Del mismo modo, el miembro del sumo consejo que dedica su tiempo a ofrecer excelente instrucción en las reuniones de capacitación de estaca, rendirá un valioso servicio a aquella persona cuya vida se vea favorecida como resultado de tal capacitación. A pesar de que a veces es más difícil ver los resultados a largo plazo de nuestra labor en una asignación de estaca, el servicio puede proporcionar idéntica satisfacción y gozo a aquellos que entienden y ven la necesidad de ministrar a quienes ministran.

Los objetivos de los consejos de estaca son un tanto diferentes de los de sus equivalentes a nivel de barrio (en aquellos casos en donde existe tal equivalencia), pero los principios que debieran gobernar a tales consejos son idénticos. Es igualmente importante concentrarse en los fundamentos del Evangelio así como en la gente (más que en los programas) en los consejos de estaca como lo es en los de barrio, y también tiene la misma importancia que quienes participan en los consejos de estaca estén capacitados para hacerlo con un espíritu de intercambio franco y sin restricciones. Los principios que rigen la función de los consejos son verdaderos, ya sea que hablemos de consejos de estaca o de barrio, y cuando se cumple eficazmente con esa función los resultados pueden ser igualmente significativos en la vida de toda persona y de las familias.

Si bien es cierto que se pueden formar varios consejos y comités especiales de estaca, para el fin de lo que estamos tratando aquí centraremos nuestra atención en los tres consejos principales dentro del contexto de la estaca.

El comité ejecutivo del sacerdocio de estaca está formado por la presidencia de estaca y el sumo consejo. La reunión de dicho comité, a menudo conocida como "reunión del sumo consejo," se efectúa, por lo menos, dos veces al mes (dentro de lo posible) para tratar asuntos relativos al sacerdocio y a las organizaciones auxiliares de la estaca. El presidente de estaca preside y dirige; el secretario ejecutivo y el secretario titular también asisten a esa reunión. El comité del Sacerdocio de Melquisedec y el comité del Sacerdocio Aarónico de estaca son subcomités del comité ejecutivo del sacerdocio de la estaca.

El comité de bienestar de estaca se forma al agregar al comité anterior la presidencia de la Sociedad de Socorro de la estaca y el presidente del consejo de bienestar de obispos de la estaca. Este comité se reúne, por lo menos, cada tres meses para coordinar los servicios y las actividades de bienestar de estaca.

El consejo de estaca incluye a los miembros del comité ejecutivo del sacerdocio de la estaca, al presidente de la misión de la estaca y a los presidentes de las organizaciones auxiliares de estaca. El presidente de estaca también puede invitar a asistir a otras personas según sea necesario. Aun cuando muchas estacas siguen refiriéndose a este cuerpo como el "consejo de correlación de estaca," es correcto llamarle consejo de estaca, puesto que su alcance y visión debe extenderse mucho más allá de la simple correlación y coordinación de actividades. Pese a que la planificación y la coordinación son funciones esenciales de los miembros del consejo de estaca, este grupo también tiene que encargarse de otros asuntos, necesidades e intereses que conciernan a quienes vivan dentro de los límites de la estaca.

CÓMO BENDECIR LA VIDA DE LOS MIEMBROS POR MEDIO DE LOS CONSEJOS DE ESTACA.

En una estaca, uno de tales asuntos era la asistencia al templo por parte de los miembros. Los líderes estaban preocupados puesto que consideraban que los miembros no aprovechaban plenamente la oportunidad de recibir las bendiciones relacionadas con una asistencia regular al templo. La presidencia de la estaca se refirió extensamente a esa preocupación y trató de comunicarla a través de reuniones y conferencias, pero no había llevado el asunto ante el consejo de estaca.

"Nuestras reuniones de consejo nunca han sido útiles", admitió el presidente de la estaca. "Eran, más que nada, reuniones llevadas a cabo con el objetivo de planear actividades. Programábamos sólo dos reuniones de consejo de estaca por año, mayormente porque el manual indicaba que debíamos tener dichas reuniones en forma regular. Dos al año era más que suficiente en lo que a nosotros concernía".

Pero después de ver un vídeo de capacitación sobre consejos de estaca y de barrio, y de escuchar opiniones muy firmes de parte de los líderes generales de la Iglesia sobre cómo aprovechar al máximo nuestros consejos, la presidencia de la estaca decidió utilizar un enfoque diferente en cuanto al consejo de estaca. "En nuestra siguiente reunión de consejo mostramos parte del vídeo de capacitación y después hablamos de los propósitos de esa reunión en particular," dijo el presidente de la estaca. "Dejamos en claro que ésta no debía ser una reunión de programación, sino una que ayudara a la estaca a lograr la misión de la Iglesia de proclamar el Evangelio, perfeccionar a los santos y redimir a los muertos".

Entonces la presidencia de la estaca expuso su preocupación ante la escasa asistencia al templo y pidió a los miembros del consejo que dieran a conocer sus sugerencias. "El Espíritu estaba con nosotros y empezaron a surgir las ideas", comentó el presidente de la estaca. "Las hermanas presentes fueron de particular ayuda al ofrecer sugerencias sobre la manera de hacer que la asistencia al templo resultara más conveniente para las mujeres que trabajaban o que eran madres de niños pequeños".

"Fue una experiencia muy positiva para quienes estaban en la reunión", continuó diciendo. "Todos participaron animadamente puesto que sintieron que se les estaba escuchando y que existía la disposición de considerar sus sugerencias".

La reunión del consejo generó una extensa lista de ideas, algunas de las cuales llegaron después a ser parte del plan de la estaca para mejorar la asistencia al templo. "Pero el resultado más significativo fue que todos opinaron que debíamos llevar a cabo reuniones de consejo de estaca con mayor frecuencia", dijo el presidente. "Ahora que determinamos cómo sacar provecho de la experiencia colectiva de nuestro consejo de estaca, hemos programado esas reuniones en forma trimestral, con la posibilidad de reunirnos más a menudo cuando sea necesario. Es mucho lo que el consejo de estaca tiene para ofrecer, ahora que sabemos cómo usarlo".

En otra estaca ocurrió algo similar. Se habían eliminado por completo las reuniones de consejo de estaca y se las había reemplazado con reuniones individuales entre la presidencia de la estaca y las presidencias de las organizaciones auxiliares. Como resultado de las instrucciones recibidas de los líderes de la Iglesia, el presidente de la estaca y sus consejeros decidieron reconstituir el consejo de estaca y volver a programar reuniones regulares del mismo.

"En la primera de tales reuniones, entre otros asuntos, tratamos sobre los bosquejos de las conferencias de barrio y de estaca", dijo el presidente. "Los comentarios y las sugerencias de los miembros del consejo fueron importantísimos para conformar el temario de las conferencias de

barrio y de estaca. Como resultado de ello, tales conferencias fueron de las más exitosas que jamás habíamos tenido. Los comentarios de nuestros miembros en cuanto a las dos últimas conferencias de estaca fueron muy positivos, y en ambos casos aumentó la asistencia".

"También nos dimos cuenta de que al hacer ciertos cambios en el formato de nuestras conferencias de barrio, nos acercamos mucho más a la meta de satisfacer las necesidades tanto de los líderes como de los miembros", continuó diciendo el presidente de la estaca. "Lo que es más, aumentó la participación de las hermanas en las conferencias de barrio, por lo cual recibimos comentarios muy favorables".

En una reunión de capacitación del sacerdocio de área otro presidente de estaca se enteró del énfasis que estaba poniendo la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce en testificar y enseñar la doctrina pura en todas las reuniones de la Iglesia con el fin de elevar la espiritualidad individual de los miembros. La Presidencia de Área explicó el significado del documento titulado "Puntos que los líderes deben poner de relieve al capacitar a los miembros" (véase el capítulo 3) y pidió a los presidentes de estaca que se concentraran en la preparación de toda su gente para que recibieran las bendiciones del templo. El presidente volvió a su estaca con la determinación de encontrar la manera de recalcar el mensaje en cada uno de los barrios. Primero consultó a sus consejeros, y juntos llegaron a la conclusión de que los principios que el mencionado documento enseña debían ser comprendidos en la estaca. Después efectuó una reunión extraordinaria del consejo de estaca, invitando a todos los obispos, en la cual él y sus consejeros presentaron la información. En esa reunión, los miembros del consejo analizaron formas de llevar a la práctica aquellas instrucciones de las Autoridades Generales en toda la estaca.

Cada obispo convocó a su respectivo consejo de barrio para determinar cómo implementar el mensaje de la presidencia de la estaca. Los presidentes de las organizaciones auxiliares de la estaca también trataron el asunto con sus respectivos grupos. Por ejemplo, la presidencia de la Sociedad de Socorro de la estaca creó un plan que abarcaba la enseñanza de esos principios a las respectivas presidentas de cada barrio en las reuniones de liderazgo de estaca, y la incorporación del tema en la conferencia anual de mujeres de la estaca, animando a las maestras de la Sociedad de Socorro a ser más eficaces al enseñar la doctrina y al dar sus testimonios, capacitando mejor y en forma individual a las presidentas de barrio y sugiriendo maneras de incorporar el mensaje en las actividades de economía doméstica.

"Por primera vez, nos sentimos parte del equipo de liderazgo de la estaca", dijo la presidenta de la Sociedad de Socorro. "Nos dio mucho ánimo que se nos considerara líderes aptas para contribuir a la espiritualidad general de nuestra estaca".

CÓMO HACER QUE LOS CONSEJOS DE ESTACA FUNCIONEN DEBIDAMENTE.

¿Pueden distinguir en estos tres ejemplos un modelo eficaz de consejo de estaca? Todo parece indicar que hay tres aspectos fundamentales en lograr que los consejos de estaca funcionen de la manera que han sido diseñados para funcionar. Ante todo, empezando por la presidencia, los líderes de estaca deben proponerse el cometido de utilizar el concepto de los consejos y de hacer todo cuanto esté a su alcance para asegurarse de que los mismos sean formados y se desempeñen como corresponde. Segundo, deben facultar a los consejos, o sea, deben dar a sus miembros asignaciones significativas. Por último, deben abrir el camino para que los consejos de estaca funcionen libremente.

Un presidente de estaca se refirió a una ocasión cuando, en calidad de comité ejecutivo del sacerdocio de estaca, estaban discutiendo la manera de llevar a cabo un seminario de preparación

para el templo. "Como presidencia de estaca, fuimos a la reunión y les dijimos a los presentes cómo se debía llevar a cabo el seminario. Ellos permanecieron en silencio sin la más mínima expresión de apoyo ni entusiasmo."

Aquello preocupó a la presidencia y en su siguiente reunión de presidencia de estaca intercambiaron pareceres sobre la forma de mejorar la función del comité ejecutivo del sacerdocio. "Nos dimos cuenta de que teníamos el hábito de decirle al sumo consejo cómo íbamos a hacer las cosas, en lugar de analizar el asunto con ellos y prestar atención a sus ideas y recomendaciones", dijo el presidente de estaca. "En la siguiente reunión del comité ejecutivo del sacerdocio tratamos el tema del seminario de preparación de una manera distinta. Les pedimos que nos dieran sus sugerencias y recomendaciones y después les dimos tiempo para que respondieran. Al principio se mostraron vacilantes, ya que ésta era una manera de proceder a la que no estaban acostumbrados. Pero poco a poco se fueron animando y sus ideas empezaron a brotar. Percibimos un buen espíritu en esa reunión, y escuchamos sugerencias muy interesantes que realmente mejoraron nuestros planes de preparación."

"Después de la reunión, uno de los hermanos se acercó a mí y me dijo: `Ésta fue una de las reuniones más productivas a las que he asistido. Me alegro de haber venido. Gracias'"

Demasiado a menudo en la Iglesia llamamos á líderes productivos del sacerdocio y los ponemos a trabajar en sumos consejos donde ellos perciben su función como un simple proceso de aprobación de los planes y programas de la presidencia de estaca, y como mensajeros eclesiásticos de quienes les presiden. Bajo tales condiciones, los miembros de esos sumos consejos se "marchitan"; al carecer del alimento espiritual que deriva del servicio significativo, pierden el entusiasmo, la energía y el cometido hacia la obra. Algo similar sucede con las mujeres talentosas y espiritualmente dotadas a quienes se llama como líderes de las organizaciones auxiliares, pues los líderes del sacerdocio frecuentemente las tratan como si su única función fuera preparar comidas y coordinar actividades de estaca y de barrio. Lo cierto es que ellas son líderes espirituales a quienes se debe animar para que, bajo la dirección del sacerdocio, hagan una contribución activa al liderazgo espiritual del barrio, de la estaca y del hogar. Cuando las presidencias de estaca permiten que los consejos de la unidad sientan que son, en parte, dueños del programa, habrá mayores probabilidades de que lleguen a ser un ingrediente más dinámico en la solución de los problemas a que hace frente la estaca.

EL LIDERAZGO INSPIRADO DE UN MIEMBRO DE UN SUMO CONSEJO.

Hace algún tiempo, mientras asistía a una conferencia de estaca en el estado de Idaho, tuve una experiencia que quisiera compartir. El presidente de la estaca mencionó que tenía una sorpresa para mí y me preguntó si confiaba en él. Le respondí: "Bueno, nosotros confiamos en todos nuestros presidentes de estaca. Confío en usted si lo que hace está bien". A eso él contestó: "Creo que le va a parecer bien lo que sucederá mañana en la sesión general de la conferencia".

Esto fue lo que aconteció. En la sesión del domingo por la mañana, pidió a una niña de unos diez años que subiera al estrado y diera su testimonio como "misionera de Primaria". Sucede que el presidente de estaca había autorizado al miembro del sumo consejo asesor de la Primaria a llevar a la práctica una idea de que los niños también pueden ser misioneros. Ese hermano fue a todas las Primarias de barrio a enseñarles a los niños que ellos también son misioneros. La dulce niña, a quien llamaremos Katie, había aprendido de aquel buen miembro del sumo consejo que ella podía ser una misionera. Cuando llegó a la casa fue hasta su padre, que era el obispo del barrio, y le dijo: "Papi, soy una misionera de Primaria, y quiero hablarle a alguien sobre el

Evangelio". El obispo respondió: "Bueno, querida, ése es un deseo muy lindo, pero en todo nuestro barrio hay sólo dos familias que no son miembros de la Iglesia, así que va a ser un poco difícil". La niña preguntó: "¿Quiénes son?" El obispo nombró a las dos familias, tras lo cual su hijita respondió: "Vamos a visitarlos y los invitaremos a que vengan a casa a una noche de hogar con nosotros".

Aquellos de ustedes que son padres de niñas pequeñas saben cuán difícil es resistir su encanto, cuando les miran con ojos de implorante dulzura e inocencia. Y eso fue precisamente lo que le sucedió a aquel obispo. Él y Katie fueron hasta la casa de una de las dos familias que no eran miembros. Cuando la señora de la casa salió para atenderles, Katie le dijo: "Soy una misionera de Primaria y queremos que ustedes vengan a nuestra casa a una noche de hogar". Se me ocurre que aquella buena madre tuvo la misma debilidad ante ese par de ojos grandes e inocentes, y aceptó la invitación. Fueron, pasaron una velada muy agradable, pero no llegaron a convertirse.

Unas dos semanas más tarde, Katie llegó a la casa en el momento en que su mamá sacaba unos pasteles del horno. Katie preguntó: "¿Podrías darme uno de esos pasteles?". La mamá respondió: "Sí, querida, pero ¿qué vas a hacer con un pastel entero?".

"Quiero llevárselo a la señora Johnson", fue su respuesta.

Cuando la señora Johnson atendió el llamado a su puerta, Katie le dijo: "Tengo algo que quisiera darle, pero solamente se lo puedo dar con una condición". Cuando la señora Johnson preguntó cuál era la condición, Katie respondió: "Que permita a los misioneros enseñarles el Evangelio". La señora Johnson sonrió y dijo: "Si ésa es la única condición para disfrutar del pastel, entonces dejaré que los misioneros nos enseñen el Evangelio".

Los misioneros les enseñaron las charlas y los Johnson se bautizaron.

Después que Katie terminó de dar su testimonio en la conferencia de estaca, la hermana Johnson fue la siguiente en hacer uso de la palabra. Nunca olvidaré lo que sentí cuando ella agradeció a una pequeña misionera de Primaria de diez años quien tuvo el valor de invitarla a ella y a su familia a aprender sobre el Evangelio.

Cuando me llegó el turno de hablar, invité al obispo y a su familia, incluyendo a Katie, a pasar al frente junto a mí, y después pedí lo mismo a la familia Johnson - la madre, el padre y sus tres hijos. Les dije: "Han tenido una maravillosa experiencia juntos. Obispo, usted y Katie compartieron con sus vecinos aquello de más valor en la vida, el Evangelio de Jesucristo. Pero quiero decirle que si su corazón está lleno de dicha hoy, aguarden al día dentro de un año cuando la familia Johnson se incline ante el altar del Templo de Idaho Falls para ser sellados por esta vida y por la eternidad. Ése será un momento que nunca jamás olvidarán".

Un año después, tuve la oportunidad de efectuar el sellamiento. Cuando llegué al templo, en el salón de espera encontré a Katie, la misionera de Primaria que ahora tenía once años. No podía pasar a la sala de sellamientos pues no tenía la edad suficiente, pero estaba allí aguardando que se sellara la familia que ella había traído a la Iglesia. La sala donde se llevó a cabo el sellamiento estaba colmada de miembros del barrio. Cuando los tres hijos de los Johnson se arrodillaron alrededor del altar y yo los sellé a sus padres, aquel lugar fue como un trozo de cielo en la tierra; todo hecho posible porque una niñita había tomado muy en serio una asignación de un inspirado y motivado miembro del sumo consejo que tuvo la buena idea de que los niños también podían ser misioneros, enseñándole a la pequeña Katie que ella podía compartir el Evangelio con los demás.

COMITÉS ESPECIALES.

Algunas de las asignaciones más interesantes llevadas a cabo por consejos de estaca y de barrio, las efectúan los comités especialmente creados para atender asuntos e intereses específicos. Por ejemplo, una presidencia de estaca se enfrentó a un dilema: de entre casi sesenta jóvenes mayores solteros que vivían dentro de los límites de la estaca, apenas unos cuarenta estaban interesados en asistir a la rama para miembros de sus mismas circunstancias. Algunos saltaban de un barrio a otro sin tener responsabilidades en ninguno de ellos. Los demás asistían a otras unidades de solteros en una vasta zona metropolitana.

"En algunos casos, no estábamos completamente seguros en cuanto a dónde estaban asistiendo", dijo el presidente de la estaca. "Eso representaba un problema. Queríamos asegurarnos de que nadie se nos perdiera y al mismo tiempo deseábamos ofrecer un programa atractivo para quienes no estaban interesados en asistir a las reuniones de la rama".

Así fue que, bajo la dirección del consejo de estaca, se formó un comité especial integrado por las presidentas de la Sociedad de Socorro y de las Mujeres Jóvenes y el presidente de los Hombres Jóvenes de estaca, cuatro miembros del sumo consejo (cuyas respectivas responsabilidades eran, entre otras, las organizaciones de Hombres Jóvenes, de Mujeres Jóvenes, de miembros solteros y de la Sociedad de Socorro de estaca), el presidente de la rama, el presidente del quórum de líderes y la presidenta de la Sociedad de Socorro de la rama de mayores solteros, y la presidencia de la estaca. Durante la primera reunión se hizo un análisis del problema y se les pidió a los miembros de ese comité especial que expresaran lo que opinaban sobre la rama. El grupo también se refirió a los miembros actuales de la rama, a sus posibles miembros y a los jóvenes que estarían en edad de pasar a ser miembros de la rama durante los cuatro años siguientes.

"Advertí que en el grupo se estaba brindando información que nunca antes se había tratado", dijo el presidente de la estaca. "Los miembros del comité mencionaron situaciones y datos que nunca antes se les había dado la oportunidad de compartir, especialmente entre las hermanas que estaban presentes. Sabíamos que existía el problema, pero no teníamos ni idea de su magnitud hasta que el comité especial empezó a deliberar sobre el tema. De inmediato quedó claramente establecido el hecho de que nuestras Sociedades de Socorro de barrio no sabían cómo atender las necesidades de las hermanas de dieciocho años que habían terminado sus estudios secundarios pero que eran demasiado jóvenes para asistir a la rama de solteros. Había muchos padres frustrados al ver que sus jóvenes mayores estaban perdiendo interés en la Iglesia, y no sabían qué hacer para evitarlo. Teníamos obispos que estaban alejando a jóvenes mayores de sus respectivos barrios, ya fuera que quisieran asistir a la rama de solteros o no. Y sabíamos de jóvenes que no tenían interés en asistir a la rama de solteros, sino a su propio barrio, pero no consideraban que había nada para ellos allí".

Como resultado de la discusión, se hicieron asignaciones específicas para empezar a atender algunas de las mayores necesidades de la estaca. Primero, se les pidió a todos los miembros del comité que repasaran el programa oficial de la Iglesia para los jóvenes mayores a fin de determinar si era que la estaca no estaba siguiendo las pautas generales de la Iglesia. Se hizo una encuesta entre todos los obispos y las presidentas de Sociedad de Socorro para averiguar qué estaban haciendo en sus respectivos barrios con respecto a los jóvenes mayores solteros. La información recogida por el comité especial se presentó ante el consejo de estaca, en el cual el diálogo adicional llevó a la elaboración de un plan que estuvo en completa armonía con el programa de solteros de la Iglesia.

"Al volver a utilizar el programa oficial, tuvimos que cambiar algunas de las maneras tradicionales de hacer las cosas, lo cual fue, hasta cierto punto, complicado", dijo el presidente de la estaca. "Me reuní nuevamente con el presidente de la rama de solteros y repasamos juntos lo que consideramos que el Señor quería que hiciéramos. Resolvimos sus preocupaciones y nos arrodillamos en oración, y a los pocos días contábamos con su total apoyo".

El plan propuesto fue después llevado ante el consejo de obispos de la estaca para su voto de sostenimiento. Se expresaron preocupaciones y reservas, todo lo cual fue resuelto mediante el análisis del consejo. Los obispos dieron su voto de apoyo a la presidencia de estaca y empezaron a poner en práctica el plan aprobado.

El presidente de la estaca dijo: "En nuestro caso, el comité especial y el consejo de estaca recomendaron que los mayores solteros asistan a las reuniones dominicales de sus respectivos barrios regulares. Los obispos de dichos barrios se comprometieron entonces a encontrar cargos significativos para cada uno de ellos. La estaca se encargaría de programar actividades para ese grupo y propiciaría la participación de otras estacas. También se instó a todos los mayores solteros a asistir a clases de instituto. Cada uno de los miembros del comité especial y del consejo de estaca que participaron en el proceso fijó un compromiso personal hacia el programa de solteros. No estamos haciendo esto porque nuestro presidente de estaca decidió que así era como debíamos proceder; lo estamos haciendo porque todos cuantos batallamos con los desafíos de la asignación recibimos un testimonio personal de que, en nuestra estaca, ésta es la manera en que el Señor desea que actuemos".

CÓMO SATISFACER LAS NECESIDADES DE UNA ESTACA POR MEDIO DE LOS CONSEJOS.

Por más que trato, no creo que haya ningún problema o preocupación a que se enfrente una estaca de Sión que no pueda atenderse por medio de sus consejos. Cuando la presidencia de una estaca decidió que era necesario aumentar el respeto hacia los edificios de la Iglesia e incrementar la reverencia- en las reuniones, el presidente y sus consejeros presentaron el asunto ante el consejo de estaca. "La reunión se transformó en una sesión de intercambio de ideas," dijo el presidente. Entre las sugerencias que se consideraron en la primera reunión del consejo se encontraban las siguientes: el tema, "Respeto hacia nuestros edificios"; discursos dados sobre el tema por miembros del sumo consejo en las reuniones sacramentales; asesoramiento específico a los padres de niños pequeños, exhortándolos a ser selectivos al escoger la comida que llevan a los edificios de la Iglesia para dar a sus niños y pidiéndoles que les enseñen a sus hijos los conceptos de reverencia y respeto; mensajes para poner en las carteleras de los barrios e instrucciones para los obispos a fin de hacer hincapié en la reverencia y en otras formas de respeto en sus barrios.

Se hicieron asignaciones y los miembros del consejo de estaca pusieron manos a la obra. Los miembros del sumo consejo comenzaron a preparar sus mensajes. El secretario ejecutivo de la estaca informó a los obispos en cuanto a la importante función que ellos desempeñarían al poner énfasis en la reverencia y el respeto en sus respectivos barrios. Uno de los miembros del sumo consejo se puso en contacto con todos los encargados de los boletines de barrio para que imprimieran recordatorios sobre la reverencia y el respeto en sus programas. El presidente de los Hombres Jóvenes de la estaca se comunicó con los asesores del Sacerdocio Aarónico y les pidió que animaran a los jóvenes a aceptar la responsabilidad de mantener los edificios limpios los días domingo. La presidenta de la Primaria de la estaca instó a las líderes de la organización en los barrios a enseñar los principios de reverencia y respeto durante los tiempos para compartir de la

Primaria. A las presidencias de las Mujeres Jóvenes y de la Sociedad de Socorro también se les pidió que trabajaran con las hermanas para que llegaran a comprender mejor el verdadero significado de la reverencia.

"El resultado de los esfuerzos del consejo de estaca ha sido sumamente positivo", dijo el presidente de la estaca. "La reverencia aumentó y el respecto hacia nuestros edificios es evidente. Los miembros, tanto los niños como los adultos, están respondiendo positivamente a los esfuerzos del consejo de enseñar a tener reverencia y a respetar".

En otra estaca, el comité del Sacerdocio de Melquisedec jugó un papel importantísimo en la actualización del plan de preparación para casos de emergencia de la estaca y en la ampliación del alcance del plan a fin de lograr una mayor participación de parte de la comunidad, incluyendo a personas de otras creencias religiosas. Los miembros del comité efectuaron sesiones de capacitación, coordinaron la certificación de voluntarios por medio del plantel comunitario de emergencias del cuerpo de bomberos local y establecieron contacto con otras iglesias y organizaciones del área para solicitar su participación y apoyo.

"Las ideas, la dirección y el dinamismo que respaldaron estos esfuerzos han sido el resultado de la sinergia del grupo y la inspiración que reinó en las reuniones de nuestro comité del Sacerdocio de Melquisedec", comentó el presidente de la estaca. "Éste ha sido, para nosotros, un elemento muy eficaz en el logro de una serie de objetivos en nuestra estaca".

Así es exactamente como toda consejo de estaca puede y debe ser: un medio eficaz en las manos de aquellos que "ministran a quienes ministran" para lograr los objetivos de la estaca y la misión de la Iglesia.

LA PARTICIPACIÓN DE TODOS LOS MIEMBROS DE CONSEJO, TANTO HOMBRES COMO MUJERES.

Un presidente de estaca u obispo sabio verá a las presidentas de sus organizaciones auxiliares como líderes espirituales en vez de organizadoras de actividades sociales. Demasiadas mujeres líderes son subestimadas en varios sentidos, muchas veces porque los líderes del sacerdocio no comprenden o no tienen una visión clara de la significativa contribución que las hermanas son capaces de hacer. También sobre ellas descansa el manto de la presidencia, y han sido apartadas y bendecidas para colaborar con el sacerdocio en la tarea de traer a las mujeres y a sus respectivas familias a Cristo. Además, las fieles y dedicadas hermanas son, típicamente, muy receptivas al Espíritu y pueden desempeñar funciones con una destreza singular en lo que concierne a la ayuda espiritual brindada a las mujeres, a los niños y a la juventud.

El presidente Boyd K. Packer del Quórum de los Doce Apóstoles, hablando hace ya algunos años en una conferencia general, recalcó la necesidad de que las mujeres fieles e inspiradas hicieran sentir su influencia en la Iglesia:

Necesitamos mujeres que respalden la decencia y la calidad en todas las cosas, desde la moda en el vestir hasta los aspectos sociales más discutidos. Necesitamos mujeres organizadas y mujeres capacitadas para organizar; necesitamos mujeres con capacidad ejecutiva, que puedan planificar, dirigir y administrar, mujeres que puedan enseñar, mujeres que puedan dar su opinión. Tenemos una gran necesidad de mujeres que puedan recibir inspiración que las guíe personalmente en lo que enseñan, y en sus deberes como líderes. Necesitamos mujeres que tengan una visión amplia de las tendencias mundanas a fin de detectar aquellas que, aunque generalmente aceptadas, resultan peligrosas. Necesitamos mujeres que puedan ubicarse en aquellas posiciones que, no siendo las más aceptadas, sean las correctas (Liahona, febrero de 1979, pág. 10).

Hermanos, recuerden que el propósito de contar con la participación de las mujeres en nuestros consejos es para obtener su parecer en los asuntos de mayor peso en la Iglesia. Y tengan presente que ellas están anhelosas de apoyarlos y ayudarlos en el logro de la obra del Señor. Considero que su manera de sentir está elocuentemente representada en el siguiente comentario de una presidenta de Sociedad de Socorro de estaca: "Si las líderes de las organizaciones auxiliares sienten que se les escucha y que se les ve como líderes espirituales legítimas, moverán cielo y tierra por los líderes del sacerdocio bajo cuya dirección ellas prestan servicio".

En una reunión de consejo general de la Iglesia a la que asistí hace varios años con las presidencias de las organizaciones auxiliares de mujeres, las hermanas me dijeron que son muy pocas las mujeres de la Iglesia que expresan interés alguno en ser poseedoras del sacerdocio. Pero sí quieren que se les escuche y se les valore y desean hacer contribuciones significativas a las estacas y a los barrios en los cuales viven. Desean servir a los miembros y al Señor y ayudar a cumplir con la misión de la Iglesia.

Un ejemplo de la importancia de la perspectiva de la mujer se hizo evidente en una de tales reuniones mientras estábamos hablando sobre la dignidad de la juventud para cumplir misiones. La hermana Elaine Jack, quien en ese entonces era la Presidenta General de la Sociedad de Socorro, dijo: "Le diré, élder Ballard, que es posible que las hermanas de la Iglesia tengan unas cuantas sugerencias buenas en cuanto a una manera mejor de preparar a los jóvenes para una misión si tan sólo se les pide que las den. Después de todo, como usted sabe, somos las madres de esos jóvenes". Las sugerencias de las hermanas pueden ser igualmente valiosas en lo que tiene que ver con la asistencia al templo y una gran cantidad de otros asuntos con los cuales estén batallando los líderes del sacerdocio.

Les reitero, hermanos, que deben asegurarse de procurar los importantes aportes de las hermanas en las reuniones de consejo. Insten a todos los miembros del consejo a compartir sus sugerencias e ideas en cuanto a la manera en que la estaca o el barrio puede llegar a ser más eficaz en la proclamación del Evangelio, el perfeccionamiento de los santos y la redención de los muertos.

Para ser más eficaces, las mujeres necesitan aprender a trabajar productivamente bajo la dirección del sacerdocio. Hermanas, prepárense tanto mental como espiritualmente para tratar las necesidades de aquellas personas que estén dentro de la mayordomía de ustedes. Sean valientes; sean convincentes. Sientan la confianza necesaria para referirse a asuntos e intereses de importancia. Ustedes tienen tanto derecho a opinar y a la inspiración como cualquier otro miembro del consejo. El líder del sacerdocio ante quien dan informe será fortalecido más de lo que se imaginan si le dan la oportunidad de oír lo que ustedes tienen para decir. En muchos casos, ustedes verán las necesidades y los intereses de las mujeres, los jóvenes, los niños y las familias con una sensibilidad mucho mayor que la que serían capaces de sentir sus líderes del sacerdocio. Por medio de la oración identifiquen los problemas y sugieran soluciones. Entonces, junto con otros líderes, estén dispuestas a seguir y apoyar el consejo de aquellos que poseen las llaves del sacerdocio en su área. Todos se benefician, en todos los niveles del gobierno de la Iglesia, al seguir y apoyar a aquellos que poseen las llaves. Tanto las hermanas como los hermanos tienen que entender y poner en práctica el sentido común y el buen juicio al desempeñarse en los consejos.

El presidente Howard W. Hunter se refirió a menudo a la fortaleza y el poder que resultan cuando los hombres y las mujeres combinan sus esfuerzos, fe y testimonio y cuando trabajan juntos en provecho de aquellos a quienes sirven. Él dijo que "nosotros, Sus siervos en todos los aspectos de la Iglesia, necesitamos que ustedes, hermanas, estén a nuestro lado al tener que hacer

frente a la tempestad de maldad que nos amenaza con azotarnos" ("To the Women of the Church", Ensign, noviembre de 1992, 96).

Tal vez debamos considerar las respectivas contribuciones del hombre y de la mujer de la siguiente manera: Casi de seguro alguna vez habrá ido uno al consultorio de un oftalmólogo para que le revisara la vista. En el proceso de determinar la capacidad de visión del paciente, el médico típicamente hará su examen pidiéndole que mire a través de una serie de lentes de medición en una máquina, algunos de los cuales no son claros. A menudo el oftalmólogo descubrirá que el paciente tiene un ojo más débil que el otro. Solamente cuando logra determinar la receta exacta para ambos ojos, podrá corregir la vista del paciente con precisión.

Similarmente, los hombres y las mujeres se expresan de maneras distintas y tienden a poseer destrezas, aptitudes y puntos de vista diferentes. Si cada opinión se analiza aisladamente, es posible que la imagen no sea clara, sea unidimensional o, en cierta manera, distorsionada. Es sólo cuando las dos perspectivas se unen que el panorama logra equilibrio y está completo. El hombre y la mujer son igualmente valiosos en la obra continua del reino del Evangelio.

CAPITULO 5

LOS CONSEJOS DE BARRIO Y DE RAMA.

Hace algunos años, Fawn y su madre se mudaron a un nuevo barrio. Fawn era una mujer encantadora y fiel que había hecho un trabajo magnífico al criar sola a sus hijos en rectitud. Pero ahora batallaba contra un enemigo al que, tal vez, no lograría vencer: el cáncer. Cuando se mudó al nuevo barrio, era poco lo que podía hacer por sí misma. Su madre trataba de atenderla, pero su avanzada edad y una salud debilitada no le permitían hacer todo cuanto era menester. Necesitaban ayuda, pero sus recursos económicos eran limitados. A medida que la condición de Fawn iba deteriorándose, la situación de la familia se hacía cada vez más difícil.

En los días en que Fawn y su madre se mudaron, los miembros del consejo del nuevo barrio se encontraban en el proceso de reevaluar su eficacia como consejo. "Comprendimos que habíamos estado dedicando la mayoría de nuestro tiempo a correlacionar actividades, programar calendarios y recibir los informes de los maestros orientadores y las maestras visitantes", dijo el obispo. "Nos dimos cuenta de que teníamos que pasar más tiempo analizando la manera de llevar las bendiciones del Evangelio a la vida de nuestros miembros". Cuando el consejo del barrio se enteró de la situación por la que atravesaban Fawn y su madre, el Espíritu les inspiró colectiva e individualmente. "Ésta parecía ser una oportunidad ideal de poner en práctica las cosas que habíamos estado aprendiendo sobre la manera de ayudar mediante la función de los consejos", comentó el obispo. "En lugar de mencionarlas al pasar, las circunstancias de Fawn se transformaron en el punto de mayor interés en las reuniones del consejo. Consideramos que podríamos ofrecer la ayuda que esa buena hermana necesitaba al enfrentar los desafíos diarios impuestos por el cáncer",

Durante sus reuniones, los miembros del consejo a menudo se remitieron a las enseñanzas del Señor en el capítulo veinticinco de Mateo:

Cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria, y todos los santos ángeles con él, entonces se sentará en su trono de gloria, y serán reunidas delante de él todas las naciones; y apartará los unos de los otros, como aparta el pastor las ovejas de los cabritos.

Y pondrá las ovejas a su derecha, y los cabritos a su izquierda.

Entonces el Rey dirá a los de su derecha: Venid, benditos de mi Padre, heredad el reino preparado para vosotros desde la fundación del mundo.

Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui forastero, y me recogisteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo, y me visitasteis; en la cárcel, y vinisteis a mí.

Entonces los justos le responderán diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos, o sediento, y te dimos de beber?

¿Y cuándo te vimos forastero, y te recogimos, o desnudo, y te cubrimos?

¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y vinimos a ti?

Y respondiendo el Rey, les dirá: De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí lo hicisteis (Mateo 25: 31-40).

Como resultado de consultarse mutuamente, los miembros del consejo decidieron que el barrio extendería su mano de ayuda a Fawn y a su madre en maneras significativas. La Sociedad

de Socorro les llevaba la comida regularmente. Las Mujeres Jóvenes les escribían tarjetas y notas de aliento, y de vez en cuando iban a limpiar la casa y les llevaban flores frescas. Los Hombres Jóvenes se encargaban de los trabajos de jardinería. Los quórumes del sacerdocio, en combinación con los maestros orientadores de Fawn, se ofrecieron para levantar cosas pesadas en los alrededores de la casa, para llevarles la Santa Cena y para darles bendiciones.

"Todo esto se llevó a cabo por varios meses y durante ese tiempo muchos miembros de nuestro barrio vinieron a expresarme su agradecimiento por la gran bendición de poder ayudar a esas dos buenas hermanas", dijo el obispo. "Gracias a esa oportunidad, todos sentimos el gozo que resulta de dar servicio compasivo en el reino del Señor".

Cuando Fawn falleció, su madre habló con marcada emoción de su agradecimiento hacia el servicio generoso de los líderes y los miembros del barrio. Una de las últimas cosas que Fawn había mencionado al obispo, fue que nunca había vivido en un barrio donde se había sentido querida de una manera tan especial -a la manera del Señor.

El obispo comentó: "Como miembros del consejo, todos nos sentimos conmovidos por la manera maravillosa en que se manifiesta el plan del Señor de ministrar en favor de Sus hijos. Bajo la dirección del Espíritu, el consejo hizo recomendaciones de medidas que se debían tomar para brindar un servicio amoroso a Fawn. Tras experimentar la enorme satisfacción que deriva de obrar juntos de una manera tan relevante, no creo que ninguno de quienes formamos parte de ese consejo de barrio podríamos jamás volver al antiguo formato de reuniones en las que simplemente programábamos y correlacionábamos".

En el correr de los últimos años, se me han hecho conocer casos similares de obispos y miembros de consejos de barrio que finalmente captaron la función divina de sus consejos. No existe ningún problema en una familia, un barrio o una estaca, que no se pueda comprender y solucionar por parte de los líderes de la Iglesia que procuran obrar a la manera del Señor. Cuando se hace un uso sabio de los comités y los consejos, se llega a bendecir la vida de muchos. Éste es el caso particular a nivel de barrio o rama, donde los líderes están en condiciones de influir positivamente y a diario en el bienestar de las familias y de las personas en forma individual. Las organizaciones auxiliares son gigantes dormidos en la gran tarea de perfeccionar a los santos, especialmente en lo que atañe al fortalecimiento de la institución familiar. Aun cuando los padres tienen la responsabilidad primordial del liderazgo en el hogar, algo en lo cual nada ni nadie podrá reemplazarlos, es mucho lo que las organizaciones y los programas de la Iglesia pueden hacer para apoyar y fortalecer las familias.

Como ya lo he mencionado, he servido como obispo en dos ocasiones. En el proceso de escribir este libro he recordado muchos incidentes de esos días. Los miembros del consejo de barrio fueron una gran fuente de ayuda para mí. Las hermanas de la Sociedad de Socorro, de las Mujeres Jóvenes y de la Primaria influyeron poderosamente en la vida de las mujeres, las jovencitas y los niños del barrio debido a su fortaleza espiritual y a su profundo amor por el Evangelio.

Sería imposible para mí hacer un recuento de tantos actos silenciosos de servicio ofrecidos por esas queridas hermanas a los miembros del barrio. Muchas veces, cuando visitábamos a miembros enfermos del barrio, nos enterábamos de que las hermanas de la Sociedad de Socorro ya habían pasado por allí para dejarles la cena para la familia. Además de las miles de comidas preparadas, no puedo ni contar el número de familias que se beneficiaron con sabios consejos o que se vieron fortalecidas espiritualmente gracias a hermanas que tenían el deseo de extender una mano de ayuda. La maravillosa labor de las mujeres de la Iglesia es vital. Miles de jovencitas vieron crecer su testimonio y recibieron ánimo como producto del servicio de dedicadas líderes. Por ejemplo, supongo que muchos de nosotros podremos recordar a aquella maestra o líder

especial de la Primaria que nos ayudó a memorizar los Artículos de Fe. Debemos agradecer y nunca pasar por alto la enorme contribución de las mujeres de la Iglesia, y asimismo siempre debemos esforzarnos por sostener el liderazgo del sacerdocio en nuestros barrios y estacas.

A modo informativo, haré un breve repaso de algunos de los comités y consejos que deben funcionar a nivel de barrio.

El comité ejecutivo del sacerdocio de barrio está integrado por el obispado, el líder del grupo de sumos sacerdotes, el presidente del quórum de élderes, el líder misional del barrio y el presidente de los Hombres Jóvenes. El obispo preside y dirige las reuniones de este comité, debiendo estar presentes también el secretario ejecutivo y el secretario del barrio. Adviértase que la presidenta de la Sociedad de Socorro y otras hermanas no figuran entre quienes deben asistir. Aun cuando muchos obispos se han sentido inclinados a invitar a la presidenta de la Sociedad de Socorro a estar presente en las reuniones de este comité en razón de que a menudo ella es la líder del barrio mejor informada en cuanto a lo que acontece en la vida de los miembros, no es apropiado que ella asista a esta reunión. El comité ejecutivo del sacerdocio es nada más que eso, un comité compuesto por líderes del sacerdocio.

Cuando se presentó el programa de correlación de la Iglesia en el año 1963, el élder Harold B. Lee explicó en una conferencia general que se debían recalcar las responsabilidades del sacerdocio en general de "velar por la Iglesia" tal como se manda en las primeras revelaciones - de interesarse en la totalidad de la familia como grupo y como personas. También anunció que se debía formar un comité de orientación familiar en cada barrio de la Iglesia, y que sus miembros constituirían el núcleo principal de quienes irían a "velar por la Iglesia". Este comité llegó a ser, más tarde, el comité ejecutivo del sacerdocio del barrio.

Puesto que los líderes del sacerdocio tienen el mandato del Señor de velar por todos los hijos de nuestro Padre Celestial que están bajo su supervisión, es necesario que se reúnan regularmente para cumplir con sus llamamientos especiales. Los líderes del sacerdocio tienen que esforzarse por estar tan bien informados, como lo están las hermanas de la Sociedad de Socorro, en cuanto a los importantes asuntos concernientes a los miembros del barrio y de los quórumes. El comité ejecutivo del sacerdocio se reúne todas las semanas bajo la dirección del obispo para considerar las necesidades espirituales de todos cuantos residen dentro de los límites del barrio. Frecuentemente se discuten temas muy delicados que requieren suma confidencia. Como es el caso de todos los consejos, los miembros del comité ejecutivo del sacerdocio deben hacer todo cuanto esté de su parte para proteger el carácter privado de lo tratado cuando se dan informes y se hacen asignaciones.

El comité de bienestar del barrio lo integran a todos los miembros del comité ejecutivo del sacerdocio más la presidencia de la Sociedad de Socorro. Incluir a la presidenta de la Sociedad de Socorro en este comité es particularmente importante ya que sobre ella descansa la responsabilidad de visitar a los miembros, de considerar sus necesidades y de buscar la manera de resolverlas según lo asigne el obispo.

Este comité se reúne, por lo menos, una vez al mes bajo la dirección del obispo para considerar las necesidades temporales de los miembros del barrio. Aun cuando el obispo es el único responsable de la manera en que se dispone de los fondos de bienestar, el comité juega un papel muy importante en la atención ofrecida a los pobres y a los necesitados mediante la planificación y la coordinación del uso de otros recursos del barrio, incluyendo el tiempo, los talentos, las habilidades, los materiales y el servicio compasivo de los miembros. Por medio de los quórumes del sacerdocio y de la Sociedad de Socorro, el comité de bienestar del barrio edifica la fe y enseña a los miembros a vivir preventivamente, a proveer para sí mismos y para sus respectivas familias y a velar por los demás. Los miembros del comité deben ayudar al obispo en

la administración de la asistencia ofrecida de los recursos de bienestar, asegurándose de que las familias entiendan y sepan cómo aplicar los principios de bienestar, y de que se encuentren soluciones de largo plazo para tales necesidades.

El comité de la juventud del obispo debe reunirse mensualmente. Está integrado por el obispo, uno de los ayudantes del presidente del quórum de presbíteros, los presidentes de los quórumes de diáconos y de maestros, las presidentas de clase de las Mujeres Jóvenes, el presidente y la presidenta de los Hombres y las Mujeres Jóvenes, respectivamente, y el presidente del comité de actividades del barrio. Aun cuando el propósito principal de este comité es planificar y coordinar los programas de la juventud, se debe seguir recalcando la importancia de la activación y las oportunidades que permitan a los jóvenes experimentar el servicio y el progreso espiritual.

El consejo de barrio está integrado por el comité ejecutivo del sacerdocio y los presidentes o las presidentas de la Sociedad de Socorro, de la Escuela Dominical, de los Hombres Jóvenes, de las Mujeres Jóvenes, de la Primaria y el director del comité de actividades. El obispo puede invitar a otras personas para asistir a estas reuniones, según lo considere necesario. El consejo de barrio, por lo general, se reúne mensualmente, pero puede hacerlo más seguido si existen necesidades especiales, para repasar el progreso del barrio en cuanto a asuntos varios que afecten a los miembros de la unidad y de la comunidad en general. Ninguna reunión adicional debe tomar el lugar o eliminar reuniones de obispado ni del comité ejecutivo del sacerdocio.

En mi opinión, la reunión de consejo de barrio es una de las más importantes en la Iglesia, porque es en ella donde los líderes de quórumes y de las organizaciones auxiliares pueden analizar y planificar con el obispado el trabajo que tendrá que hacerse en el transcurso del siguiente mes. Los líderes pueden, entonces, intercambiar ideas entre sí tan a menudo como lo estimen necesario para contribuir al logro de las metas y los objetivos del consejo. De todos los consejos y comités de la Iglesia, considero que el consejo de barrio es el que puede llegar a tener el efecto más positivo en la ayuda que se brinda a los hijos de nuestro Padre. Si este libro pudiera contribuir a que los obispos y los presidentes de rama captaran el poder que existe en el consejo de barrio o rama y a que usen debidamente sus consejos para llevar a cabo la obra del Señor, entonces los esfuerzos dedicados a escribirlo serán tanto más provechosos.

RESPONSABILIDADES DE LOS MIEMBROS DEL CONSEJO DE BARRIO.

Nunca se podrá recalcar demasiado la función esencial del consejo de barrio en el logro de la misión de la Iglesia. Sólo basta con echar una mirada alrededor de la mesa del consejo para ver a dos líderes que poseen llaves del sacerdocio (el obispo y el presidente del quórum de élderes) y a otros a quienes se les llama con la responsabilidad de presidir sus respectivas organizaciones, y al considerar el alcance y los objetivos de esas organizaciones, comenzará a captarse el potencial que tiene el consejo de barrio de ejercer una influencia poderosa.

La presidenta de la Primaria, por ejemplo, hace un aporte sumamente específico como miembro del consejo. En lo que tiene que ver con su servicio en la Iglesia, todos sus mejores esfuerzos están centrados en los niños del barrio. La presidencia general de la Primaria de la Iglesia ha declarado: "La finalidad de la Primaria es enseñar a los niños el Evangelio de Jesucristo y ayudarles a aprenderlo y a vivirlo. Los objetivos de la Primaria son: Enseñar a los niños que son hijos de Dios y que nuestro Padre celestial y Jesucristo los aman; ayudar a los niños a aprender a amar a nuestro Padre Celestial y a Jesucristo; ayudar a los niños a prepararse para ser bautizados, así como para recibir el Espíritu Santo y guardar sus convenios bautismales; ayudar a los niños a

augmentar su comprensión del plan del Evangelio y proporcionarles oportunidades de vivir los principios del Evangelio; ayudar a los varones a prepararse para recibir el sacerdocio y ser dignos de emplear este poder para bendecir y servir a las demás personas; [y] ayudar a las niñas a prepararse para ser mujeres justas, así como a comprender las bendiciones del sacerdocio y del templo, y a servir a los semejantes" (Instrucciones para los líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares sobre la Primaria, 1). Resulta fácil ver cómo esa perspectiva podría ser beneficiosa para el consejo de barrio cuando se les pide a sus miembros que consideren algún asunto que tuviera influencia sobre los niños del barrio o sobre un niño o familia de niños en particular, ya sea que fueran miembros o no.

Otros de los integrantes del consejo de barrio tienen similares funciones específicas. La presidenta de la Sociedad de Socorro está bien familiarizada con todas las mujeres del barrio mayores de dieciocho años. De acuerdo con la presidencia general de la Sociedad de Socorro, esta hermana representa una organización que tiene como finalidad central ayudar a las mujeres y sus respectivas familias a venir a Cristo y a colaborar con los quórumes del sacerdocio en el logro de la misión de la Iglesia. Por medio de la capacitación y la revelación personal, la presidenta de la Sociedad de Socorro de barrio se dedica a hacer todo lo posible para ayudar a las hermanas a ganar un testimonio personal, a nutrir y ejercer la caridad, a fortalecer sus respectivas familias, a gozar de la unión como hermanas y a participar plenamente de las bendiciones del templo al esforzarse por ser una bendición en la vida de las mujeres del barrio.

La presidenta de las Mujeres Jóvenes de barrio concentra toda su atención en las jovencitas de doce a dieciocho años de edad. De acuerdo con la presidencia general de las Mujeres Jóvenes, tiene la responsabilidad de ayudar a preparar a cada jovencita para que sea digna de hacer y guardar convenios sagrados y de recibir las ordenanzas del templo. Las poderosas e inspiradoras palabras del lema de las Mujeres Jóvenes, ofrecen una excelente reseña de la contribución que la presidenta de las Mujeres Jóvenes lleva al consejo de barrio: "Somos hijas de un Padre Celestial que nos ama y nosotras lo amamos a Él. Seremos `testigos de Dios a todo tiempo, y en todas las cosas y en todo lugar' a medida que procuramos vivir de acuerdo con los Valores de las Mujeres Jóvenes, que son: fe, naturaleza divina, valor individual, conocimiento, elección y responsabilidad, buenas obras e integridad. Creemos que al aceptar y poner en práctica estos valores, estaremos preparadas para hacer convenios sagrados y cumplirlos, para recibir las ordenanzas del templo y para gozar de las bendiciones de la exaltación" (Manual para líderes de las Mujeres Jóvenes, 4).

También integra el consejo de barrio el presidente de los Hombres Jóvenes, cuyo servicio eclesiástico gira en torno a los jóvenes del barrio de doce a dieciocho años de edad. Él y sus consejeros ayudan a la presidencia del Sacerdocio Aarónico del barrio (o sea, el obispado) a administrar el programa de dicho sacerdocio menor en el barrio. También ofrecen liderazgo en el programa Scout. La misión del Sacerdocio Aarónico es "ayudar a todo joven a convertirse al Evangelio de Jesucristo y vivir de acuerdo con sus enseñanzas; magnificar los llamamientos del sacerdocio; prestar verdadero servicio; prepararse para recibir el Sacerdocio de Melquisedec; comprometerse y prepararse debidamente para servir con dignidad una misión regular; [y] vivir dignamente para recibir los convenios del templo y prepararse para ser un esposo y un padre digno" (Manual para líderes del Sacerdocio Aarónico, 6).

Los líderes del Sacerdocio de Melquisedec que forman parte del consejo de barrio el líder de grupo de sumos sacerdotes y el presidente del quórum de élderes son responsables del bienestar espiritual y temporal de los hombres a quienes presiden. Gran parte de la obra entre las familias del barrio que en la actualidad llevan a cabo nuestros obispos, bien podrían efectuarla los líderes de quórum y de grupo, a quienes se les asigna "seguir el ejemplo del Salvador y ser líderes rectos .

. . Cuando los líderes del sacerdocio guíen como lo hizo el Salvador, contribuirán a que los miembros tengan más amor hacia Dios el Padre y hacia Su Hijo; tengan más amor hacia el prójimo; prediquen el evangelio, hagan la obra del templo y la de historia familiar, sirvan sin esperar nada a cambio, auxilien al pobre y al necesitado, y socorran a quien se sienta solo y angustiado; efectúen ordenanzas y hagan convenios con el Señor que lleven a la vida eterna; obedezcan los mandamientos; sean más humildes y dados al arrepentimiento, y estén más dispuestos a perdonar; oren y estudien las Escrituras a diario; asistan a las reuniones de la Iglesia regularmente y participen de la Santa Cena dignamente; logren autosuficiencia espiritual, emocional y temporal; [y] asistan al templo regularmente" (Manual para líderes del Sacerdocio de Melquisedec, 5, 6).

El líder misional de barrio también forma parte del consejo de barrio. Él está encargado de trabajar con personas que no sean miembros de la Iglesia, que vivan dentro de los límites del barrio. También tiene la sagrada responsabilidad de colaborar con los miembros del barrio a fin de que cumplan con sus responsabilidades misionales. Este líder coordina el trabajo con los misioneros regulares y supervisa los esfuerzos de hermanamiento en favor de los nuevos conversos. Otros dos miembros del consejo de barrio son el presidente de la Escuela Dominical, quien es responsable de toda la enseñanza del Evangelio impartida durante el período de Escuela Dominical, y el director del comité de actividades de barrio, encargado de planear actividades sociales significativas destinadas a fomentar la fe y la hermandad entre los miembros del barrio.

Conjuntamente con el obispado, estos líderes que integran el consejo de barrio constituyen un grupo inspirado de hombres y mujeres con el mandato de ser una bendición en la vida de toda persona hombre o mujer, padre o hijo, miembro o no miembro que resida dentro de los límites del barrio. Como resultado de sus llamamientos individuales, cada uno tiene derecho a recibir dirección divina dentro de sus respectivas jurisdicciones. Y como padres, vecinos y amigos, cada uno posee una perspectiva singular en lo que atañe a las necesidades del barrio y sus miembros.

CÓMO USAR EL CONSEJO DE BARRIO PARA BENEFICIO DE LAS PERSONAS Y LAS FAMILIAS.

Cuando los líderes de barrio emplean el inspirado sistema de consejos y concentran el esfuerzo de los quórumes y las organizaciones auxiliares en mejorar el bienestar espiritual y temporal de los miembros del barrio, suceden milagros en la vida de las familias y de las personas. Pero esos milagros acontecen únicamente en la medida en que nosotros los hombres y las mujeres que servimos en los quórumes y en las organizaciones auxiliares de la Iglesia estemos preparados para trabajar juntos a fin de que acontezcan. Puesto que tenemos el mandato del Señor de servir a Sus hijos, quisiera ofrecer tres sugerencias específicas que, si se siguen, pueden ayudarnos a todos a desempeñarnos más eficazmente como miembros de los consejos de la Iglesia, tanto a nivel de barrio como de estaca. Primero, basémonos en los fundamentos.

Asegúrense de que la doctrina sea pura. Ajustense a los cursos de estudio aprobados. Cíñanse a los manuales prescritos y estudien y mediten en cuanto a las Escrituras, tanto individualmente como en familia. En este mundo lleno de conflicto y confusión, encontraremos paz y seguridad en la verdad revelada. Una presidencia de estaca en particular llegó a ser conocida por instruir a los líderes de todas las unidades de la estaca a que usaran las Escrituras como material de enseñanza básico del Evangelio. Ellos mismos practicaban lo que predicaban, usando las Escrituras en todas las reuniones de capacitación y en las clases. Un año, al prepararse para conferencias de barrio, invitaron a los miembros mayores de cada barrio a presentar por adelantado preguntas

relacionadas con el Evangelio. En la clase de Doctrina del Evangelio, llevada a cabo durante el período de Escuela Dominical de la conferencia de cada barrio, dirigieron a los miembros en un ejercicio de localización de pasajes de las Escrituras que respondían cada pregunta, demostrando así el poder de encontrar respuestas a problemas personales en la palabra revelada de Dios.

Un obispo a quien conozco estaba preocupado ante la creciente falta de reverencia en su barrio, particularmente en los momentos previos al comienzo de la reunión sacramental. Cuando un orador en una conferencia general sugirió que la reverencia podía ser un tema apropiado para llevar a la consideración de un consejo de barrio, el obispo pensó que se trataba de una excelente idea.

"No sé por qué nunca se me había ocurrido llevar este tipo de problema ante el consejo de barrio", dijo el obispo. "Al escuchar esa sugerencia se me iluminó la mente".

El obispo leyó en su ejemplar del Manual General de Instrucciones de la Iglesia que la reunión sacramental "se realiza para que los miembros tomen la Santa Cena, adoren al Señor y reciban instrucción" y que el obispado "planea la reunión y la dirige con dignidad y reverencia" (sección 2, 5). El manual también indica que el consejo de barrio debe "considerar el progreso" y planear juntos "todos los programas y actividades" (sección 2, 4). Al pensar en cuanto a la calidad de las reuniones sacramentales de su barrio, le resultó claro que la reverencia en el centro de reuniones era un asunto que requería algo de "progreso", y que todo plan para mejorar tendría que incluir "todos los programas y actividades del barrio". Así fue que en el temario de su siguiente reunión de consejo de barrio estaba incluida la "reverencia" como un importante punto de discusión.

"Descubrí rápidamente que los demás miembros del consejo compartían mi preocupación y que tenían excelentes sugerencias para mejorar", dijo el obispo. Algunas de esas sugerencias pasaron a ser parte del esfuerzo del barrio para alcanzar un nivel más elevado de reverencia, entre ellas, la decisión de ofrecer preludios musicales interpretados por miembros del barrio (inclusive jóvenes) durante diez minutos antes del comienzo de la reunión sacramental, de que el obispado estuviera sentado en el estrado varios minutos antes de que empezara la reunión y asignar saludadores para que recordaran a los miembros la importancia de ser reverentes al entrar en la capilla.

"Me complace informar que el grado de reverencia en nuestras reuniones ha mejorado muchísimo", comentó el obispo. "La diferencia en nuestro barrio es el resultado de haber seguido el inspirado consejo de los líderes de la Iglesia y de implantar las indicaciones del manual".

Otro obispo pidió a los miembros de su consejo de barrio que sugirieran maneras de mejorar el grado de reverencia en las reuniones. En forma vacilante, la presidenta de la Primaria levantó la mano. "Bueno", dijo, "hay una persona que constantemente conversa efusivamente con otros miembros en la capilla inmediatamente antes y después de las reuniones sacramentales. Eso es algo que distrae mucho".

El obispo nunca había advertido que nadie fuera particularmente ruidoso en la capilla, pero dijo que con gusto hablaría con esa persona y le preguntó a la hermana de quién se trataba.

Ella respiró hondo y le dijo: "Esa persona es usted, obispo. Yo sé que lo hace con el interés de ser amable con todos y realmente apreciamos su deseo de saludar a los que venimos a las reuniones. Pero cuando los demás le vemos a usted ir de un lado para el otro en la capilla y hablar con diferentes personas durante el prelude musical, podemos llegar a pensar que no hay nada de malo en que también nosotros lo hagamos."

Cuando otros miembros del consejo de barrio asintieron con lo que la hermana había dicho, el obispo les agradeció y pidió recomendaciones. El consejo entonces decidió que el obispado en

pleno debía ocupar su lugar en el estrado cinco minutos antes del comienzo de la reunión sacramental para dar un ejemplo de reverencia en la capilla. Durante una reunión de seguimiento, los miembros del consejo indicaron unánimemente que esa medida tan sencilla estaba dando buen resultado y que el grado de reverencia en la capilla había mejorado considerablemente.

En otro barrio, preocupaba al obispado el incremento en las actividades de pandillas en la comunidad. Se sabía que ciertos pandilleros persuasivos se habían acercado a varios jóvenes del barrio con el interés de reclutarlos. Tanto padres como líderes estaban alarmados en cuanto a un tema social del que, hasta ese momento, apenas habían oído hablar en las noticias. Cuando se llevó a la consideración del consejo de barrio, el asunto despertó un intercambio saludable y dinámico. Por un período de varias semanas durante el cual los líderes de los Hombres y las Mujeres Jóvenes cumplieron con asignaciones de averiguar más sobre el tema el consejo creó un plan de acción que incluía llevar a cabo charlas fogoneras especiales para los adolescentes, sesiones de capacitación para los padres, entrevistas con los jóvenes e implantar un esfuerzo en todo el barrio con el fin de preparar mejor a la juventud para hacer frente a las presiones de las pandillas. Aun cuando no había una solución simple para el asunto, con el tiempo todos los jóvenes que habían tenido una cierta participación en las pandillas, retornaron a una plena actividad en el barrio.

Segundo, concentrémonos en la gente y no en los programas. Aun cuando debemos prestar atención a la coordinación y preparación de programas, muchos son los consejos que prestan toda su energía únicamente a eso. En vez de someterse a la consideración de planes e informes de las organizaciones, el consejo debería dedicar la mayor parte de su tiempo a tratar temas tales como la integración de nuevos miembros, la activación de los menos activos, los problemas de la juventud, los desafíos económicos de los miembros del barrio y las necesidades de las madres solteras, divorciadas o viudas. Cuando se presentan informes de las organizaciones, éstos deben reflejar los pasos dados para satisfacer las necesidades de la gente.

Un obispo me informó: "El objetivo primordial de lo que tratamos en nuestras reuniones de consejo de barrio es la gente. Nos concentramos en unas pocas familias a la vez, que podrían beneficiarse con un poco de atención adicional, gracias a la participación de todas las organizaciones en esa causa".

Una familia que era parte de dicho esfuerzo consistía de los padres, tres adolescentes (dos jovencitas y un muchacho) y dos niños en edad de Primaria. El matrimonio era miembro de la Iglesia, pero como familia habían sido menos activos desde el momento de mudarse a ese barrio siete años antes. Como resultado de los esfuerzos del consejo de barrio en esa familia, se tomaron iniciativas específicas por parte de la Primaria, las Mujeres Jóvenes, los Hombres Jóvenes, la Sociedad de Socorro, el quórum de élderes y el obispado, incluyendo visitas, llamadas telefónicas e invitaciones especiales a determinadas actividades. Además, se organizó una actividad conjunta especial de los Hombres y las Mujeres Jóvenes, destinada a satisfacer los intereses de las dos jovencitas de la familia y de su mamá.

"Este proceso continuó por unos siete meses, hasta que la familia se mudó de nuestro barrio", comentó el obispo. "Cuando se mudaron, el padre se mostraba mucho más interesado en la Iglesia y se estaba preparando para bautizar a sus hijos más pequeños. Las dos jovencitas ya eran activas y una de ellas estaba sirviendo en la presidencia de la clase de Abejitas. Toda la familia había cobrado un impulso considerable hacia la actividad en la Iglesia, y fue para mí una gran satisfacción informar a su nuevo obispo en cuanto al progreso que habían logrado".

El obispo dijo que, como resultado de ese tipo de experiencias, "el consejo de barrio está siempre interesado en ayudar a la gente. Las reuniones del consejo han pasado a ser reuniones de ayuda en vez de reuniones administrativas. Todos los líderes del barrio ven ahora sus

llamamientos y su relación entre ellos desde una perspectiva completamente diferente. Comprenden que son siervos del Señor y que su ministerio es algo que comparten y coordinan con otros miembros del consejo".

Otro obispo relató la siguiente experiencia, la cual ilustra de una manera hermosa la importancia de que los consejos de barrio concentren su atención en la gente.

No hace mucho tiempo, nuestro presidente de estaca nos pidió que enfocáramos nuestros esfuerzos como consejo de barrio en, por lo menos, tres familias. Debíamos dedicar una atención extra a esas familias y recordarlas específicamente en nuestras oraciones. Dentro del mes siguiente a haber empezado a orar por las familias que habíamos seleccionado, la madre de una de ellas llamó para hacer arreglos para reunirse conmigo.

Esa noche vino a mi oficina en el barrio. Se le veía muy nerviosa y empezó a explicarme que unas tres semanas antes había sentido el impulso de volver a leer el Libro de Mormón. Se había unido a la Iglesia cuando tenía diecinueve años, pero ella y su esposo se inactivaron poco tiempo después. Empezar a leer el Libro de Mormón otra vez después de tantos años representaba para ella todo un acontecimiento. No era una persona muy conversadora. Yo le pregunté si sabía por qué había venido a verme en mi oficina.

"No estoy segura", respondió.

Le expliqué que la razón por la que estaba allí se debía a que nuestro consejo de barrio había estado orando por su familia en forma constante durante el mes anterior.

"Pude sentirlo", dijo quedamente.

Hablamos sobre su esposo, quien no era muy receptivo a la Iglesia, y consideramos algunas cosas que podríamos hacer para ayudarles. El Espíritu nos dio testimonio a los dos de que el Señor intervendría.

Después de la entrevista, empezaron a suceder ciertas cosas. Ellos tenían dos hijos, una niña de once años y un varón de catorce y ninguno de los dos había sido bautizado. Nos reunimos como consejo de barrio e hicimos un plan de lo que podrían hacer los quórumes del sacerdocio y cada organización auxiliar para ayudar a la familia a regresar a la actividad. El líder misional del barrio visitó a la familia y les invitó a recibir las charlas misionales, lo cual aceptaron. La presidencia de la Primaria visitó a la niña y la invitaron a asistir a la Primaria, mientras que la presidencia de los Hombres Jóvenes invitó al muchacho a participar en las actividades y las clases de los Hombres Jóvenes. Las presidencias de la Sociedad de Socorro y del quórum de élderes, así como el obispado, visitaron a la familia y la invitaron a participar; lo mismo hicieron sus nuevos maestros orientadores y las maestras visitantes. El matrimonio también se reunió con la presidencia de estaca. Gracias a todos estos esfuerzos correlacionados, la familia vivió una serie de experiencias espirituales que la llevaron nuevamente a la actividad plena en la Iglesia.

El punto culminante de nuestros esfuerzos con esa familia tuvo lugar en el Templo de Arizona, en donde fueron sellados como familia eterna. Muchos de los miembros de nuestro consejo de barrio estaban presentes en esa sagrada ocasión, y muchas fueron las lágrimas de agradecimiento derramadas por los miembros del consejo que vieron con sus propios ojos lo que se puede lograr en la vida de los hijos de Dios al seguir el programa del Señor.

El obispo concluyó: "Al concentrarnos en las necesidades de esa familia, en mi opinión, se lograron dos cosas: se abrió nuevamente el corazón de cada uno de los miembros de la familia al Evangelio, y también se abrió el nuestro para recibirlos. Cuando empezaron a regresar a la Iglesia, los miembros del consejo hicieron esfuerzos especiales de hermanamiento porque sintieron que sus oraciones estaban siendo, al menos en parte, responsables por el retorno de esa familia a la actividad."

Tercero, los consejos son para que sus miembros intercambien ideas y no solamente informes y disertaciones. Las conversaciones francas y directas son esenciales si es que vamos a aprovechar la experiencia, la percepción y la inspiración de cada uno de los miembros del consejo. Los líderes deben esforzarse por establecer un ambiente que fomente ese tipo de franqueza, en el que cada persona y cada grupo son importantes y donde cada opinión es valorada. Y no olviden: en nuestras reuniones de consejo, los oficiales presidentes deben dedicar tanto tiempo a escuchar, como a hablar, y algunas veces aún más.

Cuando una mujer que estaba criando sola a su familia fue a hablar con su obispo en cuanto a la posibilidad de conseguir que alguien la ayudara con su hijo de siete años de edad, el obispo llevó el asunto al consejo de barrio.

"El niño es muy inquieto", explicó el obispo en la reunión del consejo. "Es todo un problema para su maestra de la Primaria y también en la escuela. Su madre piensa que tal vez ayudaría mucho si el niño tuviera un varón adulto en su vida que le dedicara tiempo en actividades típicas de muchachitos de su edad y que al mismo tiempo fuera una buena influencia".

Después que el obispo presentó el asunto para ser tratado en el consejo de barrio, consideró en silencio las cosas que se estaban discutiendo. Se expresaron algunas buenas ideas, pero la reunión cambió de rumbo cuando uno de los consejeros en la presidencia del quórum de élderes, quien había asistido a la reunión en substitución de su presidente, levantó la mano para pedir la palabra.

"Yo me encontré una vez en la misma posición en que está ese niño ahora", dijo. "Mi madre me estaba criando sola y también necesitaba la ayuda de una figura masculina". Después explicó que sus mejores experiencias habían sido aquellas ocasiones cuando esa persona mayor había llevado con él a un hijo o a otro muchachito de su misma edad, e instó al consejo que se encontrara en el barrio a alguien que no sólo pudiera ayudar al niño sino que incluyera a otro jovencito de su misma edad.

"Qué gran bendición fue para nuestro consejo de barrio oír la sugerencia de ese buen hermano", dijo el obispo. "Dimos por finalizada esa parte de la reunión con algunas asignaciones que incluían las recomendaciones del consejero del quórum de élderes. Se encontró la debida combinación de una persona mayor con un niño. Cuán agradecido me sentí de que nuestro consejo de barrio funcionara de la manera que se nos había pedido que funcionáramos, de que todos los presentes trataran abierta y francamente cada asunto relevante".

En la conferencia general de octubre de 1996, el presidente Gordon B. Hinckley leyó una carta que había recibido de una madre que criaba por sí sola a sus hijos, carta que reflejaba los resultados positivos de los líderes de un barrio que velaron juntos por las necesidades de familias y de personas en forma individual:

A pesar de haber estado criando a mis cuatro hijos sin el apoyo de un marido . . . no estoy sola, ya que cuento con la ayuda y el sostén de la maravillosa familia del barrio. . . .

Mi presidenta de la Sociedad de Socorro me ha brindado todo su apoyo en los momentos más difíciles, animándome a crecer espiritualmente, a orar y a ir al templo en forma regular.

Nuestro obispo ha sido generoso al ayudarnos con alimentos y ropa, y ha brindado ayuda para que dos de mis hijos fueran de campamento con los demás jovencitos. Nos ha entrevistado a todos . . . , y nos ha dado, a cada uno de nosotros, bendiciones y ánimo. Me ayudó a administrar el dinero y a hacer todo lo que estuviera a mi alcance por ayudar a mi familia.

Nuestros maestros orientadores nos visitan regularmente y hasta les dieron bendiciones a los chicos al empezar el nuevo año escolar.

Nuestro presidente de estaca y sus consejeros en forma regular se mantienen en contacto con nosotros, tomando el tiempo para [hablarnos] . . . en la Iglesia, para llamarnos por teléfono o para visitarnos en nuestro hogar. Esta Iglesia es verdadera, y mis hijos y yo somos prueba viviente del amor que Dios nos tiene y de que los miembros de un barrio pueden efectuar un cambio para bien en la vida de otras personas.

Nuestros líderes del sacerdocio han sido vitales en mantener a mis hijos activos en la Iglesia y en el programa Scout. [Uno] de ellos ha alcanzado el rango de Scout Águila [el rango más alto en el programa Scout de los Estados Unidos] y recibirá su cuarto reconocimiento adicional esta semana; [otro] es Scout Águila con tres reconocimientos adicionales. [El tercero] acaba de presentar esta semana los papeles para ser avanzado a ese rango y al más pequeño le encantan las actividades de los Lobatos.

Siempre se nos recibe con afecto y calidez. La actitud cristiana de nuestra estaca y de nuestro barrio nos ha ayudado a hacer frente a pruebas difíciles de imaginar.

La vida ha sido dura . . . pero nos hemos vestido de toda la armadura de Dios al arrodillarnos en oración familiar todos los días, para pedir ayuda y guía y para dar gracias por las bendiciones que hemos recibido. Ruego a diario por la compañía del Espíritu Santo para que me guíe mientras tengo bajo mi cuidado a mis hijos, a fin de influir en ellos para que un día sean misioneros y para que se mantengan fieles al Evangelio y al sacerdocio que poseen.

Me enorgullece decir que soy miembro de La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días. Sé que es verdadera y apoyo a mis líderes. Las cosas nos van bien, y agradecemos a todos su amor, sus oraciones y su interés.

El Presidente Hinckley dijo después: "¡Qué hermosa carta! Ella dice mucho de la forma en que funciona y debe funcionar esta Iglesia en todo el mundo. Espero que toda mujer que se encuentre en circunstancias similares a las que vive la hermana que escribió esta carta esté igualmente bendecida con un obispo comprensivo y servicial, con una presidenta de la Sociedad de Socorro que sepa cómo ayudarla, con maestros orientadores que conozcan sus deberes y cumplan con ellos, y con miembros del barrio que sepan cómo dar una mano sin entrometerse" (Liahona, enero de 1998, pág. 77).

Claro está que la función de los consejos no tiene porqué estar limitada en tiempo y lugar. Hay veces que la ministración más poderosa ocurre afuera de la oficina y en momentos en que no se está llevando a cabo ninguna reunión regular. En un determinado barrio, el comité de bienestar de la unidad sintió la necesidad de enseñar sobre la preparación personal y familiar a los miembros del barrio. Fue así que el consejo planeó y efectuó una "feria de la preparación" muy informativa, con varias presentaciones y cursillos, la cual fue seguida por sesiones mensuales de capacitación. Otro comité de bienestar de barrio combinó la experiencia individual de sus miembros para ayudar a una familia que estaba pasando por una crisis económica. Juntaron información, estudiaron detalles de la situación de la familia, enseñaron principios de autosuficiencia y ofrecieron una variedad de sugerencias y opciones que con el tiempo libraron a la familia de las circunstancias que le agobiaban. En cada uno de estos casos, los miembros del consejo cumplieron con algo más que la responsabilidad de reunirse: fueron una bendición en la vida de varias personas.

Como se mencionó anteriormente, las hermanas líderes pueden aportar a los consejos de barrio valiosas ideas que contribuirán a la solución de muchos de los desafíos a los que se enfrentan el obispo y los miembros del barrio. Las reuniones y los programas de la Sociedad de Socorro, las Mujeres Jóvenes y la Primaria, a menudo serán el lugar más eficaz para dar comienzo al proceso de hermanamiento con los miembros del barrio.

La mayoría de los líderes de estaca y de barrio estarían dispuestos a hacer los esfuerzos necesarios en sus respectivos llamamientos como miembros de consejo, si tan sólo supieran y comprendieran estos importantes conceptos. Ésa es la razón por la que se deben enseñar de una manera ininterrumpida. La implementación de estos principios se tiene que recalcar regularmente, se debe modelar continuamente y observar detenidamente. Pero una vez que sean captados y absorbidos por los miembros de nuestros consejos y comités de la Iglesia, estaremos en condiciones de usufructuar el poder que el Señor ha prometido a aquellos que sirven juntos y a Su manera con el fin de lograr el propósito de Su obra en estos últimos días.

CAPITULO 6

LAS PRESIDENCIAS Y OTROS CONSEJOS MENORES.

Cuando Ronald Black fue llamado como obispo, sintió las bendiciones del Señor de dos maneras inmediatas. Mientras se dirigía de regreso a su casa después de haberse reunido con el presidente de la estaca, ocasión en que se le había extendido el llamamiento, experimentó un profundo sentimiento de amor hacia la gente que había sido llamado a servir.

"Fue increíble," dijo el obispo Black. "Apenas entré en los límites de nuestro barrio, sentí un amor indescriptible por toda esa gente, aun aquellos a quienes no conocía. Creo que Dios me estaba permitiendo echar un vistazo al alcance y poder de Su amor por esas buenas personas y fue un sentimiento extraordinario. Lo mejor de todo es que ese sentimiento ha permanecido conmigo a lo largo de mi ministerio en este barrio. Me siento continuamente impulsado a hacer las cosas que debo hacer como obispo porque realmente amo a la gente a la que sirvo y reconozco la mano de Dios al bendecirme con esa revelación".

De acuerdo con el obispo Black, la segunda gran bendición del Señor fue la inspiración que le ayudó a llamar a sus dos consejeros.

"Aun cuando yo había sido consejero en el obispado anterior, no tenía ni idea de cuán importantes serían esos dos buenos hombres para mí", dijo. "No sólo dependo del asesoramiento y el apoyo que me dan, sino que además he aprendido cuán difícil es para mí funcionar sin ellos. Si bien poseo las llaves espirituales de la organización de nuestro barrio, resulta claro que éste opera de la manera más eficaz cuando el obispado está "mancomunado en un mismo esfuerzo" y trabaja en función de equipo. Siempre que trato de hacer el trabajo solo, la obra sufre".

CÓMO TRABAJAR JUNTOS EN EL LIDERAZGO.

Realmente me compenetro con el sentimiento del obispo Black. Cuando yo fui llamado a ese mismo oficio la primera vez, tenía apenas veintinueve años de edad. Había sido consejero en el obispado anterior, en el que vivimos experiencias maravillosas. Pero yo era todavía muy joven y me quedaba mucho por aprender. Agradezco que Dios me hubiera enviado dos consejeros que tenían mucho para enseñar. Los dos eran considerablemente mayores que yo y habían tenido muchas experiencias más en la vida. No tengo palabras para describir todo lo que aprendí de esos dos buenos hombres al aconsejarnos mutuamente durante nuestro ministerio en el obispado.

Y así es como debe ser. Un llamamiento para servir en un obispado o una presidencia es un llamamiento para servir en uno de los consejos más importantes de la Iglesia. Es allí donde se marca el compás de toda la organización sobre la cual el consejo preside. Cuando reina el amor cristiano en los obispados y las presidencias, ello surtirá un efecto sanador en la organización entera. Casi sin excepción, los obispados, las presidencias de estaca y las presidencias de organizaciones auxiliares en donde existe amor y respeto mutuo, tienen un efecto casi magnético en aquellas personas en las que influyen. El amor es contagioso; la aceptación es cual un bálsamo para el alma. Y cuando la calidez y la camaradería son obvias entre los integrantes de una presidencia, se van filtrando sentimientos similares en el resto de la congregación. Del mismo modo, cuando los obispados y las presidencias se concentran en el logro de la misión de la Iglesia,

otros consejos eclesiolásticos en las diferentes organizaciones les siguen en sus esfuerzos por proclamar el Evangelio, perfeccionar a los santos y redimir a los muertos.

Son extraordinarias las cosas que pueden suceder cuando los miembros de obispados y de presidencias trabajan unidos de una manera significativa. No hace mucho tiempo me enteré de una presidencia de clase de Abejitas en un pequeño barrio que estaba preocupada debido a que muchas jovencitas de su grupo de edad se habían mudado fuera del barrio. Con la ayuda de su maestra y el apoyo del segundo consejero del obispado, decidieron dar manos a la obra. Pidieron a la clase que dedicaran el siguiente domingo de ayuno a pedir al Señor que enviara al barrio nuevas familias que tuvieran jovencitas en edad de Abejitas.

Toda la clase participó. Apenas dos semanas más tarde, se mudó al barrio una niña que estaba por cumplir doce años. Había tenido temor de no poder hacer nuevas amistades así que se sintió muy feliz al ser recibida con los brazos abiertos por las Abejitas, quienes la vieron como una respuesta a sus oraciones. Pocas semanas después, otra niña de esa misma edad se mudó al barrio y una tercera lo hizo al mes siguiente. A una edad tan tierna, esas maravillosas jovencitas habían sido partícipes del poder que surge cuando líderes y miembros de una organización de la Iglesia enfocan su fe y oraciones en una meta común. Y tal como lo demuestra esta historia, es la presidencia de la organización la que establece la guía para los demás.

A ciertas personas, es posible que les suene extraño o hasta incorrecto referirse a una presidencia o a un obispado como un consejo, pero eso es precisamente lo que son o, por lo menos, lo que debieran ser. Aun cuando el presidente de estaca, el presidente del quórum de élderes o el obispo posee las llaves del sacerdocio y se le identifica claramente como la persona que tiene la autoridad para tomar la decisión final en todos los asuntos, eso no quiere decir que es quien debe originar todas las ideas. Lo mismo sucede con los presidentes o las presidentas de las organizaciones auxiliares, quienes no poseen llaves del sacerdocio pero sí asumen similares responsabilidades de liderazgo dentro de sus respectivas organizaciones. Todo obispo o presidente sabio instará a sus consejeros a participar y a hablar abiertamente. Los consejeros sabios entenderán que habrá momentos en que tendrán que apoyar el manto de autoridad presidencial, el cual se destaca entre todos los demás. Bajo la dirección del obispo o del presidente, las reuniones de obispado o de presidencia (o en el caso de los grupos de sumos sacerdotes, las reuniones de líderes de grupo) se deben caracterizar por una discusión franca de todos los asuntos importantes dentro de la organización. También se deben pedir las sugerencias e ideas de los consejeros y considerarlas por medio de la oración antes de tomar decisiones finales.

EL LLAMAMIENTO DE BUENOS CONSEJEROS.

Quisiera ofrecer la siguiente sugerencia a los obispos y presidentes que tienen el sincero deseo de guiar sus organizaciones en rectitud, logrando los propósitos espirituales y temporales del Señor: cuando tengan la necesidad de orar para escoger a un nuevo consejero, asegúrense de buscar personas que sean fuertes en aquellos aspectos en los que ustedes se consideren débiles.

Esto requerirá que comprendan muy bien cuáles son sus virtudes y sus defectos, así como las relativas habilidades o la falta de ellas en las personas a quienes estén considerando para servir con ustedes. Un presidente que sea un gran motivador pero un administrador no muy bueno, debe buscar consejeros que estén dotados de capacidad administrativa. En forma similar, un obispo que trabaja bien con los niños de la Primaria, tal vez necesite un poco de ayuda de parte de consejeros que sean más eficaces en el trabajo con los quórumes del Sacerdocio Aarónico y las Mujeres

Jóvenes o en detalles administrativos. El apóstol Pablo escribió lo siguiente a los santos de Corinto:

Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo.

Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo.

Y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos, es el mismo.

Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para provecho.

Porque a éste es dada por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe por el mismo Espíritu; y a otro, dones de sanidades por el mismo Espíritu.

A otro, el hacer milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversos géneros de lenguas; y a otro, interpretación de lenguas.

Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere (1 Corintios 12:4-11).

Todo presidente y obispo sabio reconocerá y valorará tal diversidad de dones. Buscará la manera de ampliar la capacidad de su presidencia, obispado y otros consejos, dando participación a aquellos que poseen dones y habilidades que el mismo no tenga aún. Como se puntualizó antes, Pablo pasó a comparar la organización de la Iglesia (o, en este contexto, el consejo de la Iglesia) con el cuerpo físico, haciendo hincapié en la importancia de cada una de sus partes dentro de la operación debida de todo el cuerpo:

Mas ahora Dios ha colocado los miembros cada uno de ellos en el cuerpo, como él lo quiso . .

Ni el ojo puede decir a la mano: No te necesito, ni tampoco la cabeza a los pies: No tengo necesidad de vosotros.

Antes bien los miembros del cuerpo que parecen más débiles, son los más necesarios . . .

Vosotros, pues, sois el cuerpo de Cristo, y miembros cada uno en particular.

Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas.

¿Son todos apóstoles? ¿son todos profetas? ¿todos maestros? ¿hacen todos milagros?

¿Tienen todos dones de sanidad? ¿hablan todos lenguas? ¿interpretan todos?

Procurad, pues, los dones mejores (1 Corintios 12:18, 21-22;27-31).

Tanto los obispos como los presidentes de estaca harían bien en procurar "los dones mejores" entre quienes llamen a servir a su lado. No se sientan intimidados por aquellos cuyos talentos y aptitudes innatos sean más visibles, y por consiguiente parezcan ser más valiosos, que los de ustedes. Cada uno tiene una contribución significativa para hacer. Cada uno.

Cuando se me llamó a ser el presidente de la Misión Canadá Toronto, me sentí abrumado por el tremendo desafío que se me presentaba. Sin embargo, tenía la más absoluta confianza en que Dios prepararía el camino para que pudiera cumplir con la asignación, excepto en un aspecto en particular. Cuando llegué a Canadá, era muy poco lo que sabía en cuanto a Toronto y menos todavía sobre la Iglesia en Ontario. No sabía dónde estaban las cosas, no sabía en qué aspectos la Iglesia era fuerte o débil, y no tenía ni idea de quiénes podrían ayudarme más en mi ministerio en aquel lugar. Me siento agradecido por el hecho de que el Señor me inspiró para llamar como consejeros a dos hombres extraordinarios con gran madurez como líderes del sacerdocio y con un

agudo conocimiento de la gente y de la historia, elementos tan importantes para los miembros de la Iglesia en el área de Toronto. Aquellos dos consejeros y su conocimiento fueron más que valiosos para mí y para la obra que llevamos a cabo en Canadá. Ellos sabían cosas que yo jamás habría llegado a saber, y me ayudaron de maneras que valoro cada vez más con el paso de los años puesto que aportaron a nuestra presidencia de misión una experiencia que yo no tenía. Como resultado de ello, nuestro desempeño como presidencia, como así también mi ministerio como presidente de misión, fueron más eficaces, más cabales y más completos.

Mis experiencias como obispo y como presidente de misión me enseñaron que el papel de los consejeros es vital para el éxito de cualquier presidencia u obispado. Moisés nos ofrece una importante ilustración del principio que estamos analizando. Durante una gran batalla entre la gente de Amalec y los hijos de Israel, Moisés se paró sobre un collado con la vara de Dios en su mano. "Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel prevalecía; mas cuando él bajaba su mano, prevalecía Amalec. Y las manos de Moisés se cansaban; por lo que tomaron una piedra, y la pusieron debajo de él, y se sentó sobre ella; y Aarón y Hur sostenían sus manos, el uno de un lado y el otro de otro; así hubo en sus manos firmeza hasta que se puso el sol" (Éxodo 17:11-12).

En un sentido muy real, los consejeros de líderes del sacerdocio y de las organizaciones auxiliares cumplen la misma función que Aarón y Hur cumplieron en favor de Moisés: sostienen, apoyan y mantienen las cosas firmes.

CÓMO EFECTUAR REUNIONES EFICACES DE PRESIDENCIA Y DE OBISPADO.

Ahora quisiera ofrecer varias sugerencias con el fin de ayudar a los obispados y a las presidencias a lograr la misión de la Iglesia por medio de sus reuniones ejecutivas. Ante todo, como lo explico en el capítulo 3, concéntrense en las cosas que más importan. Es fácil distraerse con detalles administrativos, pero los líderes de la Iglesia serán mucho más eficaces si prestan especial atención a satisfacer las necesidades de las personas y de las familias. Concretamente, las presidencias y los obispados deben concentrarse en traer almas a Cristo por medio de las ordenanzas y los convenios del Evangelio. El presidente Boyd K. Packer declaró:

Les instamos a concentrarse en la misión de la Iglesia en vez de simplemente administrar las organizaciones y los programas . . .

Tal vez se pregunten qué es lo que deben hacer para implementar la misión de la Iglesia en la vida de los miembros. ¿En qué cosas deben canalizar su atención y energía? . . .

Tenemos el deber de llevar a cabo la inmortalidad y la vida eterna del hombre mediante las ordenanzas y los convenios relacionados con ellas . . .

Si prestamos atención . . . a las palabras ordenanza y convenio y después elevamos la vista, seremos iluminados y sabremos cómo fijar nuestra posición y marcar nuestro rumbo . . .

Una prueba buena, útil y verdadera de toda decisión importante tomada por un líder de la Iglesia es determinar si un cierto rumbo nos acerca o nos aleja de los convenios . . .

Al administrar las organizaciones de la Iglesia, sería una buena idea asegurarnos de que todos los caminos lleven al templo. Es allí donde nos preparamos en todas las cosas para ser dignos de entrar en la presencia del Señor (discurso dado en el Seminario para Representantes Regionales, el 3 de abril de 1987, págs. 3-5; cursiva agregada).

Para lograr lo anterior, debe asegurarse de que el temario escrito de cada reunión ejecutiva, especialmente a nivel de barrio o de quórum, se centre primordialmente en la gente y no en los

programas, y después ajustarse al temario. Los propósitos de la reunión deben ser claros, y ésta debe empezar y terminar en hora. El oficial presidente debe permitir que haya suficiente tiempo para referirse a las necesidades de la gente. Al considerar cada uno de los nombres que aparecen en el temario, debe pedir a sus consejeros que sugieran ideas y hagan recomendaciones con el fin de ayudar a cada persona a avanzar por medio de las ordenanzas y los convenios del Evangelio. Tras escuchar cuidadosa y sinceramente a cada una de las recomendaciones, debe tomar una decisión o hacer una asignación que conduzca a un curso de acción específico y medible. Es importante adoptar esas decisiones por medio de la oración y es también importante que él y sus consejeros estén de acuerdo en cuanto a la acción que se adopte.

Claro que no es suficiente simplemente hablar de lo que se debe hacer. También debemos hacerlo. Por consiguiente, todas las decisiones y asignaciones se deben registrar y comunicar a aquellas personas que habrán de llevarlas a la práctica. Se le debe pedir a uno de los miembros del obispado o de la presidencia que se haga responsable de cada asignación, debiendo "volver e informar" en una fecha determinada. (El disponer de una lista de asignaciones en proceso de cumplimiento, mantenida por su secretario o secretario ejecutivo, le permitirá pedir un breve informe al llegar a la fecha concertada.) Asimismo, cuando se delega una asignación, se debe comunicar en cuanto a "qué" más que a "cómo"; o sea, a la persona que recibe la asignación se le hace responsable del resultado que tiene que lograr más bien que del método específico que vaya a usar. Esto le permite a dicha persona buscar inspiración y ejercer su ingenio, dentro de las normas y los procedimientos establecidos por la Iglesia, en el logro de la tarea que le haya sido delegada.

OTROS CONSEJOS DE LA IGLESIA.

Dentro de la estructura de la Iglesia existen otros importantes consejos. Al igual que los obispados y las presidencias, son generalmente menores que los consejos de estaca y de barrio, pero también a éstos se les ha dado la función de impulsar la obra del Señor. Entre ellos se encuentran las mesas directivas de las organizaciones auxiliares, los comités de quórum y de grupo, las entrevistas del sacerdocio y las entrevistas de orientación familiar. Los principios y sugerencias que hemos tratado en cuanto a obispados y presidencias también se aplican, en gran medida, a estos otros consejos.

Por ejemplo, el obispo entrevista al presidente del quórum de élderes y al líder del grupo de sumos sacerdotes por lo menos trimestralmente "para hablar sobre el progreso de las personas y las familias del barrio". Al aconsejarse mutuamente en el curso de esas reuniones, el obispo "les ofrece las fuentes de recursos del barrio para cumplir con sus responsabilidades de enseñar a los padres, a las familias y a los miembros que no estén casados, velar por ellos y fortalecerles. A su vez, los líderes ofrecen las fuentes de recursos del quórum o grupo para ayudar a los miembros del obispado a cumplir con sus responsabilidades" (Manual para líderes del Sacerdocio de Melquisedec, 28).

En forma similar, se integran comités de quórum o grupo para llevar a cabo la triple misión de la Iglesia. Se instruye a los líderes del Sacerdocio de Melquisedec que organicen "tres comités para ayudar a sus miembros a proclamar el evangelio, perfeccionar a los santos y redimir a los muertos. Cuando funcionan debidamente, estos comités disminuyen el volumen de trabajo de los líderes del sacerdocio y brindan a sus miembros la oportunidad de participar . . . Un miembro de la presidencia del quórum o del liderazgo del grupo está encargado de supervisar cada comité" (ibíd., 15).

Refiriéndose a la organización de los quórumes del Sacerdocio de Melquisedec, el presidente Stephen L. Richards dijo en una ocasión:

Ahora bien, hermanos de las presidencias de los quórumes del sacerdocio: Ustedes necesitan esos consejos y yo no vacilo en lo más mínimo en asegurarles que, si emplean los consejos como se espera que lo hagan, Dios les dará soluciones a los problemas a los cuales se enfrentan con relación a sus respectivos quórumes. Y Él les permitirá encontrar maneras y medios de llegar a los hombres a quienes desean alcanzar para acercarlos al quórum, a fin de que puedan ellos gozar de su espíritu.

.. No importa cuántos comités ustedes formen, la presidencia del quórum es responsable de cada uno de los miembros del quórum; y me consta que a ustedes no se les puede relevar de esa responsabilidad, aun cuando sí querrán la ayuda de todos cuantos les extiendan una mano (en Conference Report, octubre de 1953, 86).

"DE ACUERDO EN CUANTO A MI PALABRA"

Considero que a veces pasamos por alto la importancia de un cierto tipo de consejo del sacerdocio que posee un enorme poder en lo que tiene que ver con traer personas y familias a Cristo: la entrevista de la orientación familiar. Es primordialmente a través de estas entrevistas que los líderes de quórum y de grupo están en condiciones de aportar visión y guía al programa de la orientación familiar del sacerdocio, el cual es "el método establecido por el Señor para velar por los miembros de la Iglesia. A través de la orientación familiar, los poseedores del sacerdocio unen sus esfuerzos con el Señor para cumplir con sus propósitos" (Manual para líderes del Sacerdocio de Melquisedec, 9).

Hago referencia a la entrevista de la orientación familiar como un consejo del sacerdocio debido a su sagrado propósito, y a causa de la promesa del Señor que dice: "Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos". Cuando leemos esa promesa dentro del contexto de las Escrituras, vemos que se aplica específicamente a aquellos que se congregan o se reúnen para aprender lo que el Señor desea que hagan: "Otra vez os digo, que si dos de vosotros se pusieren de acuerdo en la tierra acerca de cualquiera cosa que pidieren, les será hecho por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mateo 18:19-20; énfasis agregado). La misma promesa hizo a Sus siervos de esta dispensación: "De cierto, de cierto os digo, como dije a mis discípulos: Donde estén dos o tres congregados en mi nombre, respecto de una cosa, he aquí, allí estaré yo en medio de ellos, así como estoy en medio de vosotros" (D&C 6:31; énfasis agregado).

El aconsejarse conjuntamente para acordar en cuanto a la voluntad del Señor parece ser un tema importante en las Escrituras. Consideremos esta revelación dada por medio del profeta José Smith: "Porque de cierto os digo, que por cuanto os habéis juntado según el mandamiento que os di, y estáis de acuerdo tocante a esta cosa, y habéis pedido al Padre en mi nombre, así también recibiréis" (D&C 42:3; énfasis agregado). Y esta otra: "Escuchad, oh élderes de mi iglesia a quienes he llamado; he aquí, os doy el mandamiento de congregaros para que os pongáis de acuerdo en cuanto a mi palabra; y por vuestra oración de fe recibiréis mi ley para que sepáis cómo gobernar mi iglesia y poner todas las cosas en orden delante de mí" (D&C 41:2-3; énfasis agregado).

Lo anterior describe exactamente el propósito de las entrevistas de la orientación familiar. Su única función es permitir al líder del sacerdocio y al maestro orientador asesorarse conjuntamente por medio de la oración y llegar a un acuerdo en cuanto a un curso de acción que ayudará a los

miembros del quórum y a sus familias a venir a Cristo y perfeccionarse en Él (véase Moroni 10:32). El presidente Ezra Taft Benson declaró: "Exhortamos a los líderes del quórum a que mensualmente efectúen entrevistas espirituales de orientación familiar, reciban un informe en cuanto a las actividades de los maestros orientadores, evalúen necesidades urgentes, hagan asignaciones para el mes siguiente y enseñen, fortalezcan e inspiren a los maestros orientadores en sus sagrados llamamientos. Estas entrevistas con los maestros orientadores proveen a los líderes la forma de medir el progreso y de servir mejor a los individuos y familias que han sido llamados a servir" (véase Liahona, julio de 1987, pág. 51).

Se requiere enorme visión y cometido de parte de los líderes del Sacerdocio de Melquisedec para cumplir con esa asignación, pero se puede lograr. Un joven presidente de quórum de élderes dio cuenta de algunos de los sucesos que lo ayudaron a descubrir el valor de las entrevistas de orientación familiar:

Cuando se me llamó como presidente del quórum, no creo que realmente tuviera un testimonio sobre las entrevistas de la orientación familiar, y pienso que contagié esa actitud a mis consejeros y a los miembros del quórum. No programamos las entrevistas con la regularidad que debíamos y cuando tratamos de efectuarlas, la mayoría de los maestros orientadores demostraban poco entusiasmo. Uno de ellos hasta preguntó: "¿Cuán importante es lo que tenemos para hablar que no podamos hacerlo en dos minutos por teléfono?"

En una de mis entrevistas trimestrales con el presidente de la estaca, le mencioné el problema que estábamos teniendo. Hablamos sobre el asunto por un rato y él me ayudó a comprender la razón por la cual teníamos tanta dificultad en que los hermanos concurrieran a las entrevistas. Me pidió que leyera un versículo de Doctrina y Convenios que dice que es el deber del líder del sacerdocio "sentarse en concilio" con los miembros de su quórum y "enseñarles de acuerdo con los convenios" (D&C 107:89). Después me explicó que lo que realmente se debe hacer en una reunión de entrevista de orientación familiar es acordar el "siguiente paso" para ayudar al miembro del quórum a venir a Cristo.

Me dijo que, como presidencia, tendríamos más éxito si basábamos cada entrevista en la siguiente pregunta: "¿Qué desea el Señor que hagamos en los próximos treinta días para ayudar a cada hermano y a su familia a acercarse a las ordenanzas y los convenios del templo?". También sugirió algunas maneras de hacer un seguimiento de las decisiones tomadas y las asignaciones hechas en las entrevistas.

En nuestra siguiente reunión de presidencia de quórum, hablé con mis consejeros sobre lo que habíamos tratado con el presidente de la estaca. Acordamos llevar a cabo entrevistas más frecuentes y enfocarlas de una manera distinta. Recuerdo que tuvimos que reorganizar tres o cuatro asignaciones de orientación familiar esa noche y prestamos mucha más atención que de costumbre a esos ajustes. Creo que fue durante esa reunión de presidencia que las cosas realmente empezaron a cambiar en nuestro quórum.

Al siguiente domingo, en vez de simplemente hacer las nuevas asignaciones, como lo habíamos hecho antes, entrevistamos a cada maestro orientador que tuviera una nueva asignación y le explicamos lo que estábamos tratando de lograr. Algunos de ellos se mostraron más entusiasmados que otros, pero recuerdo especialmente la entrevista que tuve con Gary Martínez. Gary era el que había sugerido una entrevista de dos minutos por teléfono, así que yo estaba un poco nervioso de pedirle que se reuniera conmigo, pero no puso ninguna objeción.

Después de hacer una oración de rodillas, dediqué algunos minutos a explicarle a Gary sobre sus nuevas familias. Una de las personas en la lista era Ed Barker, quien pocas semanas antes se había mudado al barrio. Le dije a Gary que estábamos "llamándolo a servir una misión" para

ayudar a Ed a recibir el oficio de élder y llevar a su familia al templo. Le dije que mis consejeros y yo habíamos orado al respecto y considerábamos que él era la persona que el Señor quería como maestro orientador de esa familia. Gary dijo que haría cuanto pudiera y me pareció sincero. Le pregunté si sería posible que tuviéramos una entrevista de orientación familiar todos los meses para hablar de las cosas que podríamos hacer para alcanzar nuestra meta con Ed. Gary sonrió con un poco de sarcasmo, pero estuvo de acuerdo en hacerlo.

Una de las razones por las que asignamos a Gary como maestro orientador de Ed era que a los dos les encantaba la mecánica automotriz, así que no sería mayor sacrificio para Gary pasar tiempo con Ed en su casa. En nuestras entrevistas, Gary y yo nos referimos al "siguiente paso" para ayudar a la familia Barker a ir al templo, y me daba cuenta de que estaba tomando muy en serio su "llamamiento misional." Nuestro primer paso, con mucha ayuda de la presidencia de la Primaria, fue lograr que el hijo de Ed, de nueve años de edad, se integrara al programa de los Lobatos. Después de eso, Gary consiguió que Ed y su esposa, Julie, fueran a un par de reuniones de la Iglesia. En una ocasión hasta logró que Ed diera una oración y pocas semanas más tarde los Barker fueron a su casa a una noche de hogar. Yo siempre escribía la meta que acordábamos y en la siguiente entrevista Gary me hacía saber si había podido lograrla o no. La mayoría de las veces el resultado fue positivo, aunque no siempre.

Unos siete u ocho meses después de que Gary empezó con la asignación, y tras una conversación que tuve con el obispo, entendí que había llegado el momento de que se invitara a Ed a prepararse, junto con su familia, para ir al templo. Recuerdo la entrevista en la que Gary y yo hablamos del asunto. Se le veía bastante serio y parecía estar un poco preocupado, pero dijo que lo haría. Nos arrodillamos a orar y realmente sentimos la presencia del Espíritu. Le dejé saber que la totalidad del consejo de barrio oraría por él y por los Barker ese mes, y así lo hicimos.

Ed y Julie aceptaron la invitación de asistir a nuestro seminario de preparación para el templo y Ed fue ordenado élder en la siguiente conferencia de estaca. De hecho, le pidió a Gary que lo ordenara. Pero el día que más significado tuvo para todos nosotros fue el sábado en que Ed y Julie, junto con su hijo, fueron sellados en el templo por esta vida y por la eternidad. Ed y Gary son hombres bastante corpulentos, pero derramaron muchas lágrimas cuando se abrazaron en la sala de sellamientos aquél día.

En nuestra siguiente entrevista, Gary y yo simplemente hablamos de los sucesos del año que había transcurrido y de lo que todo aquello había significado para nosotros. Me dijo: "Cuando me pediste que hablara con Ed sobre la posibilidad de llevar a su familia al templo, tuve mucho miedo. Cuando oramos al respecto supe que eso era lo que debía hacer, pero también supe que no podría hacerlo solo. Realmente necesitaba la ayuda del Señor y creo que Él me ayudó. Al estar sentado en la sala de sellamientos observando a los Barker, de pronto comprendí que había sido un instrumento en las manos del Señor para acercar a esa familia a Él y al templo. Fue como lo que hablamos en nuestras entrevistas. Gracias por darme la oportunidad de cumplir con esta asignación. Ha sido una de las mejores experiencias de mi vida".

Desde entonces, Gary nunca ha rehusado asistir a las entrevistas de orientación familiar. De hecho, es uno de los maestros orientadores más fieles de nuestro quórum, y también lo es Ed.

El presidente James E. Faust dijo: "Debemos hacer todo cuanto esté en nuestro poder para asegurarnos de que ningún miembro de la Iglesia se vaya de esta vida sin haber recibido las ordenanzas y los convenios del templo . . . Al guardar los convenios hechos en el templo ponemos al Señor en el centro de nuestra vida, desarrollamos más amor por los demás, recibimos protección contra las influencias maléficas y obtenemos fuerzas espirituales, felicidad, paz interior y vida eterna" (discurso dado en el Seminario para Representantes Regionales el 1° de abril de 1988; citado en el *Deseret News*, el 9 de abril de 1988, 5).

Todo tipo de consejo de la Iglesia, ya sea que fuere mayor o menor, es por cierto vital en esta sagrada obra de traer almas al Señor. Que Él nos bendiga a todos al cumplir con nuestra mayordomía en Su reino de los últimos días, al actuar bajo la dirección de Su Espíritu en la implementación del divino modelo que Él ha revelado por medio de Sus profetas.

CAPITULO 7

LOS CONSEJOS DISCIPLINARIOS.

Cuanto más vivo, más profundamente agradecido estoy de que el Señor nos haya dado un plan que nos permite desarrollarnos y progresar. Como parte de Su plan, Él nos proporciona guía en cuanto a la manera de vencer errores y pecados graves. Su deseo es que todos Sus hijos regresemos a Él y que todos participemos del precioso fruto de la vida eterna (véase Ezequiel 18:21-23).

En Su misericordia para con Sus hijos, el plan de Dios ofrece, a aquellos que caen en transgresión, las máximas oportunidades de hallar el perdón. El proceso del arrepentimiento no es siempre fácil; en muchos casos se puede lograr únicamente mediante un curso oficial fijado por la Iglesia. Es así que Dios ha inspirado el establecimiento de otro importante consejo eclesiástico: el consejo disciplinario. A lo largo de las siguientes páginas quisiera analizar este extraordinario instrumento de amor. Lo que leerán no tiene la finalidad de ser un bosquejo completo de los consejos disciplinarios, sino más bien una colección de sentimientos, impresiones y asesoramiento sobre este sagrado tema. Los líderes del sacerdocio deben remitirse al Manual General de Instrucciones, donde encontrarán una detallada reseña de las normas y procedimientos que se aplican a esos casos.

Tanto el Señor como quienes lo representan en Su Iglesia están prestos para recibir con brazos abiertos a aquellos que se hayan apartado del camino. La Primera Presidencia ha extendido la siguiente invitación especial:

Expresamos nuestro sincero amor y agradecimiento por nuestros hermanos y hermanas dondequiera que se encuentren. Estamos conscientes de aquellos hermanos inactivos y de aquellos a quienes se han suspendido los derechos de miembro o han sido excomulgados debido a transgresiones serias. A todos ellos queremos hacer llegar nuestro amor. Estamos ansiosos de perdonar . . . Recomendamos a los miembros de la Iglesia que perdonen a los que les hayan ofendido. A aquellos que se han hecho inactivos y a los que han empezado a criticar a la Iglesia, les decimos: "Regresen. Regresen y siéntense a la mesa del Señor, para probar nuevamente los dulces y agradables frutos del hermanamiento con los santos." (Carta de la Primera Presidencia, diciembre de 1985.)

Cuando se hace necesario que a un miembro se le suspendan sus bendiciones, el propósito del Señor es tanto enseñar como disciplinar. El proceso de los consejos de barrio y de estaca llevados a cabo para imponer medidas disciplinarias no se completa hasta tanto no se efectúen consejos de reintegración. Aun cuando la acción de estos consejos es menos pública y de menor aplicación que la de otros consejos de estaca y de barrio, es de todos modos significativa en la vida de personas y familias dentro de la Iglesia y requiere consideración específica.

Recuerdo que de niño de vez en cuando llegaba a la mesa a la hora de la cena, con una apariencia un tanto descuidada. Mi madre hacía que fuera a asearme antes de regresar. A mis padres les habría apenado mucho si yo me hubiera ido de la casa ofendido, y yo habría sido un tonto al hacerlo. De la misma forma en ciertas ocasiones los siervos del Señor concluyen que deben, de una manera amorosa, hacer que ciertos hijos de nuestro Padre Celestial salgan y regresen limpios. El Señor no quiere que "estemos ausentes de la mesa a la hora de cenar." De hecho, Él tiene un gran banquete preparado para aquellos que regresan limpios. Él se siente muy

apenado cuando alguien, no estando aseado, se priva de la cena, halla una excusa para sentirse ofendido o se va del hogar. A Él le complace extender la oportunidad de volver a empezar.

En el transcurso de mi vida he conocido a algunas personas que no cumplen con los mandamientos y que transgreden las leyes de Dios. He sido testigo de las dolorosas consecuencias de tal actitud, pero también he visto el gozo que experimentan cuando, en humildad y pleno arrepentimiento, vuelven a la Iglesia y se les restauran todas las bendiciones del sacerdocio y del templo.

Hace algún tiempo la Primera Presidencia me pidió que, en camino a una conferencia de estaca, visitara a cierto hombre. Él había sido excomulgado de la Iglesia, había completado el proceso del arrepentimiento y se le había hallado digno de ser readmitido por medio del bautismo. Pero la ordenanza del bautismo por sí sola no le había restaurado el sacerdocio ni las bendiciones del templo. Ésa era mi asignación, actuando en nombre del Señor y bajo la dirección del Presidente de la Iglesia.

El presidente de la estaca, el Representante Regional y yo pasamos a ver al hombre, quien estaba internado en un hospital por padecer de una enfermedad que le impedía todo movimiento y el habla. Al verlo, comprendí que resultaría imposible llevar a cabo la entrevista en la forma convencional y, en cambio, sentí la impresión de que debía entrevistar a su esposa, quien estaba a su lado acompañándolo. Tras encontrar una sala desocupada en el hospital, tuve una hermosa conversación con esa ejemplar mujer, que había permanecido firme y fiel en medio de todas las penurias y las dificultades de su esposo. Ahora ella, al igual que su marido, anhelaba fervientemente que las bendiciones le fueran restauradas.

Al regresar a la sala del esposo, le pedí a la mujer que me ayudara a comunicarme con él. A lo largo de los dos años en que su cuerpo se había ido deteriorando a causa de la enfermedad, el hombre había desarrollado una manera especial de comunicarse con los ojos. Me incliné sobre la cama y le dije: "Soy el élder Ballard. Me ha enviado el Presidente de la Iglesia y tengo la autorización de restaurarle sus bendiciones. ¿Le parece bien?". Me di cuenta rápidamente que no necesitaría la ayuda de su esposa. Los ojos del hombre se llenaron de lágrimas, las que empezaron a correr por sus mejillas en señal de una respuesta afirmativa.

Puse mis manos sobre su cabeza y, empleando la terminología relacionada con esta ordenanza, le restauré la autoridad del Sacerdocio de Melquisedec. Le oí sollozar-tal vez los primeros sonidos que había podido producir en mucho tiempo. Le restauré su oficio del sacerdocio y la santa investidura que había recibido al entrar en el templo por primera vez. Por último, le restauré aquello que tal vez era de mayor valor para él-el sellamiento a su esposa e hijos.

Al concluir las bendiciones, estábamos todos llenos de emoción. Miré a su esposa y sentí que debía bendecirla a ella también. Le dije: "Hermana, ¿querría que le diéramos una bendición?".

"Me encantaría que me dieran una bendición, élder Ballard," respondió. "Hace mucho tiempo que no recibo una".

Le pedí que se sentara e invité a los otros líderes del sacerdocio que también pusieran las manos sobre la cabeza de ella. Pero cuando trate de bendecirla, no me salían las palabras. De pronto, comprendí qué era lo que estaba interfiriendo con el Espíritu. Levantamos las manos que descansaban sobre la cabeza de la mujer y dije: "Hermanos, acerquemos la silla a la cama". Arrimamos la silla a fin de poder levantar la mano del hombre y ponerla sobre la cabeza de su esposa. Al empezar la bendición, esta vez las palabras brotaron libremente. Pronunciamos bendiciones y concedimos convicción y consuelo.

Desde entonces me ha impresionado sobremanera la lección que nos enseña esa experiencia. Aquel hombre había pecado, y nuestro amoroso Padre Celestial requirió que se arrepintiera a fin de volver a ser digno de contarse entre los santos. Desde entonces, había cumplido con la voluntad del Padre; había cambiado por completo su vida y se había arrepentido. Ahora, otra vez en la Iglesia y continuando con su progreso, era digno de que le fueran restauradas sus más grandes bendiciones, estando en condiciones de usar inmediatamente la autoridad restituida de su sacerdocio al participar en una bendición especial dada a su esposa.

OPCIONES DISCIPLINARIAS.

Cuando un obispo (o, en ciertos casos, un presidente de estaca) se entera de una transgresión, generalmente por medio de la confesión del miembro responsable, lo primero que hace es reunirse con el miembro. Si el pecado no es de naturaleza grave, el obispo puede decidir mediante inspiración que no es necesario llevar a cabo ninguna acción disciplinaria. Puede seguir aconsejando y advirtiendo con el fin de ayudar al miembro a resistir las tentaciones y evitar una futura transgresión.

Otra opción que tiene el obispo es poner al miembro bajo prueba informal, restringiendo provisionalmente sus privilegios de miembro de la Iglesia, tales como participar de la Santa Cena, desempeñarse en un cargo eclesiástico o entrar al templo. Además, puede requerir que el miembro efectúe cambios positivos específicos en su actitud o conducta, que lea pasajes seleccionados de las Escrituras y que asista a reuniones de la Iglesia. No se crea ni se lleva ningún registro oficial en casos de prueba informal. El obispo se mantiene en estrecho contacto con el miembro y está autorizado para levantar el período de prueba cuando se sienta inspirado a hacerlo.

En estos casos, la aplicación de medidas eclesiásticas informales hará innecesario que se lleve a cabo una acción disciplinaria y que, por consiguiente, se convoque un consejo formal. Teniendo en cuenta que el arrepentimiento y las acciones reformatorias son el objetivo principal de la mayoría de las medidas disciplinarias, el obispo o el presidente de estaca puede llegar a considerar que la persona haya hecho todo lo necesario para arrepentirse y que no habría ningún propósito adicional en formar un consejo disciplinario.

Por otro lado, el espíritu de inspiración o la gravedad de la transgresión, puede requerir que el líder eclesiástico reúna un consejo disciplinario. Existen ciertas ofensas específicas serias que obligan a la formación de uno de tales consejos, como homicidio o incesto, al igual que otras transgresiones graves cometidas por un miembro que ocupe un cargo prominente en la Iglesia. En este contexto, se entiende por transgresión grave una ofensa contra la moralidad, como ser, intento de homicidio, violación, abuso sexual forzado, causar daño físico grave e intencional a otras personas, adulterio, fornicación, relaciones homosexuales, maltrato de menores (sexual o físico), maltrato conyugal, abandono premeditado de responsabilidades familiares, robo, asalto, desfalso, rapiña, venta de narcóticos ilícitos, fraude, perjurio o falso testimonio.

En las Escrituras, el Señor nos da una guía en cuanto a los consejos disciplinarios de la Iglesia (véase D&C 102). El término consejo, en este sentido, se refiere a un proceso útil-un proceso de amor e interés que tiene como su principal consideración la salvación y la bendición del transgresor.

EL PROPÓSITO DE LOS CONSEJOS DISCIPLINARIOS.

A veces los miembros preguntan por qué razón se llevan a cabo consejos disciplinarios. Existen tres propósitos fundamentales: (1) salvar el alma del transgresor; (2) proteger al inocente y (3) salvaguardar la pureza, la integridad y el buen nombre de la Iglesia.

La Primera Presidencia ha indicado que se deben constituir consejos disciplinarios en casos de homicidio, incesto, apostasía o de abogar y enseñar doctrinas apóstatas y contrarias a la Iglesia. Además de tales casos y de aquellos en los que esté implicado un líder prominente de la Iglesia, se debe llevar a cabo una acción de consejo disciplinario cuando el transgresor sea un sujeto que constituya una amenaza para otras personas, cuando el individuo incurra repetidamente en transgresiones graves o cuando una transgresión grave sea de conocimiento público.

Aún cuando no es obligatorio para personas que no tengan un cargo prominente en la Iglesia, también se deben considerar consejos disciplinarios para otros miembros que cometan transgresiones de gravedad como las mencionadas anteriormente.

No se forman consejos disciplinarios para juzgar casos civiles ni criminales; de hecho, hay casos criminales que tal vez no hagan necesaria la intervención disciplinaria de la Iglesia. El fallo de un tribunal civil quizás contribuya a determinar si es necesario o no formar un consejo disciplinario eclesiástico. Sin embargo, la decisión de tal tribunal no dicta qué tipo de sanción debe aplicar un consejo de la Iglesia.

No se llevan a cabo consejos disciplinarios por cosas tales como no pagar el diezmo, desobediencia a la Palabra de Sabiduría, no asistir a la iglesia o no recibir a los maestros orientadores. Tampoco se convocan dichos consejos por no pagar deudas o cosas por el estilo, no tiene como finalidad resolver disputas entre miembros y tampoco se les forma para considerar el pedido de miembros de que se retire su nombre de los registros de la Iglesia, amén que un miembro que haya cometido una transgresión grave solicite que se proceda de esa manera para evitar la posibilidad de suspensión de derechos o de excomunión. La acción de retirar el nombre de una persona de los registros eclesiásticos es una medida seria pero se le trata como un hecho administrativo.

El obispado, en consulta con el presidente de estaca, tiene la responsabilidad y la autoridad de llevar a cabo consejos disciplinarios por transgresiones que involucren a miembros del barrio. Sin embargo, si existe la probabilidad de excomulgar a un poseedor del Sacerdocio de Melquisedec, el asunto es remitido a la presidencia de la estaca, la cual, con la ayuda del sumo consejo, puede formar un consejo disciplinario de estaca para tratar el caso de tal poseedor del Sacerdocio de Melquisedec.

Si un miembro considera que se le ha tratado injustamente en un consejo disciplinario, puede hacer una apelación. La apelación de una decisión de un consejo disciplinario de barrio va a la presidencia de estaca y al sumo consejo. Toda apelación adicional pasa a la consideración de la Primera Presidencia.

Las misiones, los distritos y las ramas tienen jurisdicción similar a la de las estacas y barrios. Los presidentes de misión tienen jurisdicción sobre sus respectivos misioneros y sobre miembros de ramas dependientes de los distritos de la misión.

CÓMO FUNCIONAN LOS CONSEJOS DISCIPLINARIOS.

Tras la debida notificación y fijación de fecha, se lleva a cabo el consejo disciplinario, el cual empieza con una oración, seguida por una declaración del oficial presidente o del representante que él haya asignado en lo que respecta a la falta informada. Si el miembro niega dicha falta, se presenta la evidencia que exista tocante a ella. El miembro, entonces, presenta a sus testigos y evidencia y hace cualquier comentario o declaración que estime necesario en cuanto a sus sentimientos y a los pasos que haya tomado, si tal fuera el caso, conducentes al arrepentimiento. Tras responder preguntas y hacer aclaraciones ante el consejo, se excusa al miembro y los líderes deliberan y oran al respecto. La decisión final descansa sobre el oficial presidente, quien actúa por medio de la inspiración. Se les pide a los demás líderes del sacerdocio participantes que den su voto de apoyo a la decisión y, si las hubiera, que expresen sus diferencias de opinión.

El consejo toma en consideración muchos factores, como ser, si se violaron los convenios del templo o matrimoniales; si se abusó de una posición de confianza o autoridad; la reiteración, magnitud y alcance de la transgresión; la edad, grado de madurez y de experiencia del transgresor; los intereses de víctimas o de familiares inocentes; el tiempo transcurrido entre la transgresión y la confesión; si la confesión fue voluntaria o no y las evidencias que existan de un arrepentimiento sincero.

Aquellos que toman parte en el consejo deben guardar todo bajo el más estricto grado de confidencia y tratar el asunto con un espíritu de amor. Esto incluye ser respetuosos y solemnes durante el proceso disciplinario. ¿Se imaginan cómo se sentirían ustedes si fueran una persona arrepentida que aguarda la decisión de la presidencia de la estaca y oyeran hablar en voz alta y risas procedentes de la sala del sumo consejo? Aunque esas conversaciones y risas no tuvieran nada que ver con la situación que se estuviera tratando, resultaría totalmente inapropiado. Recuerden que el objetivo del consejo disciplinario no es ejercer retribución, sino ayudar al miembro a efectuar los cambios necesarios para que la persona pueda volver limpia a Dios. Aquellos que comparecen ante cualquier consejo disciplinario de la Iglesia tienen el derecho de que se les trate con respeto y cortesía.

Cuando un miembro acusado de haber cometido una falta se presenta ante un consejo disciplinario, el consejo puede adoptar una de cuatro decisiones: (1) ninguna medida, (2) un período de prueba formal, (3) la suspensión de derechos o (4) la excomunión.

Aun cuando se hubiera cometido una transgresión, es posible que el consejo decida no tomar ninguna medida en ese momento. (Se le aconsejaría al miembro recibir asesoramiento adicional de parte de su obispo.)

El período de prueba formal es un estado disciplinario provisional, impuesto con el fin de ayudar al miembro a lograr un arrepentimiento completo. El oficial presidente del consejo especifica las condiciones bajo las cuales se le levantaría el período de prueba. Durante ese período, el obispo o el presidente de estaca se mantiene en estrecho contacto con el miembro para ayudarlo en su progreso personal.

A1 igual que en el caso de la prueba formal, la suspensión de derechos es generalmente una medida disciplinaria temporaria para contribuir al proceso del arrepentimiento. Las personas a quienes se le suspenden los derechos retienen su condición de miembros de la Iglesia. Se les anima a asistir a las reuniones generales, aunque no se les permite dar oraciones ni discursos. Tampoco pueden desempeñarse en cargos eclesiásticos, tomar la Santa Cena, votar en favor o en contra de oficiales, tener la recomendación para el templo ni ejercer el sacerdocio. Sin embargo, sí

pueden pagar el diezmo y las ofrendas y continuar usando los gárments del templo, si los hubieran recibido.

La excomunión es el juicio más severo que puede imponer un consejo disciplinario de la Iglesia. La persona que es excomulgada deja de ser miembro de la Iglesia negándosele, por consiguiente, los privilegios como tal, incluyendo el uso de sus gárments y el pago de diezmo y ofrendas. Puede asistir a reuniones públicas de la Iglesia pero, al igual que en el caso de aquel a quien se le suspenden los derechos, no puede tomar parte activa en dichas reuniones. A la persona excomulgada se le insta a arrepentirse y a vivir de manera tal que con el tiempo se haga digna de que se le vuelva a bautizar y se reintegre totalmente a la actividad en la Iglesia.

Se da gran consideración al carácter confidencial de las decisiones adoptadas por un consejo disciplinario de la Iglesia. Nunca se hace ningún anuncio cuando a un miembro se le somete a un período de prueba formal. Las decisiones de suspensión de derechos o excomunión tampoco son anunciadas públicamente a menos que la transgresión sea de amplio conocimiento, que la conducta del transgresor constituya una amenaza para la comunidad o que se haga necesario el anuncio para disipar rumores. Aun cuando se haga un anuncio, se le limitará a una declaración general de la decisión adoptada.

CÓMO FACILITAR CAMBIOS POR MEDIO DE LOS CONSEJOS.

Ninguna acción disciplinaria de la Iglesia tiene el propósito de ser el final del proceso sino que, más bien, está destinada a ser el comienzo de un curso que conducirá al infractor a un pleno hermanamiento y hacia la totalidad de las bendiciones de la Iglesia. Los líderes del sacerdocio se esfuerzan por entender, animar y aconsejar a la persona que vaya a ser disciplinada. Se aseguran de que tenga entrevistas regulares con el obispo, de que se le asignen maestros orientadores maduros que le ayuden y que los miembros de la familia reciban la atención, el asesoramiento y la hermandad que necesitan durante ese período tan difícil.

El resultado deseado es que la persona haga todos los cambios necesarios para regresar plenamente y reciba las maravillosas bendiciones de la Iglesia. Cuando haya progresado hasta ese punto, el obispo o el presidente de estaca actual-aun en el caso de que la persona esté viviendo en un nuevo barrio o estaca o si en ese momento la unidad tiene un nuevo obispado o una nueva presidencia de estaca-tiene la autoridad para convocar un nuevo consejo disciplinario a fin de considerar nuevas medidas.

Después de que una persona excomulgada haya sido bautizada nuevamente, en el registro de miembro figurará la fecha del bautismo y las otras ordenanzas originales sin hacer referencia a la excomunión. En el caso de ciertas ofensas, se requiere la aprobación de la Primera Presidencia antes de que a una persona se le readmita en la Iglesia por medio del bautismo. Un hombre que previamente haya sido poseedor del sacerdocio pero que no hubiera recibido sus investiduras debe, generalmente, ser ordenado a su previo oficio del sacerdocio. Pero, como ya se ha dicho, en su célula de miembro constará la fecha de ordenación original y no se hará referencia a la excomunión.

Una persona que haya recibido sus investiduras en el templo antes de que se le excomulgara, podrá recobrar la autoridad del sacerdocio o las bendiciones del templo únicamente mediante la ordenanza de restauración de bendiciones. Se trata de una ordenanza especial efectuada por una Autoridad General, aprobada y dirigida por la Primera Presidencia. Después de llevada a cabo, se tiene que crear un nuevo registro de miembro en el cual figurarán las fechas originales de bau-

tismo, investidura, sellamiento y ordenaciones en el sacerdocio. Como en los casos mencionados antes, no se dejará constancia de la excomunión en los nuevos registros.

A nuestro Padre Celestial le complace que se les restauren las bendiciones a Sus hijos e hijas que demuestren un arrepentimiento sincero y total.

EXTENDAMOS UNA MANO AL PENITENTE.

Es muy difícil que quienes nunca hayan pasado por una situación tal lleguen a comprender plenamente el trauma que experimentan quienes son suspendidos o excomulgados de la Iglesia.

"Lo que sentí fue horrible", dijo un hombre, "pero sabía que era la voluntad del Señor. Pude percibir el espíritu de interés entre los hermanos presentes cuando se me dio a conocer la decisión del consejo. Sólo sentí amor y compasión".

Pese a ello, el dolor es difícil de sobrellevar. "Lleno de angustia y pesar", dijo, "lloré, oré, pasé noches enteras en vela aterrizado por la idea de que llegara a perder a mi esposa y mis hijos para siempre. Aun cuando me mantuve en contacto regular con mi obispo, me sentía solo, muchas veces presa de un sentimiento de rebeldía y al mismo tiempo de culpa por ser rebelde.

"Al mirar hacia atrás ahora, comprendo que, pese a haber sido terriblemente difícil, fue necesario que pasara por todos esos desafíos personales. Todo el proceso fue una gran bendición para mí. El arrepentimiento es algo que cada uno debe encontrar por sí mismo con el paso del tiempo".

Otra persona que fue excomulgada explicó su sentir de esta manera: "El progreso eterno es una bendición enorme. Es como nadar en un río en el cual la meta es alcanzar la cabecera. Lo importante del progreso no es dónde uno se encuentre en el río sino que esté nadando río arriba. Después de haber caído tanto como consecuencia de mis faltas, me hace sentir bien el verme liberado del peso del pecado y poder nadar hacia la cabecera espiritual otra vez".

Los amigos y la familia son vitalmente importantes para la persona que batalla por regresar a las vías del Evangelio. Quienes rodean a tal persona deben refrenarse de juzgar y deben hacer todo cuanto esté de su parte por demostrar amor. El Señor ha mandado: "Por tanto, os digo que debéis perdonaros los unos a los otros; pues el que no perdona las ofensas de su hermano, queda condenado ante el Señor, porque en él permanece el mayor pecado. Yo, el Señor, perdonaré a quien sea mi voluntad perdonar, mas a vosotros os es requerido perdonar a todos los hombres" (D&C 64:9-10).

Una hermana que había sido presidenta de la Sociedad de Socorro nos cuenta del amor y el apoyo que recibió a lo largo de un doloroso período en que le fueron suspendidos sus derechos de miembro: "Cuando los hermanos del obispado me escucharon, pude sentir un amor que nunca había sentido antes. Todos lloraron conmigo".

A pesar de que, al principio, sintió como si el corazón "fuera a quebrarse en miles de pedazos", al día siguiente le invadió un espíritu de consuelo y comprendió que no sería abandonada.

Una de las cosas más difíciles para ella fue ir a las reuniones de la Iglesia al domingo siguiente, aun cuando resultó mucho más fácil de lo que había pensado. El obispo se tomó el tiempo de recibirla y darle la bienvenida. Con y sin palabras, los miembros del obispado, quienes habían participado en el consejo, expresaron su amor e interés. Nadie más estaba enterado de la situación. "No hubo la más mínima señal de falta de respeto", dijo ella.

Con el transcurso de las semanas y de los meses, se dio cuenta de que su dolor y sufrimiento, de hecho, la estaban ayudando en el proceso de purificación. Lo que es más, ese dolor y ese sufrimiento constituían un elemento imprescindible en dicho proceso. Y el dolor que su familia experimentó se vio en parte aliviado gracias a la bondad y la consideración demostrada por otras personas.

Con agonía ella reconoce: "Todo miembro de la Iglesia debe comprender que también él o ella es capaz de pecar. ¡Cuán grande el precio que he pagado por engañarme a mí misma en cuanto a lo que estaba haciendo!".

PROTEJÁMONOS CONTRA EL PECADO.

Debemos tener constante cuidado con nuestros pensamientos. Los pecados graves casi siempre empiezan con pensamientos indignos. Hace algunos años, bajo la dirección de la Primera Presidencia, entrevisté a un hombre con miras a que se le restauraran la autoridad del sacerdocio y las bendiciones del templo. Se le había excomulgado mientras servía en un importante llamamiento en su barrio. En el curso de nuestra conversación, le pregunté: "¿Cómo fue que sucedió todo esto?".

En un tono de voz serio me contestó: "Todo empezó cuando decidí hojear una revista pornográfica. Ese insignificante incidente me llevó a cosas cada vez más inmorales incluyendo películas y videos eróticos hasta que cometí adulterio con una prostituta".

El hombre continuó diciendo: "Al pensar en todo eso, me cuesta creer que fui capaz de hacer cosas tan horribles. Pero las hice y todo empezó con una revista pornográfica. Hermano Ballard, hágales saber a los santos que deben tener cuidado con lo que miran y lo que ven en la televisión, en películas y en videos".

Otro joven que cayó en más o menos las mismas circunstancias, más tarde atribuyó su retorno a la Iglesia a la influencia de varios amigos y miembros del barrio que lo pusieron bajo sus alas y le ayudaron a reconocer que era un alma digna de salvar. El presidente del quórum de élderes, en particular, y su familia, ofrecieron su amistad a ese joven y a su esposa. Les hicieron sentirse amados, necesitados, valorados y bienvenidos en la Iglesia.

Una hermana a quien, tras años de fiel y abnegado servicio a la Iglesia, se le tuvo que disciplinar, dijo: "No tenía idea de que fuera capaz de cometer una transgresión tan grave. Había dado por sentado que si sabía que algo estaba mal, nunca lo haría. Cuán poco entendí la extraña dinámica de la conducta humana, o aquello de lo que yo era capaz".

No debemos nunca olvidar que Satanás es real y que tiene el poder de "prender" a los seres mortales "con sus sempiternas cadenas . . . y los conduce astutamente al infierno" (2 Nefi 28:19, 21). Los consejos disciplinarios de barrio y de estaca son una parte importante del plan de Dios de redimir a Sus hijos de las cadenas del pecado. Todos los que sirven en esos consejos o que tratan de influir positivamente en la vida de seres queridos que han sido disciplinados, deben tener presente la importancia de amar sin juzgar; ser sensibles y considerados sin entrometerse; ser afectuosos sin condescendencia; perdonar y olvidar. Por sobre todo lo demás, tenemos que recordar lo que dijo el Señor: "He aquí, quien se ha arrepentido de sus pecados es perdonado; y yo, el Señor, no los recuerdo más" (D&C 58:42).

Siendo que todos, en mayor o menor grado, somos espiritualmente impuros a causa del pecado y que, por consiguiente, tenemos necesidad del sacrificio expiatorio del Señor Jesucristo, ¿podemos encontrar justificativo para no obrar de esa manera?

CAPITULO 8

LOS CONSEJOS FAMILIARES.

Cuando un amigo mío empezó a desempeñarse como rector de una pequeña universidad, se mudó con su esposa y sus tres hijos a una residencia de propiedad de la institución. Ya que no tenían que pagar por la vivienda, decidió que podían invertir en un nuevo automóvil. Pero en vez de iniciar el proceso normal de probar diferentes vehículos, negociar con vendedores y finalmente comprar un auto, prefirió valerse del consejo familiar para llegar a una decisión.

"Presentó la idea a la familia en una noche de hogar", recuerda uno de sus hijos. "Nos pidió a nosotros tres, que en ese entonces íbamos a la escuela primaria, así como a mamá, que diéramos nuestro parecer y presentáramos nuestras preferencias e ideas. Llegamos a la conclusión de que no teníamos suficiente en qué basarnos para tomar una decisión atinada, así que empezamos a recabar información sobre nuevos automóviles, la cual podríamos repasar juntos".

Mi amigo llevó a su casa folletos, fotografías y hasta diapositivas de los últimos modelos de automóviles. Los niños fueron a la biblioteca pública, se fijaron en docenas de revistas y artículos y hablaron con sus amigos en cuanto a los vehículos de su preferencia. En otra noche de hogar intercambiaron la información que habían recogido y empezaron a reducir la lista de posibles automóviles a considerar. Después la familia hizo varias visitas a concesionarios para probar diferentes autos.

Finalmente, la familia decidió en cuanto a una marca y un modelo en particular, pero ése fue apenas el comienzo del proceso de tomar una decisión final. Todavía tenían que considerar colores y otras opciones. Así que a cada miembro de la familia se le concedió la oportunidad de dar a conocer sus preferencias y cada uno de los detalles fue puesto a votación.

"Después de todo eso", continuó diciendo el hijo, "la mayoría se decidió por un automóvil color metálico con el interior en azul claro. Mamá había sugerido otro color para el tapizado pero no recibió el voto de aprobación de los demás".

Siendo que muy pocos concesionarios disponían de unidades en color metálico con interiores en azul claro, tuvieron que hacer un pedido especial a la fábrica en Detroit (estado de Michigan). Mientras aguardaban la llegada del nuevo auto, la familia se reunió con regularidad para planear el viaje de vacaciones que emprenderían como inauguración de su nuevo vehículo familiar. Ajustándose al mismo modelo de juntar información, expresar preferencias e intercambiar ideas como consejo familiar, decidieron hacer un viaje al Parque Nacional Yellowstone.

"Resultó ser un auto extraordinario y el viaje fue magnífico", comentó uno de los hijos. "No creo que ninguno de nosotros pueda olvidar jamás aquel auto ni aquellas vacaciones, y tampoco el proceso que seguimos para ambas realizaciones".

El hecho de que todo esto haya sucedido en 1957 y todavía provoque tan buenos recuerdos, es prueba suficiente del poder que puede tener un consejo familiar en el fortalecimiento de los lazos y la unidad familiares, así como en la creación de maravillosos recuerdos.

El élder L. Tom Perry de los Doce Apóstoles explicó que la reunión de consejo familiar es el marco ideal donde enseñar a los hijos "a prepararse para su papel como miembros de la familia y futuros padres". En los consejos familiares, añadió, el padre y la madre pueden ofrecer capacitación en temas tales como "preparación para el templo, para la obra misional, para la administración del hogar y de la economía familiar, para la educación, el trabajo en la comunidad, el

desarrollo cultural, la adquisición y el cuidado de las posesiones personales, el planeamiento para las horas libres, las asignaciones de trabajo, etc.". También sugirió que antes de que los miembros de la familia se reúnan para tratar asuntos como consejo, sería bueno que los padres llevaran a cabo reuniones de "'comité ejecutivo familiar' . . . para hacer planes. Este comité, formado por marido y mujer, conversaría, planearía y se prepararía para desempeñar su papel directivo en la organización familiar" (véase Liahona, febrero de 1981, pág. 12).

Al igual que en el caso de otros, el consejo familiar puede ser una fuerza positiva y orientadora en la vida de los miembros de la Iglesia. Puede contribuir al orden en el hogar, ofrecer un medio para sanar sentimientos heridos, dar a los padres un importante elemento para combatir influencias externas y crear la oportunidad de enseñar las importantes verdades del Evangelio. Pero, así como sucede con otros consejos, éste será provechoso únicamente en la medida que esté formado y se le lleve a la práctica debidamente. Por cierto que los principios que gobiernan los consejos familiares son básicamente los mismos que gobiernan los consejos de la Iglesia. Su objetivo general es el mismo. Nosotros queremos para nuestra familia lo mismo que nuestro Padre Celestial anhela para la Suya: "inmortalidad y vida eterna" (Moisés 1:39). Queremos fomentar relaciones que se extiendan más allá de esta vida.

Hace un tiempo, me quedé sorprendidamente sin aire mientras subía por un pequeño cerro. Preocupado, hice una consulta con mi médico y poco después me hallé internado en el Hospital LDS en Salt Lake City. El médico me informó que sería necesario hacer una operación de corazón abierto. El cirujano vino a mi habitación a las 11:00 de la mañana y me explicó en qué consistiría el procedimiento. Cuando se retiraba, dijo: "Reúna a su familia antes de la operación".

Sinceramente, no presté mucha atención a lo que había dicho. Cuando regresó a verme a las 2:00 de la tarde, me preguntó: "¿Ha hecho los arreglos para reunir a su familia?".

"Pues, no," le contesté. "No lo hice".

Me miró de la manera que únicamente puede mirar un cirujano que sabe a lo que se enfrenta su paciente y repitió su admonición anterior: "Reúna a su familia".

No fue sino hasta ese momento que empecé a comprender que aquella operación podría ser un poco más complicada que lo que en principio se había creído. Así que pedí a los miembros de mi familia que vinieran a mi habitación para efectuar un consejo familiar especial, ocasión en la cual ocurrió algo muy interesante. Cuando los vi a todos alrededor de mi cama, sentí un abrumador deseo de dar instrucciones a mis hijos para el caso de que algo me sucediera. Lo primero que les pedí fue que velaran por su madre y lo segundo, que velaran los unos por los otros. Nada en la vida es más importante que nuestra familia, por lo que debemos aprovechar las oportunidades de aconsejarnos mutuamente. Gracias al sabio consejo que recibí de mi amigo cirujano, mi familia y yo vivimos un momento de unión que permanecerá eternamente como un recuerdo invaluable para todos nosotros. Por encima de cuán difíciles puedan resultar algunos desafíos, debemos superarlos juntos.

En las revelaciones leemos: "He aquí, mi casa es una casa de orden, dice Dios el Señor, y no de confusión" (D&C 132:8). Asimismo, el Señor instruyó a Sus seguidores del siglo diecinueve, diciendo: "Organizaos; preparad todo lo que fuere necesario; y estableced un casa, sí, una casa de oración, una casa de ayuno, una casa de fe, una casa de instrucción, una casa de gloria, una casa de orden, una casa de Dios" (D&C 88:119). Aun cuando estos versículos de las Escrituras se refieren específicamente a los santos templos de Dios, también se les puede y debe aplicar a nuestro hogar. Los consejos familiares, dirigidos por padres rectos y amorosos que se esfuerzan por enseñar a sus hijos a amarse y respetarse mutuamente, pueden, realmente, crear un marco de disciplina, orden y amorosa cooperación en el hogar.

LA PROCLAMACIÓN SOBRE LA FAMILIA.

En 1995 la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce publicaron un trascendental documento llamado La Proclamación sobre la Familia. Sólo cinco veces en la historia de la Iglesia la Primera Presidencia y el Quórum de los Doce Apóstoles han sentido la necesidad de hacer una proclamación al mundo sobre un tema en particular, razón por la cual podemos estar seguros de que esta organización eterna a la que conocemos como la familia tiene una importancia extraordinaria en el reino de nuestro Padre Celestial. Consideremos nuevamente las palabras del documento en lo que se relaciona con nuestro análisis de los consejos de la Iglesia y los consejos familiares:

Nosotros, la Primera Presidencia y el Consejo de los Doce Apóstoles de la Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días, solemnemente proclamamos que el matrimonio entre el hombre y la mujer es ordenado por Dios y que la familia es la parte central del plan del Creador para el destino eterno de Sus hijos.

Todos los seres humanos, hombres y mujeres, son creados a la imagen de Dios. Cada uno es un amado hijo o hija espiritual de padres celestiales y, como tal, cada uno tiene una naturaleza y un destino divinos. El ser hombre o mujer es una característica esencial de la identidad y el propósito eternos de los seres humanos en la vida premortal, mortal y eterna.

En la vida premortal, los hijos y las hijas espirituales de Dios lo conocieron y lo adoraron como su Padre Eterno, y aceptaron Su plan por el cual obtendrían un cuerpo físico y ganarían experiencias terrenales para progresar hacia la perfección y finalmente cumplir su destino divino como herederos de la vida eterna. El plan divino de felicidad permite que las relaciones familiares se perpetúen más allá del sepulcro. Las ordenanzas y los convenios sagrados disponibles en los santos templos permiten que las personas regresen a la presencia de Dios y que las familias sean unidas eternamente.

El primer mandamiento que Dios les dio a Adán y a Eva tenía que ver con el potencial que, como esposo y esposa, tenían de ser padres. Declaramos que el mandamiento que Dios dio a sus hijos de multiplicarse y henchir la tierra permanece inalterable. También declaramos que Dios ha mandado que los sagrados poderes de la procreación se deben utilizar sólo entre el hombre y la mujer legítimamente casados, como esposo y esposa.

Declaramos que la forma por medio de la cual se crea la vida mortal fue establecida por decreto divino. Afirmamos la santidad de la vida y su importancia en el plan eterno de Dios.

El esposo y la esposa tienen la solemne responsabilidad de amarse y cuidarse el uno al otro, y también a sus hijos. "He aquí, herencia de Jehová son los hijos" (Salmos 127:3). Los padres tienen la responsabilidad sagrada de educar a sus hijos dentro del amor y la rectitud, de proveer para sus necesidades físicas y espirituales, de enseñarles a amar y a servirse el uno al otro, de guardar los mandamientos de Dios y de ser ciudadanos respetuosos de la ley dondequiera que vivan. Los esposos y las esposas, madres y padres, serán responsables ante Dios del cumplimiento de estas obligaciones. La familia es ordenada por Dios. El matrimonio entre el hombre y la mujer es esencial para Su plan eterno. Los hijos tienen el derecho de nacer dentro de los lazos del matrimonio, y de ser criados por un padre y una madre que honran sus promesas matrimoniales con fidelidad completa. Hay más posibilidades de lograr la felicidad en la vida familiar cuando se basa en las enseñanzas del Señor Jesucristo. Los matrimonios y las familias que logran tener éxito se establecen y mantienen sobre los principios de la fe, la oración, el arrepentimiento, el perdón, el respeto, el amor, la compasión, el trabajo y las actividades recreativas edificantes. Por designio

divino, el padre debe presidir sobre la familia con amor y rectitud y tiene la responsabilidad de protegerla y de proveerle las cosas necesarias de la vida. La responsabilidad primordial de la madre es criar a los hijos. En estas responsabilidades sagradas, el padre y la madre, como iguales, están obligados a ayudarse mutuamente. Las incapacidades físicas, la muerte u otras circunstancias pueden requerir una adaptación individual. Otros familiares deben ayudar cuando sea necesario.

Advertimos a las personas que violan los convenios de castidad, que abusan de su cónyuge o de sus hijos, o que no cumplen con sus responsabilidades familiares, que un día deberán responder ante Dios. Aún más, advertimos que la desintegración de la familia traerá sobre el individuo, las comunidades y las naciones las calamidades predichas por los profetas antiguos y modernos.

Hacemos un llamado a los ciudadanos responsables y a los representantes de los gobiernos de todo el mundo a fin de que ayuden a promover medidas destinadas a fortalecer la familia y mantenerla como base fundamental de la sociedad.

¿Puede alguien leer y considerar estas palabras sin captar la inigualable magnitud del hogar y de la familia en lo que respecta al logro de la voluntad de Dios en la vida de Sus hijos? No hubo otra época en la historia en que el mundo haya tenido una necesidad mayor que en el presente de la fortaleza y la seguridad que se pone de manifiesto y se cultiva más que en ningún otro lugar, dentro del profundo y fértil terreno del seno familiar. Y tampoco hubo otra época en que la familia se haya encontrado bajo un ataque más perverso de las fuerzas antagónicas del mundo contra la poderosa fuente de luz que emana del hogar. En estos tiempos tan peligrosos, el éxito de la familia se logra con una variedad de herramientas. Una de las más útiles entre todas ellas es el consejo familiar, tanto como una reunión regularmente programada o cuando surgen necesidades especiales. Es, precisamente, en nuestros consejos familiares donde planeamos actividades para la familia, compartimos las cargas y los regocijos de cada uno de sus miembros y nos aconsejamos mutuamente a fin de permanecer todos en el debido sendero espiritual.

CÓMO COMPARTIR CARGAS Y REGOCIJOS MEDIANTE EL CONSEJO FAMILIAR.

Cuando los miembros de una familia empezaron a darse cuenta de que su hogar estaba siendo invadido por la contención, convocaron un consejo familiar para tratar la situación. "Empecé por explicar lo que había observado y cómo me sentía al respecto", dijo el padre. "Mi esposa hizo lo mismo y, después, cada uno de los siete hijos que todavía quedaban en casa, del mayor al menor, tuvo la oportunidad de expresar sus sentimientos".

Los padres comprendieron que desde que sus hijos mayores habían salido del hogar, uno de ellos por haberse casado y otro para ir a la universidad, una injusta carga de responsabilidad había recaído sobre los dos hijos mayores de los que quedaban en la casa. Las deliberaciones del consejo resultaron en una distribución más equitativa de responsabilidades entre los hijos, así como una significativa reducción en los niveles de frustración de la familia.

Algo similar sucedió en otra familia de siete hijos. "Como es fácil de imaginar, en una casa con siete hijos a menudo me frustraban los problemas cotidianos", dijo la madre. "De vez en cuando me sentía abrumada y luego me desanimaba. Esos sentimientos siempre pasaban, pero me preguntaba si acaso llegaríamos a progresar hasta un día poder ser el tipo de familia que considerábamos que debíamos ser".

Entonces los padres oyeron a una Autoridad General enseñar que el consejo básico de la Iglesia es el consejo familiar.

"Esto me impresionó muchísimo", dijo la madre. "Después de hablarlo con mi marido, decidimos empezar a efectuar consejos familiares en nuestro hogar. Se lo explicamos a nuestros hijos y comenzamos a llevar a cabo consejos todos los domingos por la noche.

"Me sorprendieron muy favorablemente los resultados que hemos tenido", continuó diciendo la hermana. "Uno por uno, empezamos a hacer frente a los problemas que veíamos en nuestra familia. De ninguna manera nos consideramos ahora perfectos, pero por primera vez estamos empezando a ver progresos. Y cuando se presenta algún problema nuevo, simplemente me escribo una nota, como lo hacen los demás miembros de la familia, las cuales llevamos a nuestra próxima reunión de consejo para tratarlos".

Demasiado a menudo se efectúan consejos familiares solamente cuando los padres consideran que hay problemas y cuando piensan que tienen todas las respuestas. De la misma manera que erran algunos presidentes y obispos en otros consejos de la Iglesia al pensar que es su responsabilidad hallar todas las soluciones a los problemas que enfrentan sus respectivas organizaciones, los padres se privan de una valiosa inspiración si deciden no dar la debida consideración a las ideas que sus hijos aportan al consejo familiar. Recuerden que aun cuando los hijos nunca tienen el derecho de ser irrespetuosos con sus padres, sí lo tienen de que se les escuche. Ellos necesitan un ambiente calmo en donde se puedan tratar reglas y principios que ellos no entiendan y en donde se les preste atención. El consejo familiar crea el marco ideal para una comunicación provechosa. Las reglas y las normas familiares serán mucho mejor aceptadas y seguidas si se da a todos los miembros de la familia la oportunidad de participar y de acordar en cuanto a ellas.

Un matrimonio estaba muy preocupado porque una de sus hijas adolescentes se rodeaba de amistades cuyos valores eran muy diferentes a los enseñados por la familia y la Iglesia. Les inquietaba particularmente la relación que se estaba desarrollando entre su hija y un joven de dudosa reputación. Trataron de combatir la situación tan adversa que acechaba a su hija imponiendo una serie de nuevas reglas familiares, amenazas y medidas disciplinarias. Pero todo eso sirvió sólo para acrecentar la tensión y la contención en el hogar.

Finalmente, los padres decidieron formar un consejo familiar especial integrado por ellos dos y su hija mayor, quien tenía un año más de edad que la que estaba pasando momentos difíciles. "Los tres lloramos al compartir sentimientos de amor mutuo y temores en cuanto a la dirección en que parecía encaminarse nuestra segunda hija", dijo el padre. "Nuestra hija mayor sugirió respetuosamente que debíamos dejar de criticar a las amistades de su hermana porque corríamos el riesgo de alejarla de nosotros. Recomendó que creáramos un ambiente más amigable en nuestro hogar que alentara a nuestra otra hija a traer a sus amigos a la casa, en donde quizás podríamos ser una buena influencia también para ellos".

Después de mucho pensar, ayunar y orar, el consejo familiar especial formuló un plan: tratarían de ser lo más positivos posible y se esforzarían por descubrir los aspectos buenos en las amistades de su hija. "Queríamos ser amigos de sus amigos a fin de que ellos no se mostraran tan inclinados a influir en nuestra hija para que nos resistiera", agregó el padre. "También la animamos a que invitara a sus amigos a venir a nuestra casa a menudo. De esa manera podríamos observarlos más de cerca, permitiéndole a ella, al mismo tiempo, satisfacer sus necesidades sociales".

El consejo familiar especial también decidió invitar a los misioneros regulares a cenar más seguido. "A medida que nuestra hija fue conociendo mejor a los misioneros y confiando más en

ellos, resultó natural y lógico que nosotros le sugiriéramos que ella invitara a sus amigos a escuchar las charlas misionales", dijo el padre. "La felicitamos haciéndole saber que era la única misionera activa en nuestra familia ya que nadie más que ella tenía amigos que no eran miembros de la Iglesia a quienes poder presentarles el mensaje del Evangelio".

Las experiencias misionales resultantes fueron surtidas. Cuando los misioneros le enseñaron a la mejor amiga de la joven, dijeron que fueron algunas de las lecciones más espirituales que jamás habían dado. Cuando le enseñaron al muchacho, sin embargo, las charlas no fueron muy bien recibidas. Pero aun eso tuvo un resultado positivo en lo concerniente a la familia. "A las dos o tres semanas advertimos que el joven dejó de venir y de llamar", comentó el padre. "Más adelante nos enteramos de que estaba diciéndoles a otras personas que nuestra familia era demasiado 'mormona' para él".

Esos buenos padres dicen que la sugerencia de su hija mayor en aquel consejo familiar especial fue lo que mantuvo unida a la familia. "Estamos muy agradecidos de que el Espíritu del Señor haya obrado a través de ella en favor de nuestra familia".

Y muy sabios fueron esos padres en prestar más atención a las ideas y los sentimientos expresados por su hija en aquel consejo familiar especial.

DIFERENTES FAMILIAS, DIFERENTES CONSEJOS.

Existen tantos tipos diferentes de consejos familiares como los hay de familias. Los consejos familiares pueden consistir en uno de los padres con un hijo, uno de los padres y varios hijos, ambos padres con un hijo o solamente los padres. Más allá del tamaño o de las características del consejo familiar, las cosas que más importancia tienen son la motivación amorosa, una atmósfera de conversación franca y abierta y el estar dispuestos a escuchar a los demás miembros del consejo, así como a los susurros del Espíritu Santo cuando confirma la verdad y la dirección que se debe seguir.

Cuando un matrimonio mayor encontró un momento de tranquilidad en su hogar, dedicaron un par de horas al estudio de las Escrituras. El hombre, quien en ese momento servía como presidente de estaca, interrumpió lo que estaban leyendo en el libro de Mateo para consultar a su esposa sobre un asunto de la estaca.

"Yo nunca hablo de situaciones de mi llamamiento con ella, pero sentí la necesidad de mencionarle algunas preocupaciones generales de la estaca en cuanto a familias que estaban fallando", dijo él. "Me estaba preocupando nuestra aparente ineptitud de usar el poder del sacerdocio para poner fin a esa tendencia. Habíamos estado tratando de hacer que los líderes del sacerdocio visitaran a los miembros en sus respectivos hogares para obtener una idea de lo que estaba sucediendo en las familias, pero no estábamos teniendo mucho éxito. Así que le pedí a mi esposa, que era la presidenta de la Sociedad de Socorro de nuestro barrio, que me diera su opinión".

Y qué buena opinión le dio. Como la mayoría de las presidentas de Sociedad de Socorro, esa buena mujer había dedicado una considerable cantidad de tiempo a ayudar y a visitar a las hermanas del barrio en sus respectivos hogares. Indicó que su mayor frustración era no disponer del tiempo suficiente para compartir con los líderes del sacerdocio toda la información que había recogido de los contactos personales con las hermanas, así como de los informes de las maestras visitantes y del servicio compasivo que ella recibía.

"Las reuniones mensuales de bienestar no son suficientes", dijo ella. "Y a pesar de que hablo frecuentemente con el obispo, por lo general es sobre temas de bienestar específicos y urgentes".

Al escuchar sus preocupaciones, el esposo empezó a darse cuenta del poder de la Sociedad de Socorro y de las hermanas de la Iglesia y ganó un agradecimiento mayor por la bendición que significaba para él su compañera eterna.

"Ese consejo familiar de marido y mujer nos dio la oportunidad de aconsejarnos mutuamente de una manera significativa", dijo el presidente. "El Espíritu del Señor estaba con nosotros y como resultado de nuestro intercambio franco y abierto, nos acercamos más al Señor y entre nosotros y nos ayudó a estar en mejores condiciones de ministrar en nuestros respectivos llamamientos".

Los consejos familiares pueden ser una bendición en la vida de las familias y de cada uno de sus miembros, aquí y en la eternidad. Por medio de ellos podemos acercarnos a nuestras familias y a Dios. También ofrecen una oportunidad singular a padres y madres de extender su amorosa influencia en maneras muy importantes. Otro padre comparte el siguiente ejemplo poderoso sobre ese concepto:

Hace poco mi madre sufrió una embolia que le paralizó el lado izquierdo, lo cual no le permitía tragar. Todo hacía pensar que fallecería esa misma noche. Aun cuando ya nos había dado instrucciones de que no quería que se le mantuviera con vida por ningún medio artificial, el médico aconsejó a mi padre y decidieron tratar que pasara sus últimas horas lo más tranquila posible con la ayuda de oxígeno y de inyecciones intravenosas.

En un determinado momento, durante la larga noche, mamá recobró brevemente el conocimiento y levantó tres dedos, como indicando que sabía que su cuarto hijo todavía no estaba a su lado. Entonces fijó la vista en el aire sobre su cama, extendió sus brazos y sonrió. Tuvimos la impresión de que había visto algo que nosotros no podíamos ver.

Al amanecer todavía estaba con vida pero en estado de coma. Siguió en esa condición por el resto del día y, por la tarde, mi cuñado sugirió que celebráramos un consejo familiar. Tras reconocer la autoridad de mi padre como cabeza de la familia, él sugirió que tuviéramos una oración alrededor de la cama. Así lo hicimos y enseguida mamá despertó. Miró detenidamente a cada uno de los miembros de la familia, a todos, incluyendo a su cuarto hijo, para entonces reunidos en su habitación. Uno por uno los llevó junto a ella y con la mano que podía aún usar, los abrazó reverentemente. Cuando hubo terminado de hacerlo, volvió a recostarse y entró nuevamente en coma. Le dimos una bendición del sacerdocio, pidiendo que ella no se preocupara por nosotros y regresara tranquila a la presencia de nuestro Padre Celestial.

A la mañana siguiente todavía se encontraba de este lado del velo. Durante los dos días próximos, los médicos le hicieron exámenes para determinar si había alguna posibilidad de que se recuperara de la embolia. Finalmente se nos informó que su condición era irreversible y que lo único que la estaba manteniendo con vida era el tratamiento intravenoso. La decisión era nuestra, dijo el médico, en cuanto al momento apropiado para discontinuar el tratamiento.

Mi padre pidió que volviéramos a reunirnos como consejo familiar. Todos los hijos, sus cónyuges y mi tío y mi tía estábamos allí. Una vez sentados, mi padre de ochentiséis años de edad se puso de pie y, después de una oración, pidió el parecer de cada uno de los presentes. Vi a mi padre tomar la iniciativa y dirigir el consejo de la misma manera que lo había visto tantas otras veces. Parecía ganar fuerzas a medida que dirigía los asuntos del consejo con dignidad, respeto y el gran poder del sacerdocio. Finalmente decidimos que aguardaríamos un par de días más antes de pedirle al médico que interrumpiera el tratamiento intravenoso. Tras expresar su amor por mamá y por cada uno de nosotros, dio por terminado el consejo con una oración y la influencia del Consolador siguió junto a nosotros por el resto de ese día.

Mamá falleció en calma varios días después, ganando algo de conocimiento una vez para reconocer la presencia de su hermana y en otra ocasión cuando mi padre le dio una bendición. Todo parecía indicar que estaba aguardando a que, como familia, estuviéramos tranquilos y unidos en la dirección que debíamos seguir. Esa unidad y esa paz fueron el resultado del consejo del sacerdocio, un proceso ordenado por Dios.

Al compartir nuestras familias momentos como éstos, aconsejándonos mutuamente desde el punto de vista del Evangelio y comprendiendo que somos la familia de Dios, llegamos a saber que nos ama, que somos de gran valor para Él, que está interesado en nosotros, que quiere ayudarnos y darnos el apoyo que necesitamos en momentos de crisis. Gran parte de ese apoyo y fortaleza nos llega al aconsejarnos mutuamente.

CAPITULO 9

"RAZONEMOS JUNTOS"

Un miércoles por la noche, cierto obispo tenía unos pocos minutos entre dos entrevistas, así que decidió pasar por la capilla para ver cómo marchaban los ejercicios de apertura de la Mutual. Lo que vio lo frustró y mortificó bastante.

"No lo podía creer", dijo con un movimiento de cabeza que denotaba desazón. "Tres de mis presbíteros estaban sentados sobre la mesa de la Santa Cena riéndose a carcajadas, mientras la presidenta de las Laureles trataba de dar comienzo a la reunión desde el púlpito. Algunas jovencitas estaban recostadas sobre los bancos de un lado de la capilla manteniendo una conversación muy animada, en tanto que un par de Scouts jugaban a las pulseadas sobre la baranda del estrado.

"Eché una mirada alrededor para ver qué era lo que estaban haciendo los asesores para retomar el control de la situación, pero sólo vi a dos de mis asesoras de las Mujeres Jóvenes conversando en el fondo de la capilla, al parecer ignorantes de lo que estaba ocurriendo a su alrededor. Ni el presidente de los Hombres Jóvenes ni la presidenta de las Mujeres Jóvenes se hallaban en el salón en ese momento. Aquello era un verdadero caos.

El obispo fue hasta el frente de la capilla y restauró el orden, pero por el resto de la semana, no pudo quitar de su mente la imagen de aquellos adolescentes y algunos de sus líderes comportándose de una manera tan irrespetuosa en la capilla. Al domingo siguiente, en la reunión de obispado, comentó el incidente con sus consejeros y les preguntó qué opinaban que se debía hacer. Discutieron el asunto por unos momentos y decidieron que sería un buen tema para tratar en la reunión del consejo de barrio. Así fue que a la semana siguiente el obispo presentó su preocupación ante la totalidad del consejo. "En mi opinión", dijo, "lo que tenemos entre manos es una falta de respeto hacia la capilla como un lugar especial, un recinto importante donde todos los domingos se lleva a cabo una ordenanza sagrada. ¿Cómo podemos enseñar eso a nuestros jóvenes para que lo entiendan?"

Un profundo silencio se produjo en la reunión. Todas las miradas estaban fijas en el obispo con gran expectativa. Finalmente, el líder del grupo de sumos sacerdotes habló: "¿Qué es lo que desea que hagamos, obispo?", preguntó.

"No lo sé," respondió el obispo. "Sinceramente no tengo ninguna respuesta en este caso. Tengo algunas ideas, pero realmente me interesa escuchar lo que puedan decirme. Ustedes son los padres de esos jóvenes; son sus líderes y maestros. Ustedes les conocen y les aman tanto como yo. Realmente quiero saber qué opinan. ¿Cómo llegamos a ellos? ¿Cómo les enseñamos?"

"Muy bien", dijo la presidenta de la Sociedad de Socorro, "si quiere que le diga la verdad, no es sólo la juventud la que tiene problemas para captar ese concepto. Hay personas mayores que tampoco parecen no saber cómo ser reverentes en la capilla".

"Y las cosas se ponen todavía peor en el salón de actividades", agregó el presidente del quórum de élderes. "¿Ha prestado atención a algunos de los incidentes que ocurren durante los partidos de basquetball de los hombres? Hay veces que me cuesta creer que la mayoría de los hermanos con quienes estoy jugando son ex misioneros y que estamos jugando en un centro de reuniones que ha sido dedicado. Ese solo hecho tendría que hacernos elevar un poco nuestras normas de comportamiento".

"Tendríamos que tratar de captar la atención de todos los presentes desde el comienzo de la reunión sacramental", comentó uno de los consejeros en el obispado. "Mi esposa me dijo que la semana pasada, cuando empecé a leer los anuncios, apenas si me oía por encima de todo el barullo que había en la capilla".

"Muy bien, entonces estamos todos de acuerdo en cuanto a que existe un problema", dijo el obispo. "¿Qué es lo que vamos a hacer al respecto?"

"Hay una canción que cantan los niños en la Primaria que me viene la mente", dijo la presidenta de la Primaria. "Dice: `La reverencia es más que estar quietos; es recordar al Señor, ver las bendiciones del Padre en los cielos; es un sentimiento de amor. Cuando soy reverente, en mis actos se ve, mis palabras expresan bondad. Cuando soy reverente, yo sé que Jesús y el Padre muy cerca están'" ("La reverencia es amor", Canciones para los niños, 12).

"Considero que eso es lo que tenemos que enseñarles a nuestros niños, a nuestros jóvenes y a nuestros adultos", continuó diciendo la presidenta de la Primaria. "No se trata solamente de estar callados durante la reunión sacramental. Este problema esta relacionado con el grado de amor y respeto que sentimos hacia nuestro Padre Celestial y el Señor Jesucristo. Cualquier cosa que hagamos que no se refiera a ese asunto en particular, no servirá para nada".

"En otras palabras", dijo el presidente de los Hombres Jóvenes, "el comportamiento irrespetuoso en la capilla es apenas una manifestación exterior de un problema mucho más profundo que parece existir en todo el barrio. Todo se resume a tener un testimonio personal. Si podemos fortalecer el testimonio de los miembros del barrio, seguramente querrán ser más reverentes."

"Pero también debemos enseñarles qué es lo que constituye una conducta apropiada y qué es contrario a ella", dijo la presidenta de las Mujeres Jóvenes. "No podemos dar por sentado que, si la gente tiene un testimonio firme, automáticamente sabrán cómo actuar en la capilla. Yo pienso que algunos de los jóvenes que se estaban comportando indebidamente la otra noche tienen un testimonio; simplemente no saben que no deben comportarse de esa manera en la capilla. Nadie les ha enseñado lo contrario, así que actúan en base a lo que ven hacer a otros".

"Estoy de acuerdo con los dos puntos de vista", dijo el obispo. "Tenemos que hacer un mejor trabajo al enseñar sobre el testimonio y la conducta. Entonces . . . ¿cómo lo logramos? Empecemos por el concepto de enseñar sobre la reverencia, el respeto y el amor hacia nuestro Padre Celestial y Su casa. ¿Qué podemos hacer para ayudar a nuestros miembros a ser más dedicados y sensibles espiritualmente?"

"Bueno, a mí me da la impresión de que los sumos sacerdotes más espirituales son aquellos que concurren al templo regularmente", dijo el líder del grupo de los sumos sacerdotes. "La asistencia al templo hace crecer la percepción hacia los lugares sagrados. Yo sugeriría que hiciéramos un esfuerzo por ayudar a los miembros adultos a ser dignos de recibir y mantener la recomendación para el templo a fin de que puedan ser partícipes de las bendiciones que se reciben al ir a él con regularidad".

"Ésa es una gran idea", dijo la presidenta de la Sociedad de Socorro. "Pero no limitemos la buena influencia de la asistencia al templo a los adultos. Recuerdo la última vez que los jóvenes fueron a hacer bautismos por los muertos. Si lo que estamos tratando es de enseñar reverencia y respeto hacia el Señor, no hay mejor lugar que el templo para que ellos perciban ese sentimiento".

"Excelente sugerencia", añadió el obispo. "Pienso que nuestro plan debería ser una combinación de dignidad y adoración. ¿Se les ocurre algo más?"

"Tal vez podríamos considerar el trasladar los ejercicios de apertura de la Mutual al salón de la Primaria por un tiempo, al menos hasta que tengamos las cosas bajo control," dijo el presidente

de los Hombres Jóvenes. "De esa manera les haremos saber de una forma clara a la juventud que el tipo de comportamiento que tuvo lugar la semana pasada en la capilla es totalmente inaceptable y que ya no será tolerado".

"O quizás podríamos enseñarles mejor a comportarse debidamente en la capilla", dijo la presidenta de las Mujeres Jóvenes. "Como lo ha dicho el obispo, había sólo dos asesoras allí durante los ejercicios de apertura y no estaban haciendo nada por controlar la situación. Tal vez si dedicáramos más tiempo durante las clases a explicar lo que significa demostrar nuestro amor y respeto hacia el Señor, y si los asesores y asesoras se comprometieran a estar presentes con los jóvenes para asegurarse de que recuerden en la casa de quién están, podremos ayudarlos a aprender, por medio de experiencias positivas, lo que se siente cuando nos reunimos en la capilla con un espíritu de adoración".

"Todo eso está muy bien, pero tenemos que seguir recordando que éste es un asunto que se aplica a otras personas además de los jóvenes", dijo el líder misional del barrio. "¿Recuerdan a la familia que traje a la reunión sacramental hace un par de meses? Hubo dos cosas que realmente les molestaron sobre nuestra reunión: el llanto de los niños y el ruido en la capilla con todas las conversaciones de los adultos, especialmente durante esos minutos anteriores a que el obispo se pusiera de pie para dar comienzo a la reunión. Así que no pensemos que los adultos no necesitan instrucción en cuanto a la manera de comportarse en la capilla".

"Muy bien, entonces, ¿cómo lo logramos?" preguntó el obispo.

Otra vez se produjo un gran silencio al considerar los miembros del consejo de barrio aquella pregunta.

"Quizás debemos preguntarnos a nosotros mismos qué es lo que queremos que suceda en vez de qué es lo que queremos hacer", dijo la presidenta de las Mujeres Jóvenes. "¿Sería posible determinar los resultados que queremos lograr y después la manera de alcanzarlos?"

El grupo consideró la pregunta por un momento. "Algo que yo desearía que sucediera", dijo uno de los consejeros del obispo, "es que la gente pudiera entrar en la capilla en cualquier momento y que todos se sintieran en un ambiente de calma, paz y reverencia".

"Yo pienso que lo que queremos es que nuestras reuniones influyan espiritualmente en la vida de las personas que asisten a ellas", dijo el presidente de la Escuela Dominical.

"Todo se resume a que queremos que la gente venga a la Iglesia y sienta el Espíritu", dijo el presidente del quórum de élderes.

"Lo que es más, queremos que nuestros miembros aprendan a ser receptivos a ese Espíritu cuando está presente", agregó la presidenta de la Primaria.

"Y queremos que la gente experimente el sentimiento de andar humildemente ante Dios, tanto aquí, en la iglesia, como en la vida diaria", dijo la presidenta de la Sociedad de Socorro.

El obispo consideró esas sugerencias y asintió con la cabeza. "Sí, queremos que sucedan todas esas cosas", dijo. "Y tenemos un par de buenas ideas para hacer que ocurran. ¿Alguien desea agregar algo más sobre el asunto?"

El líder misional del barrio levantó la mano con timidez. "No sé si será una buena idea decir esto, pero me da la impresión de que cualquier cosa que hagamos tiene que empezar con este grupo", dijo. "Si salimos de aquí muy resueltos y después, el domingo, volvemos a conversar en voz alta en la capilla y en el estrado, o si hacemos cosas que son

contrarias a crear un clima de respeto y reverencia en nuestras reuniones, no importa todo lo demás que hagamos y digamos. Nosotros tenemos que ser los que demos respeto y reverencia, particularmente en la capilla, y tenemos que ayudar a nuestras familias a ser parte de ese ejemplo.

"Miren a su alrededor", continuó diciendo. "Hay once familias representadas en esta reunión, con un total de unas cincuenta o sesenta personas. Nuestros cónyuges trabajan en las varias organizaciones del barrio. Nuestros hijos participan en los Hombres Jóvenes, las Mujeres Jóvenes y la Primaria. Si logramos enseñar este concepto a nuestras propias familias, tendremos una base firme sobre la cual edificar el programa. Y si nos expandimos para incluir a las familias de quienes sirven con nosotros nuestros consejeros, asesores y miembros de las mesas directivas tendremos una increíble oportunidad de marcar una gran diferencia en la vida espiritual de los miembros de este barrio".

Desearía agregar que demasiado a menudo nuestros miembros no muestran respeto hacia los maestros y los líderes. Son muchas las conversaciones personales que tienen lugar en las clases de la Escuela Dominical y durante las reuniones del sacerdocio y de la Sociedad de Socorro. El ruido y la confusión en nuestras capillas antes del comienzo de la reunión sacramental indicaría que no llegamos a entender claramente el significado de la reverencia. La reverencia se podría definir como un profundo respeto combinado con amor y admiración. Otras palabras que sirven para ayudarnos más a entender lo que es la reverencia son gratitud, honra y veneración. La raíz de la palabra, reverencia, también implica un elemento de temor. De tal modo, podría entenderse por reverencia una actitud de profundo respeto y amor, así como el deseo de honrar y de demostrar agradecimiento, conjuntamente con el temor de ofender a Dios. Sería maravilloso si pudiéramos entrar en la capilla y prepararnos para la reunión sacramental pasando unos minutos en silencio para reflexionar en cuanto a los dones y las bendiciones que hemos recibido. Me refiero a dones de paz, de perdón, de amor, de misericordia y de comprensión, así como el mayor de todos ellos: el de la vida eterna, el cual es posible gracias a la vida y el sacrificio de Jesucristo. ¿Tienen la más mínima idea de las cosas que podríamos descubrir y de las lecciones que podríamos aprender, si dedicáramos unos cinco o diez minutos, antes de cada reunión sacramental, a escuchar el preludio musical y a meditar en cuanto a nuestra vida y a Aquel a quien hemos ido a adorar?

Pero regresemos a la reunión del consejo de barrio. El obispo echó una mirada a todos quienes estaban sentados a su alrededor e hizo una breve pausa para considerar las sugerencias del consejo. "Gracias, hermanos y hermanas", dijo, con una sonrisa. "Han presentado excelentes ideas sobre lo que queremos que ocurra y lo que tenemos que hacer para que suceda. Me parece particularmente acertado lo del programa de dignidad y adoración en el templo. Considero que ése es, precisamente, el enfoque que el Señor quería que mantuviéramos. También me gusta la idea de enseñar reverencia y respeto por medio del precepto y el ejemplo, y estoy completamente de acuerdo con la sugerencia de que nosotros y nuestras respectivas familias seamos una gran influencia para el éxito de nuestros esfuerzos. Ésa es la dirección en que debemos encaminarnos. Ahora bien, dediquemos unos minutos a crear algunos planes específicos . . ."

¿Les resulta todo esto familiar? Espero que sí. Ésta es la manera como debe funcionar un consejo local de la Iglesia, con líderes visionarios y una participación franca de parte de todos los presentes. Tengan a bien advertir como:

- El problema es claramente presentado, aunque no permitiéndosele al consejo actuar negativamente.
- El líder del consejo controla la discusión sin monopolizarla. Hace preguntas y pide opiniones y después escucha.

- Los miembros del consejo opinan desde su propia perspectiva personal y no sólo como representantes de sus respectivas organizaciones (como cuando la presidenta de la Sociedad de Socorro sugirió que los jóvenes podrían beneficiarse al efectuar bautismos por los muertos).
- La atención se enfoca en "lo que queremos que suceda" en vez de en "lo que queremos hacer".
- En sus deliberaciones, el consejo nunca se aparta demasiado de la misión de la Iglesia de traer almas a Cristo por medio de la proclamación del Evangelio, el perfeccionamiento de los santos y la redención de los muertos.
- A los miembros del consejo no se les permite olvidar la importancia de su influencia y ejemplo individuales.
- Se pide el parecer de todos, pero las decisiones finales las toma el líder del consejo, quien se basa en la inspiración más que en la opinión personal al dirigir las decisiones del consejo.

NUESTRO DIVINO SISTEMA DE CONSEJOS.

Este sistema debe extenderse mucho más allá de las presidencias de estaca, los obispados y los consejos de estaca y barrio. También puede ayudar a las familias, a los quórumes del sacerdocio y a las organizaciones auxiliares a lograr sus misiones y metas respectivas. El sistema de consejos puede ayudar a los liderazgos de grupos de sumos sacerdotes, a las presidencias de quórumes de élderes y a los comités de quórum y de grupo a cumplir con sus importantes responsabilidades. Los líderes de los Hombres Jóvenes descubrirán que consejos tales como presidencias de Hombres Jóvenes de barrio y estaca, comités del Sacerdocio Aarónico, comités combinados del Sacerdocio Aarónico y Mujeres Jóvenes, comités de la juventud del obispo y presidencias y comités de quórum, contribuirán al logro de la misión del Sacerdocio Aarónico.

Para las líderes de la Sociedad de Socorro de barrio y estaca, los consejos de presidencia y de mesa directiva pueden ser importantes para lograr las metas de la Sociedad de Socorro. Las presidencias de Mujeres Jóvenes de estaca y barrio, los comités del Sacerdocio Aarónico, los comités del Sacerdocio Aarónico y Mujeres Jóvenes, los comités de la juventud del obispo y las presidencias de clase de las Mujeres Jóvenes deben combinarse para ayudar a las jovencitas a vivir de manera tal que reflejen la hermosa filosofía sostenida por el lema de las Mujeres Jóvenes.

Las presidencias y las mesas directivas de la Primaria pueden implementar el sistema de consejo para "enseñarles a los niños el Evangelio de Jesucristo y ayudarlos a aprender a vivirlo". Los consejos familiares pueden ofrecer oportunidades para mantener una comunicación abierta y libre de prejuicios que permita a padres e hijos enseñarse y fortalecerse mutuamente.

Todos estos son objetivos loables, pero, después de todo, ésa es la naturaleza de la obra del reino de Dios en estos últimos días: loable y eterna. Nos esforzamos por ayudar a nuestros hermanos y hermanas a recibir todo cuanto nuestro Padre Celestial tiene para dar a aquellos de Sus hijos que son fieles, incluyendo las bendiciones del reino celestial, ni más ni menos. Se trata de un legado sagrado que Dios ha dado a todos cuantos han sido llamados a ocupar cargos de autoridad en Su Iglesia. Y es una responsabilidad que se puede lograr de una manera mucho más eficaz y eficiente por medio del sistema de consejos que el Señor ha inspirado a los líderes de la Iglesia a implementar en todas sus organizaciones. El gobierno a través de los consejos es más que una buena idea; es el plan de Dios. Es la manera por medio de la cual compartimos la carga

de las responsabilidades del Evangelio. Es la manera de lograr la misión de la Iglesia y es como Dios recibe Su misma gloria al llevar a cabo "la inmortalidad y la vida eterna del hombre". Tal como lo dijo el Señor en esta dispensación: "Y ahora venid . . . y razonemos juntos" (D&C 50:10).

Es mi sincera oración que podamos todos encontrar maneras de hacer un uso más eficaz del maravilloso poder que emana de la inspirada acción de los consejos. Les testifico que únicamente si lo hacemos podremos aprovechar la fuerza plena del plan revelado de Dios para el gobierno del Evangelio, a nuestros respectivos ministerios, tanto en la familia como en la Iglesia.